



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

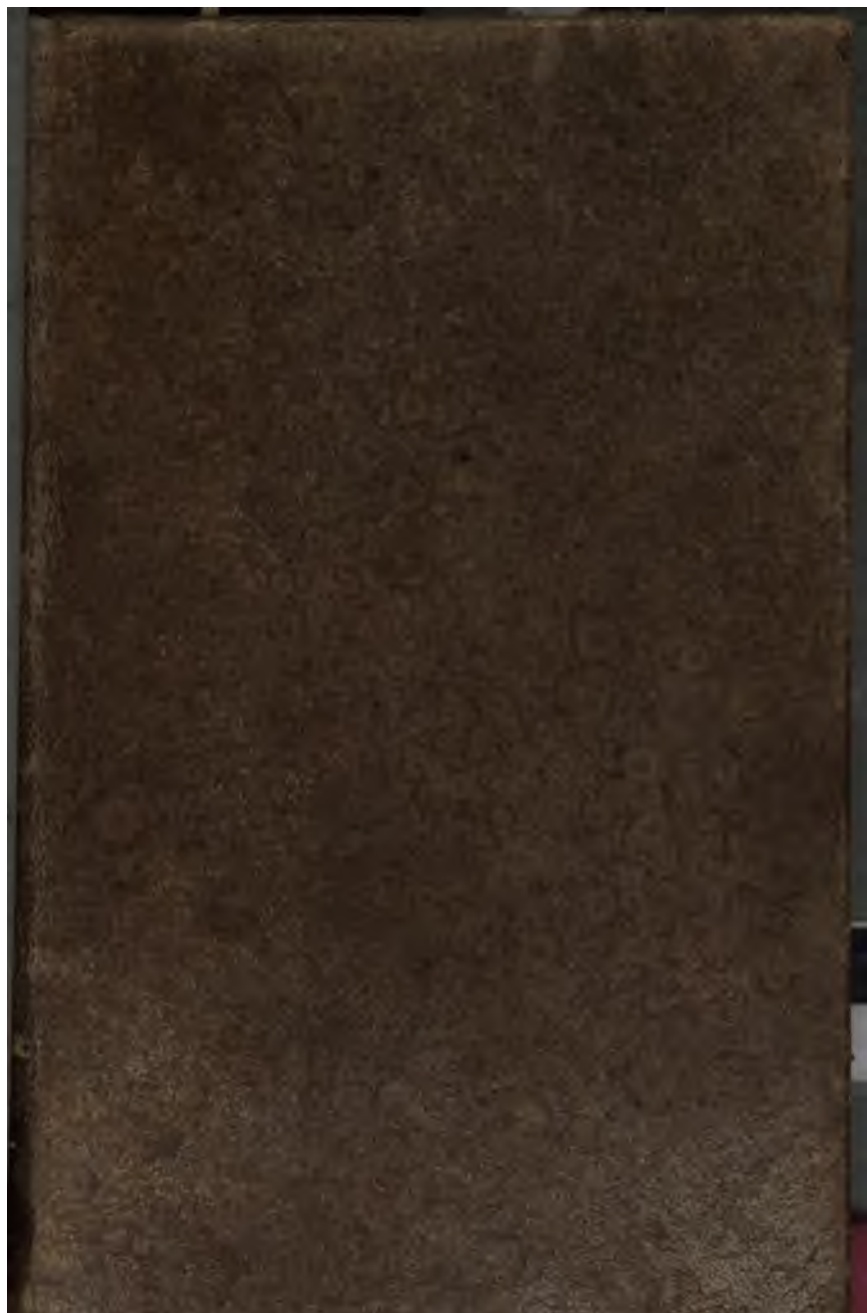
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

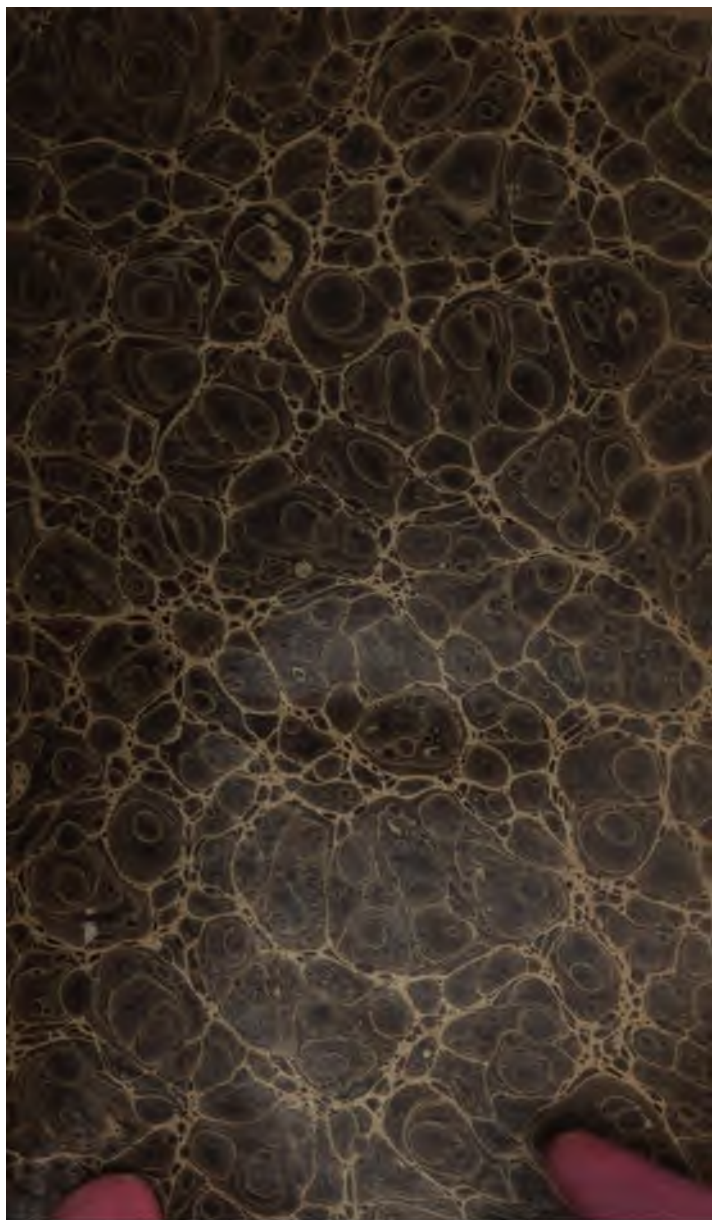
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>





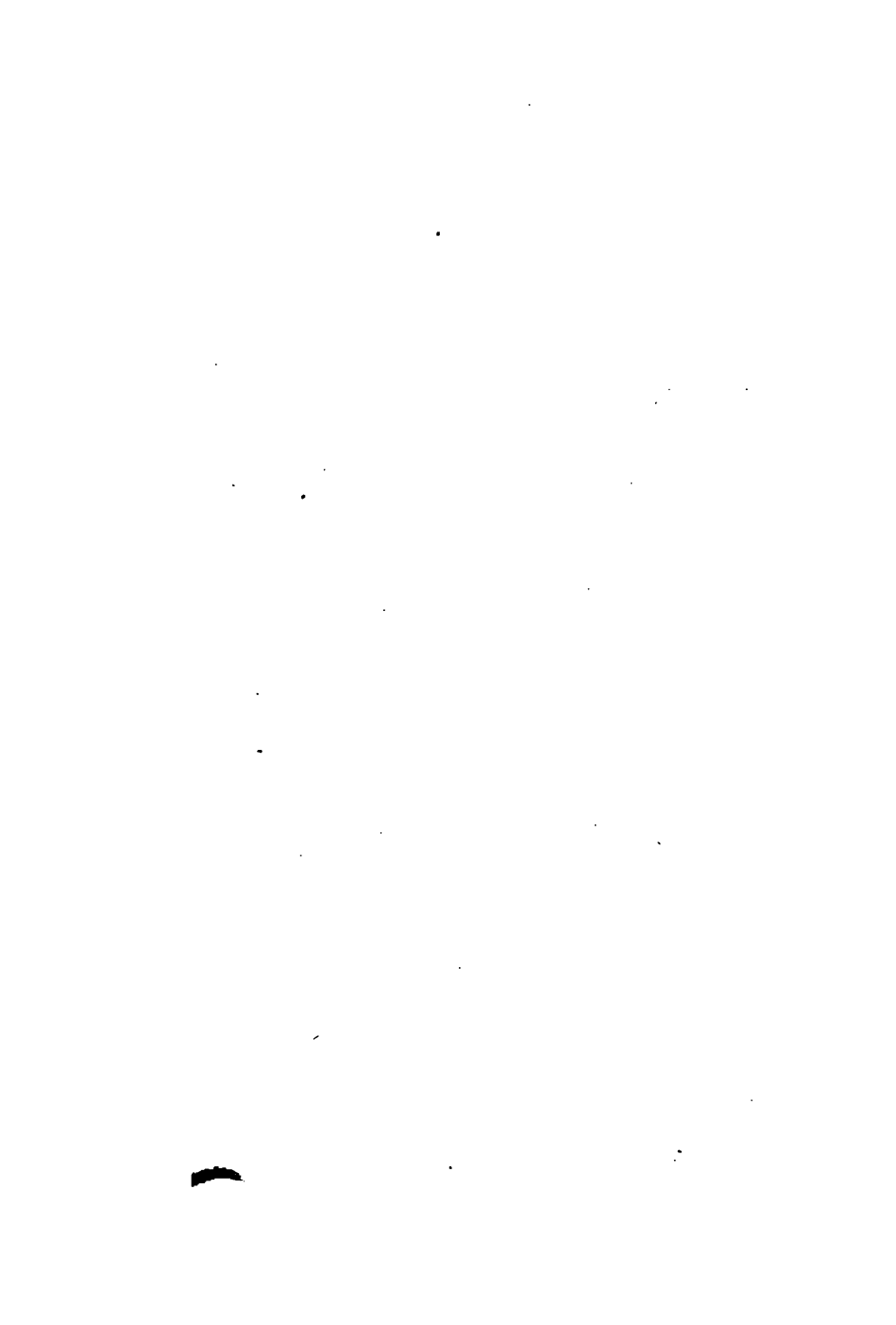
Gift of
Mrs. Frederick Fowler

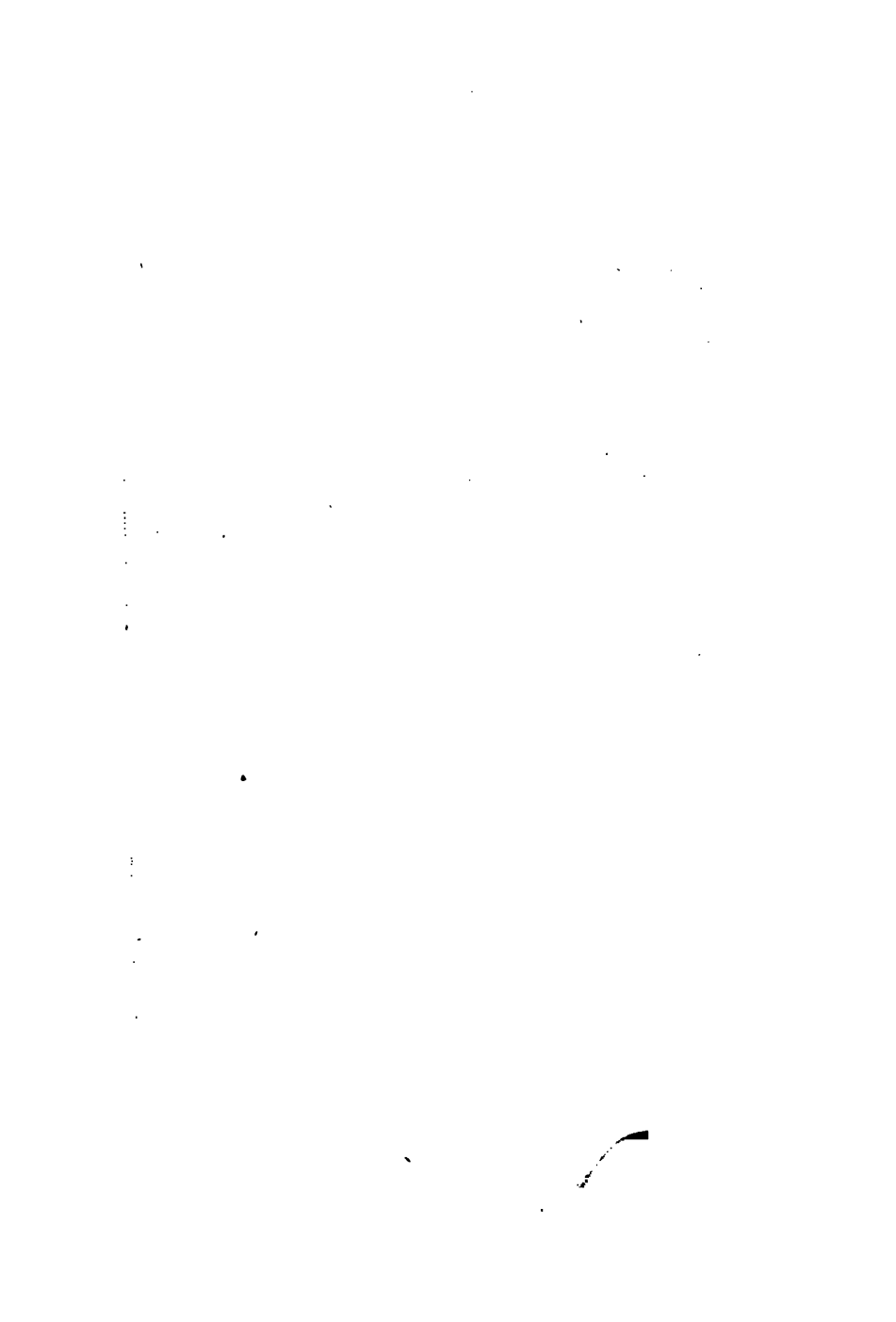












GLORIA

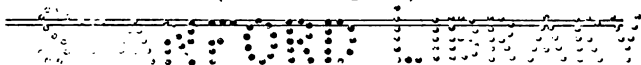
V. DA É HIJOS DE MURILLO
Alcalá, 7, librería.-Madrid

**Es propiedad. Queda hecho
el depósito que marca la ley.
Serán furtivos los ejempla-
res que no lleven el sello del
autor.**



B. PÉREZ GALDÓS
NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

(Primera época)



GLORIA

(Primera parte)

36.000



MADRID

PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA

(Sucesores de Hernando)

Arenal, 11

1905

Coment

11
P. 92
YASAL GOYKAT

764433

EST. TIP. DE LA VIUDA E HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

GLORIA

PRIMERA PARTE

I

Arriba el telón.

Allá lejos, sobre verde colina, á quien bañan por el Norte el Océano y por Levante una tortuosa ría, está Ficóbriga, villa que no ha de buscarse en la Geografía, sino en el mapa moral de España, donde yo la he visto.

Marchemos hacia ella, que el claro día y la pureza del aromoso ambiente convidan al viaje. Estamos en Junio, mes encantador en esta comarca costera cuando la deja de sus terribles manos destructoras el huracán. Hasta el mar, el displicente y sañudo Cantábrico, está hoy tranquilo: permite á las naves correr sin miedo por su quieta superficie, se arroja adormecido sobre las playas, y en lo profundo de las grutas, en las ensenadas, en los acantila-

dos y en los arrecifes, sus mil lenguas de espuma modulan palabras de paz.

Las suaves colinas verdes van ascendiendo desde el mar hasta las montañas, subiéndose unas sobre otras, cual si apostaran á quién llega primero arriba. En toda la extensión del paisaje se ven casitas rústicas de peregrina forma esparcidas por el suelo; mas en un punto los desparramados edificios se convocan, se reúnen, se abrigan unos contra otros, formando el nobilísimo conjunto urbano que los siglos llamaron Ficóbriga. Elévase en el centro la torre no acabada, semejante á una cabeza sin sombrero; pero tiene en su campanario dos ojos vigilantes, y allí dentro tres lenguas de metal que llaman á misa por la mañana y rezan al anochecer.

En torno al pueblo (pues estamos cerca y podemos verlo), lozanas mieses y praderas muy lindas anuncian cierto esmero agrícola. Silvestres zarzas cercan una y otra heredad, y madre selvas llenas de aromáticas manos blancas, árgomas espinosas, enormes pandillas de helechos que se abaniquean á sí mismos, algunos pinos de verde copa y multitud de higueras, á quienes sin duda debe su nombre Ficóbriga.

¡Hermoso espectáculo ofrecen desde aquí

las montañas, inmensa escalera que conduce á los cielos! Las más lejanas confunden sus vagas tintas con las nubes; en las más próximas se ven manchas rojas, semejantes á sangrientas heridas, y lo son realmente, hechas por el escalpelo minero que uno y otro día destroza la musculatura de aquellos gigantes. Atropellándose suben hacia Poniente, y la luz simula en la remotas cumbres extrañas crestas, protuberancias, torres, grietas, excrecencias, lobanillos, hasta que las nubes envuelven en vaporosos velos la deforme arquitectura.

Después de atravesar un puente de madera, que sumerge en el salobre fango sus podridos pilotes, subimos una cuesta (casi estamos ya en Ficóbriga), desde la cual se ve la ría, dando vueltas como si no supiera á dónde dirigirse ni dónde está el mar que la espera, metiéndose en todos los charcos de las marismas, cuando hay marea, y huyendo de ellos á prisa desde que empieza la baja. Escaso número de buques navega en sus pobres aguas, y sabe Dios el trabajo que les cuesta dar dos pasos dentro de aquella angosta callejuela, cuando se duerme el viento y la corriente empuja hacia la peligrosa barra.

Las primeras casas (por fin llegamos, seño-

res) son miserables; las segundas también. Es Ficóbriga una villa de marineros y labradores pobres. Algunos indianos ricos duermen sobre sus lauros comerciales en media docena de viviendas pulcras y cómodas. ¡Qué calles, Santo Dios! Las humildes casas estrechas y sucias no se caen al suelo por no dar qué decir, y de sus indescriptibles balconajes penden redes, vestidos azules, húmedos capotes y mil suertes de descoloridos harapos, así como de sus caducos aleros cuelgan panojas en racimos, pulpos puestos á secar y ristras de cebollas.

Pasamos por delante del Consistorio, sito en el fondo de la plaza, enfáticamente convenido de que es digno de ser mirado; pasamos cerca de la Abadía, huraña vieja que se esconde entre casuchas tan viejas como ella, formando el más deplorable corrillo arquitectónico, y después de dar vuelta á la villa, volvemos al extremo de ella sobre la ría, por donde entramos. En dicho sitio hay una plazoleta, sombreada por dos acacias y un álamo verrugoso.

En la plazoleta (miradla bien porque ahora comienza nuestra historia) hay una casa; mejor sería llamarla palacio, pues su aspecto en medio de tan ruín pueblo es verdaderamente magnífico. Compónese en realidad de dos edi-

ficios, el uno viejo y decorado con hiperbólicas piezas heráldicas; nuevo y bonito y casi artístico el otro, no menos elegante que las llamadas *villas ó cottages* en el lenguaje á la moda. Adórnalo por sus partes de Mediodía y Levante hermosísimo jardín de pinos de Alepo, floridas acacias, plátanos, magnolias, coníferas de diversas clases, por entre cuyas ramas se ven las cinco ventanas del piso principal. Variada muchedumbre de arbustos, entre cuya frescura descuellan camelias como árboles, recortados mirtos, tamarindos, rosales y un pueblo inmenso de pensamientos, geráneos, imperiales y otra gente menuda, se ve por los huecos de la verja, allí donde no lo impiden las discretas enredaderas, tan cuidadosas siempre de que el transeunte no se entere de lo que pasa en el jardín.

Esta mansión encantadora está situada en punto desde el cual se domina el mar por el Norte, la extensión toda de la accidentada costa y la ría con su puente por el Este, Ficóbriga por Poniente, y por Mediodía el campo y las montañas. Rodéala vegetación umbrosa y florida, y la bañan benéficos aires. Es vivienda hecha para el amor egoísta, ó para las meditaciones del estudio. ¡Qué dicha para el alma tocada de amor ó de las anhelantes curio-

sidades de la ciencia encerrarse en tan deliciosa cárcel, buscando al modo de aparente muerte para el mundo y vida inmensa para ella sola!

La casa es de esas que detienen al viajero y le dicen: «¿á que no aciertas quién vive en mí?»

Silencio: ábrese una de las persianas verdes que dan al jardín por el lado de las montañas. Hermosa mano rápidamente la empuja; se mueve la cortina, dejando ver una cara de mujer. Sus ojos negros exploran durante un rato todo el paisaje, y si la luz va lejos, ellos van más. Su rostro indica con rasgos infalibles la ansiedad del que espera y las penosas inquietudes de un pensamiento ocupado por entero con la imagen de la persona que no quiere venir.

Miramos nosotros también hacia los montes, y no vemos más que montes. La graciosa joven desaparece, y al poco rato torna á presentarse y á mirar, más impaciente cuanto más tiempo pasa. Diríase que sus audaces ojos quieren ver lo que hay detrás de las montañas... Pero en los remotos caminos no aparece aún cosa alguna con forma de hombre ni de bruto, y ella se inquieta primero, se fastidia después. No sólo está impaciente, sino enojada, y del enojo pasa á la cólera, y de la cólera á la desesperación.

Esta linda casa, que tiene el inmenso interés de toda vivienda á cuya ventana se asoma un semblante bello; esta mujer graciosa, estos negros ojitos que buscan y no hallan, se enfurecen y echan rayos insolentes contra una parte de la creación... ¡Oh! por aquí anda el amor.
¡Adentro!

II

Gloria y su papá.

Estaban los dos en una sala del Mediodía, con ventana al jardín, por la cual éste prestaba gratisima vista y olores al sentido. Parecía despacho más que otra cosa la tal pieza, por la regular balumba de libros y papeles que en diversos lugares de ella había, y las paredes se vestían con mapas, láminas de santos, el busto del Sumo Pontífice y un gran cuadro que contenía el retrato al óleo de un obispo, representado con pluma en la mano.

Sentado en ancho sillón estaba allí D. Juan de Lantigua, hombre que iba ya mucho más allá de los cincuenta, serio, muy simpático á la vista y de fisonomía harto inteligente. Su frente y perfil no carecían de majestad, sin ofrecer bellezas académicas; pero lo dominante en todas las partes de su rostro era la expresión patente de una tenacidad acerada, como debió de ser aquélla que hizo los héroes cuando había héroes y los mártires cuando había mártires. Así es que si pasó su vida sin ser ni

una cosa ni otra, no consistió en él. Parecía la naturaleza corporal de aquel hombre quebrantada ó por estudios ó por penas. Podía también observarse en su semblante una tristeza serena, muy distinta de la teatral misantropía de los escépticos. Cuando le conociéramos mejor, veremos que aquel melancólico sentimiento, que tan claramente salía de lo hondo á la superficie de su persona, era, más que hastío de sí mismo, una como lástima profundísima de los demás.

Contemplando á su hija, que por centésima vez se asomaba á la ventana, le dijo con afa-ble tono:

«Gloria, por más que te muevas y mires, y esperes y tornes á mirar, nuestro querido viajero no viene todavía. Ten calma, que ya llegará.»

Gloria volvió al lado de su padre. Andaba en los diez y ocho años, y era de buena estatura, graciosa, esbelta, vivísima, muy inquieta. Su rostro, por lo común descolorido en las mejillas, revelaba un desasosiego constante, como de quien no está donde cree deber estar, y sus ojos no podían satisfacer con nada su insaciable afán de observación. Allí dentro había un espíritu de enérgica vitalidad que necesitaba emplearse constantemente. ¡Encan-

tadora joven! A todo atendía, cual si nada ocurriese en la creación que no fuese importantísimo; atendía á la hoja desprendida del árbol, á la mosca que pasaba zumbando, á cualquier ruido del viento ó bullanga de los chicos en el camino.

Su fisonomía, parlante y expresiva como ninguna, no carecía de defectos; mas eran de esos que no sólo se perdonan, sino que se admiran. Era su boca un poquito grande, y su nariz casi más pequeña de lo regular; pero el conjunto no podía ser más hechicero. Sus labios encendidos eran la más hermosa y dulce fruta que puede ofrecerse en el árbol de la belleza á los hambrientos antojos del amor. Contrastaba con la frescura de esta golosina la exaltación, la flamígera viveza de sus ojos negros, que tan pronto resplandecían con súbito rayo, tan pronto se abatían con lánguida pereza. Sobre estos dos astros aleteaban sus grandes pestañas. Mirando como miraba, ponía en sus ojos el reflejo de una conciencia pura. Aquella profunda sensibilidad, dispuesta á desarrollarse á tiempo, y que, no encendida todavía con verdadero fuego, á todas horas echaba chispas; aquel afán de sentir fuerte estaba tan lleno de honestidad, como el de algunas que por esta virtud han llegado á la ca-

monización. El que no lo quiera creer que no lo crea.

A la moda vestía la preciosa criatura, con elegancia no afectada. Todo participaba en ella de la gracia de su persona, y ningún pormenor de su peinado y de su ropa podía estar de otra manera que como estaba.

En el instante en que la vemos, la inquietud de Gloria era tan grande, que no existía en su semblante rasgo alguno en el cual no se mostrara la impaciencia. Cuando se apartaba de la ventana, recorría la estancia de un punto á otro, tomando un objeto de este sitio para ponerlo en aquél, moviendo las sillas sin motivo que justificase las ventajas del cambio de colocación, observando los cuadros, que había visto mil veces en su vida. Podía decirse de ella lo del poeta: «Hasta cuando el pájaro anda, se le conoce que tiene alas.»

fectos que los judíos. El manto de la Virgen, perdido: he tenido que quemarlo y hacer otro nuevo con el terciopelo que compré para mí. Yo creí que no saldrían con toda la tiza que hay en la casa las manchas de los candeleros. Afortunadamente, Caifás y yo fregoteamos bien, y todo ha quedado como un oro... Pero ¡ay! ¡si supiera usted que los ratones se habían empezado á comer los pies de San Juan...!

—¡Pícaros animalejos!—exclamó D. Juan riendo.

—¡No sé qué les haría! Gracias á que Caifás, que es tan habilidoso, le puso al santo en las heridas de los pies no sé qué pastas y rellenos, con lo cual y una mano de pintura, ha quedado muy bien... Ya no harán más picardías estos tunantes que nada respetan. En tres días que van de armada la ratonera han caído once, todos como lobos... ¿Todavía le parece á usted poco trabajo el mío?

—Me parece demasiado.

—¿Pues y las camisas que he tenido que hacer á los hijos de Caifás para que puedan salir á recibir decorosamente á mi tío? ¡Y se asombra usted de que entre y salga y suba sin cesar! Yo soy así, papá querido.

—Tú eres así... lo sé. Dios te bendiga.

—Adoro á mi tío, que es un santo, y me

siento tan feliz pensando que va á vivir bajo el mismo techo que yo; me parece tan poco lo que tenemos para obsequiarle, que quisiera traer aquí las maravillas de los palacios de un rey, y no teniéndolas, me voy á inventar mil agasajos para albergar dignamente á quien tanto se parece á Dios... No vivo, no puedo tener calma, me desvelo y me consumo... Paso las noches sin dormir pensando en la pachería de Francisca, en la capilla, en el pobrecito San Juan roído, en los candelabros manchados, en los ratones, en la pequeñez de la casa para tales huéspedes...

—¿Has creído—dijo con bondad cariñosa el padre,—que mi hermano necesita palacios y lujo y ostentación? No, hija mía. Mi hermano, como discípulo de Jesucristo, es humilde. Si esta casa fuera una choza, no sería menos digna de albergarle. Ofrecámosle corazones puros, ardiente fe y admiración profunda de sus virtudes; regocijémonos al calor de su compañía para ver de imitarle; apropiémonos parte de los inmensos tesoros de su corazón, lleno de Dios, y no nos cuidemos de lo demás...

—Eso es lo primero; pero también...

—Pobre ó resplandeciente de riqueza, la capilla será siempre un recinto sagrado, pues mi hermano ha celebrado y celebrará de nue-

se inclinaba á las cosas contemplativas; inteligencia elevada, si bien un tanto paradógica; sentimientos enérgicos, que impulsaban su alma al exclusivismo, lo mismo en los afectos que en las ideas. Sus primeros trabajos en la abogacía fueron de no poco provecho y brillo, y más tarde, cuando la herencia del tío le aseguró cómodo bienestar, no abandonó completamente el foro. Renunciar á las controversias, hubiera sido en él renunciar á la vida.

Devorado por insaciable afán de estudio, mezcló con la jurisprudencia la teología y la historia y la ciencia política. Dedicóse con predilección á entresacar de los escritores místicos y políticos del siglo de oro en España cuanto pudiera hallar de eternamente verdadero, y, por consiguiente, aplicable á la gobernación de los pueblos en todas las edades. Pero su entendimiento, acalorado por entusiasmos juveniles y por prejuicios formados no se sabe cómo, se aferraba tercamente á ciertas ideas: así es que no pudo, aun intentándolo de buena fe, juzgar con imparcial serenidad ni la historia ni los escritos de los que por tantos siglos han disputado sobre los medios de hacer á la humanidad menos desgraciada.

Su inclinación contemplativa le llevó á considerar la fe religiosa, no sólo como goberna-

dora y maestra del individuo en su conciencia, sino como un instrumento oficial y reglamentado que debía dirigir externamente todas las cosas humanas. Dió todo á la autoridad, y nada ó muy poco á la libertad. Pocos años después de haberse metido en el golfo de estas lecturas y en el torbellino de estos pensamientos, D. Juan de Lantigua salió fuerte en erudición y en silogismo; desafió con indomable orgullo la turba de frívolos y descreídos; brindóle la política con una tribuna, y subido en ella, la nube que había condensado tanta pasión y tanto saber, tronó y relampagueó contra el siglo. La elocuencia del nuevo Isaías arrebató.

Sus enemigos (pues ya se comprende que los tuvo encarnizadísimos) decían: «Lantigua es el abogado de los curas y de los obispos; hace su agosto con las causas de expolios, de capellanías colativas, de disciplina eclesiástica. Justo es que adule y sirva á los que le mantienen.» Estas groserías, comunes en la época presente, hacían sonreír al Sr. D. Juan. Nunca se cuidó de defenderse de este cargo, porque, según afirmaba, es preciso *no quitar á los tontos el derecho de decir tonterías.*

Como hombre de convicciones inquebrantables, honradísimo caballero en su trato social

y de intachables costumbres, le estimaban todos. En la vida práctica, Lantigua transigía benignamente con los hombres de ideas más contrarias á las suyas, y aun se le conocieron amigos íntimos, á los cuales amó mucho, pero sin poderles convencer nunca. En la vida de las ideas era donde campeaba su intransigencia y aquella estabilidad de roca jamás conmovida de su asiento por nada ni por nadie. Las tempestades de la revolución del 48, de la república romana, de la formación de la unidad de Italia, de la caída del Imperio austriaco, de la humillación del francés, de la destrucción del poder temporal del Papa, de la formación del Imperio alemán, Minerva parida por el cerebro de Bismark, y otras menos transcendentales, y que, localizadas en nuestra patria, sólo fueron lloviznas menudas en el cielo de Europa, no produjeron en el ánimo de aquel varón insigne otro efecto que el de cimentar más y más su creencia de que la humanidad pervertida y desapoderada merece un camisón de fuerza.

Estos hechos y otras recientes desgracias ocurridas en el suelo patrio, llevaron á Lantigua á un estado de irritación lamentable, que dió á sus escritos y á sus discursos lúgubre y displicente tono. Profetizó el vilipendio de

próximo siglo, la confusión de las lenguas, y tras la confusión la dispersión, y tras la dispersión la esclavitud, hasta que una nueva florecencia de la fe católica en los corazones, fecundados por la desgracia, reorganizase á los pueblos, congregándolos bajo el manto tutelar de la Iglesia. Según él, las decantadas leyes del humano progreso conducen á Nabucodonosor. Antes muriera Lantigua que ceder en esto. Y en realidad, ¿cómo había de ceder? Los que han reducido todas sus ideas á esta fórmula abrumadora, ó *Barrabás* ó *Jesús*, necesitan dejarse llevar hasta los últimos extremos, porque la menor flaqueza equivale en ellos á pasarse á *Barrabás*.

Cómo educó á su hija.

D. Juan de Lantigua no había presidido personalmente á la educación de su única hija. Además de que sus ocupaciones en el foro y en la tribuna le dejaban poco vagar para consagrarse á ello, creía que con encerrar á su hija en el colegio bastaba. Lo importante era que en el colegio reinasen buenos principios. Advirtamos que D. Juan enviudó á los catorce años de casado. Su digna esposa le dejó á Gloria, de doce años, y á dos pequeñitos que volaron al cielo, desde Ficóbriga, cuando apenas habían aprendido á andar por la tierra.

Después de residir algunos años en un colegio, á que daba nombre una de las advocaciones más piadosas de la Virgen María, volvió Gloria á su casa en completa posesión del Catecismo, dueña de la Historia Sagrada y de parte de la profana, con muchas, aunque confusas, nociones de geografía, astronomía y física, mascullando el francés sin saber el español, y con medianas conquistas en los do-

minios del arte de la aguja. Se sabía de memoria, sin omitir letra, los *deberes del hombre*, y era regular maestra en tocar el piano, hallándose capaz de poner las manos en cualquiera de esas horribles *fantasías* que son encanto de las niñas tocadoras, terror de los oídos y baldón del arte musical.

Lantigua la oyó recitar trozos de *Historia Sagrada*, y no pareció satisfecho.

«En estos colegios del día—afirmó,—preparan el entendimiento de los niños para las ideas como los dedos para las teclas. El pensar es tocar, reproduciendo con el órgano de la palabra la música del Padre Astete.»

Un día, como Gloria, viéndole sumergido en hondos comentarios sobre la unidad religiosa impuesta á los Estados después de la unidad política, se permitiese decirle que en su sentir los reyes de España habían hecho mal en arrojar del país á judíos y á moriscos, Lantigua abrió mucho los ojos, y después de contemplarla en silencio, mientras duró el breve paroxismo de su asombro, le dijo:

«Eso es saber más de la cuenta. ¿Qué entiendes tú de eso? Vete á tocar el piano.»

Gloria corrió como un pájaro alegre que siente en su alma el ansia de trinar, y posándose en la banqueta y dejando correr sus ma-

nos por el teclado, se puso á tocar algo que sonaba á zarzuela. Lantigua no entendía una palabra de música. Había oído hablar de Mozart y de Offenbach, y para él todos eran lo mismo, es decir, unos holgazanes. Pero su espíritu elevado y su sensibilidad exquisita le hacían encontrar instintivamente diferencias profundas entre las varias clases de músicas que había oído. En general, todo cuanto tocaba Gloria le parecía horrible.

«No sé qué diera, hija mía —le decía,— por oírte tocar otra cosa que ese sonsonete de organillo de las calles. No me digas que así es toda la música, porque yo he oído en alguna parte, no sé si en la iglesia ó en el teatro, composiciones graves y patéticas, que penetrando más allá de los sentidos, conmueven el ánimo y nos sumergen en dulce meditación. ¿No sabes algo de eso?»

Gloria repasaba todo su repertorio de *fantasías, nocturnos, flores de salón y auroras del pianista*, sin poder encontrar lo grave y patético que el alto espíritu de su padre pedía. En honor de la verdad, que es antes que todo, aun antes que el prestigio y las gracias de la linda niña, debo decir que Gloria aporreaba el piano de un modo lamentable, cual si las teclas, convictas y confesas de algún espanta-

ble crimen, merecieran ser azotadas todos los días por espacio de tres horas.

«Basta ya de monserga, hijita—le decía Don Juan:—coge un libro y ponte á leer.»

Gloria volaba á la biblioteca de su padre, miraba á todos lados, hojeaba un libro, y con desdén lo volvía á poner en su sitio. Cogía otro, leía algunas páginas; mas pronto se cansaba.

«¿Qué buscas?... ¿novelas?—decía D. Juan entrando tras ella y sorprendiéndola en el escrutinio.—Algo de eso tengo también... Espérate.

—*Ivanhoe*,—decía Gloria, leyendo un rótulo.

—Esa es buena, pero déjala por ahora... Aquí han entrado pocas novelas. De la basura que diariamente han producido en cuarenta años Francia y España, no hallarás una sola página... De lo bueno hay algo, poco... Me parece que en algún rincón encontraremos á Chateaubriand, á Swift, á Bernardino de Saint Pierre, y antes que á ninguno, á mi idolatrado Manzoni.»

Pero al poco tiempo D. Juan prohibió á su hija la lectura de novelas, porque aun siendo buenas, decía, enardecen la imaginación, encienden deseos y afanes en el limpio corazón de las muchachas, y les hacen ver cosas y

personas con falso y peligroso color poético.

En cambio, si Gloria no leía para sí, leía para su padre. D. Juan, con la mucha fatiga del estudio, con el continuo hervir de su cerebro y las largas vigiliias, y aquel afán constante en que su viva pasión política le tenía, iba perdiendo la vista. Llegó á no poder leer de noche; mas como á todo trance necesitase tener á mano textos de Quevedo, Navarrete y Saavedra Fajardo para ilustrar la obra que á la sazón escribía, instituyó á su hija en lectora. D. Juan se ocupó algún tiempo en comentar los discursos ascéticos y filosóficos de Quevedo; que aquel genio colosal de las burlas descansaba de su gigantesco reir con seriedades sombrías.

Gloria leyó en voz alta la *Vida de San Pablo Apóstol*, *La cuna y la sepultura* y *Las cuatro pestes del mundo*. Después se engolfó en la *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, y como el sabio colector tuvo el buen acuerdo de poner en el mismo tomo en que se halla el mencionado escrito la incomparable historia del *Buscón*, Gloria, cuando su padre mandaba suspender la lectura para escribir, doblaba bonitamente algunos centenares de hojas, y tapándose la boca para que no estallase la risa que á borbotones pugnaba por salir, se delei-

taba con las travesuras del ingenioso Pablos.

En otras ocasiones, como D. Juan no pusiese reparos á los libros clásicos españoles del gran siglo, Gloria se apoderó de varios tomos, y leyó la *Virtud al uso y mística á la moda*, de D. Fulgencio Afán de Ribera. Casi, casi estuvo á punto de engolfarse en la *Pícara Justina*; pero Lantigua, al fin, puso mano en ello, permitiéndole sólo *Guzmán de Alfarache*. Desgraciadamente, en el mismo tomo estaba *La Celestina*.

VI

Cómo se explicaba la niña.

Sin más norte que su buen juicio, y libre de preocupaciones, Gloria, conversando un día con su padre sobre el viejo asunto de las novelas cuya lectura debe permitirse ó vedarse á la juventud, dijo que la literatura picaresca de que tanto se envanece España por sus riquezas de estilo, le parecía una literatura deplorable, inmoral, irreverente, y, en suma, antirreligiosa, porque en ella se hace la apología de las malas costumbres, de la holgazanería ingeniosa y truhanesca, de todas las malas artes y travesuras groseras que degradan á un pueblo. Concluyó por afirmar, con una osadía verdaderamente escandalosa, que las gracias de aquellos perdidos, héroes de tales novelas, si al principio le causaron agrado, bien pronto le dieron repugnancia y tedio; y que tales gracias, comunmente obscenas y sin delicadeza, habían encanallado la lengua.

Si hemos de creer á testigos presenciales, cuya veracidad no debe ponerse en duda, Glo-

ria, *mutatis mutandi*, dijo también que al penetrar con ánimo valeroso en el laberinto de desvergüenzas, engaños, groserías y envilecimiento que con tanto chiste pinta la literatura picaresca, no podía menos de considerar á la sociedad del siglo XVII como una sociedad artista en la imaginación, pero caduca en la conciencia; y que comprendía el decaimiento de la raza española, que á la sazón no conservaba más virtud que un heroísmo ciego, virtud no suficiente á suplir la falta de un sentido moral puro y de una religiosidad sencilla y desnuda de superstición.

Cuentan que D. Juan de Lantigua, cuando esto oyó, estuvo largo rato perplejo y confuso, no tanto por lo peregrino de tales conceptos, sino por el desenfado con que su hija los manifestaba. Sucedió á la confusión cierto terror ocasionado por la precocísima aptitud que mostraba Gloria para el sofisma y la paradoja; mas notando en ella un entendimiento de mucho brío, aunque extraviado, consideró lo mejor llevarlo dulcemente por el buen camino. Con tales ideas y propósitos ordenó á su hija que se diese una buena hartada de comedias de Calderón, acompañándola con lecturas diarias de los místicos, poetas y prosadores religiosos, para que variasen sus ideas radical-

mente respecto á la sociedad española del glorioso siglo.

En efecto: hizo la señorita todo lo que su padre le mandaba, y á vuelta de algunas semanas le manifestó que, en efecto, sus ideas habían cambiado un poco, aunque no radicalmente. Usando términos comunes, que me veo obligado á variar para expresarlo con más viveza, aseguró que en la sociedad de aquellos tiempos encontraba, además de lo indicado antes, una inclinación demasiado ardiente al idealismo, la cual, si bien producía maravillosos efectos en la poesía y en las artes, era tal que sacaba á la sociedad fuera de su asiento. Le repugnaban los perdidos, los rufianes, las busconas, los estudiantes, los militares, los escribanos, los oidores, los médicos, las terceras, los maridos zanguangos y las mujeres livianas de las novelas picarescas; pero todos estos tipos tenían innegable sello de verdad. Como una protesta contra tal linaje de gentuza, los galanes y damas, los caballeros padres y los hidalgos campesinos de los dramas querían establecer, con sus nobles ideas y estupendas acciones, el imperio de lo bueno y de lo justo; pero, á juicio de Gloria, había en el hermosísimo semblante de aquellas figuras sin par la expresión melancólica

de quien ha estado durante cien años empeñado en un objeto sin conseguirlo.

Como Lantigua se riese de tan evidente despropósito, Gloria afirmó (empleando, por supuesto, frases comunes) que aquel ideal del honor y del amor no era la mejor ni más sólida piedra para asentar el edificio moral de una sociedad. Luego se ocupó de los místicos, reconociendo en ellos falta de equiponderación entre la fantasía y el discernimiento, y afirmando que su literatura, en ocasiones muy bella, no podría servir nunca de guía al común de las gentes, por ser de pocos comprendida.

Resumió sus ideas sobre este punto diciendo que no podía tolerar que se tratase de religión sin sencillez suma, por lo cual ponía por encima de todos los tratados y disertaciones místicas el Catecismo de las escuelas, que, hablando como Jesucristo, lo decía todo. Parece que al llegar á este punto, D. Juan de Lantigua hizo, no sin burlarse de su hija, algunas observaciones sobre la profunda filosofía y estudio de la divinidad y del hombre que en tales obras se encierra, y viérais aquí á la pícara Gloria sosteniendo que la sociedad modelo, según las ideas de su padre, había alambicado y desvirtuado un poco la idea religio-

sa, dejándose seducir demasiado por los símbolos que la misma idea religiosa emplea como órganos eficaces, y al mismo tiempo como culto tributado por la verdad á la belleza eterna.

«Esas novelas de truhanes y desalmados —dijo Gloria para terminar;— esas comedias de caballeros enamorados y discretos, aunque no siempre intachables bajo el punto de vista de la moral cristiana; esas disertaciones donde mi espíritu se pierde sin poder seguir el hilo sutilísimo del enrevesado discurso, bastan á darme idea de la gente para quien tales cosas, por lo común admirables, se escribían. Veo las conciencias muy anchas, y gran tolerancia para mucha parte de los vicios que degradan al hombre en todas las épocas. No dudo que existiesen caracteres generosos, los cuales creyeran cumplir su misión y dar vuelo á los nobles impulsos de su alma, elevando por cima de la general torpeza, como enseñas sagradas, el ideal del honor y la fe religiosa. Pero el pueblo, á quien no habían enseñado á discernir, y que vegetaba comido de vicios, incapaz para el trabajo y soñando con guerras que traían el pillaje, ó conquistas que dieran fácil fortuna, no tenía más que sentidos. No ponía atención á nada, ni aun el sublime Misterio de

la Eucaristía, si no se lo presentaban en forma de comedia.

»Por un lado se me presenta una realidad baja y común, compuesta de endémica miseria, en cuyo seno haraposo y vacío se agitaba la gran masa de la Nación pidiendo destinos al rey, á los nobles las sobras de sus mesas, á los frailes el bodrio, y á la política nuevas tierras que expoliar. Por otro no veo más que hombres bien alimentados, á quienes deslumbra un ideal de gloria y una dominación del mundo, que cual sombra vana se desvanece al fin, dejándoles con la mano puesta en las mechas de sus arcabuces para matar pájaros. En el arte veo también dos términos: los poetas que cantan el amor y el honor, y los místicos y poetas de claustro, que pasan sus días buscando fórmulas nuevas para hacer comprender al pueblo los dogmas sagrados. De estas dos musas, una sublima el amor humano y otra el divino; pero empleando iguales formas poéticas, iguales símiles, hasta iguales versos, sin duda porque lenguas de la tierra han sido hechas para lo humano y humanamente lo dicen todo.

»Los poetas, los grandes guerreros, los teólogos, los hombres de inteligencia cultivada entrevén una sociedad mejor, vislumbran un

mundo moral superior á aquél en que viven y se agitan los pedigüños desnudos, los holgazanes, pícaros y demás gente menuda. Luchan unos contra otros. La cosa no va bien; pero no se sabe cómo puede enmendarse. Los unos piden pan, destinos, bienestar material, y no hallando quién se lo dé, roban lo que pueden; los otros piden gloria, amor exaltado, profunda fe, caballerosidad, justicia perfecta, belleza perfecta, y jamás pueden entenderse. De estas dos voluntades que aparecen una frente á otra en aquella sociedad calenturienta, se apodera Cervantes y escribe el libro más admirable que ha producido España y los siglos todos. Basta leer este libro para comprender que la sociedad que lo inspiró no podía llegar nunca á encontrar una base firme en que asentar su edificio moral y político. ¿Por qué? Porque D. Quijote y Sancho Panza no llegaron á reconciliarse nunca. »

Parece indudable, por los datos confusos que han llegado á mis noticias, que cuando Gloria expuso á su manera las ideas del párrafo anterior, estaban en compañía de su padre obra de cuatro ó seis personajes graves, que no podían con la fama de sabios: tales eran el peso y grandor de ella. Alabando el agudo ingenio paradógico de la muchacha, se

rieron de sus donaires, y celebraron sus originales ocurrencias, mezclando hábilmente á veces la crítica con la galautería; y como alguno, más curioso que los demás, manifestó deseos de conocer en qué consistía la reconciliación entre D. Quijote y Sancho Panza, Gloria, un poco confusa por el dudoso éxito de su osada tesis, se expresó así:

«Ustedes que son tan sabios no habrán dejado de observar que si D. Quijote hubiera aprendido con Sancho á ver las cosas con su verdadera figura y color natural, quizás habría podido realizar parte de los pensamientos sublimes que llenaban su grande espíritu; así como si el escudero... pero no digo más porque se ríen ustedes de mí. Ya sé que esto que hablo es algo extraño, quizás disparatado y hasta ridículo, por lo muy contrario á la verdad, que sólo ustedes pueden conocer; pero si es así, ténganlo por no dicho ó por pura broma mía.»

Más tarde, cuando los sabios privaron á la casa de su presencia majestuosa, D. Juan de Lantigua, a quien las absurdas opiniones de su hija habían puesto algo malhumorado, encerróse con ella y la reprendió afablemente, ordenándole que en lo sucesivo interpretase con más rectitud la historia y la literatura. Afirmó que el entendimiento de una mujer era

incapaz de apreciar asunto tan grande, para cuyo conocimiento no bastaban laboriosas lecturas, ni aun en hombres juiciosos y amaestrados en la crítica. Dijo también que cuanto se ha escrito por varones insignes sobre diversos puntos de religión, de política y de historia, forma como un código respetable ante el cual es preciso bajar la cabeza; y concluyó con una repetición burlesca de los disparates y abominaciones que Gloria había dicho, y que evidentemente la conducirían, no poniendo freno en ello, al extravío de la razón, á la herejía y tal vez al pecado. Retiróse Gloria muy confusa á su alcoba, pues era hora de dormir, y á solas meditó largo rato, llegando por fin á un convencimiento profundísimo de que había pensado mil tonterías y despropósitos abominables. Pero deseosa de absolverse, echó toda la culpa á los libros, é hizo voto de no volver á leer cosa alguna escrita ó impresa, como no fuera el libro de misa, las cuentas de la casa y las cartas de sus tíos. Arrodillándose para orar, según su piadosa costumbre, dijo:

«¡Gracias, Dios mío, por haberme revelado á tiempo que soy tonta!»

Acostándose discurrió que le sería muy difícil dejar de pensar toda suerte de extrañas co-

sas, porque aquella facultad suya de discernir era como un monstruo fecundo que llevaba dentro de sí y que á todas horas estaba procreando ideas. Pronto pudo observar que si bien los libros estimulaban en ella aquel surgir constante de pensamientos varios y jamás ideados de otro alguno, el fenómeno no cesaba por completo renunciando á las lecturas. Esto la puso en cuidado.

«Pues si no puedo menos de pensar—se dijo,—al menos callaré.»

Pero la verdad era que, aun sin manifestarse por medio del discurso, sus facultades estaban siempre en febril ejercicio, y á su observación no escapaba cosa alguna. Durante largo tiempo, su padre no cambió con ella ni una sola palabra relativa á ningún alto asunto. Asistía la joven al culto religioso con devoción minuciosa y con regocijo, y en lo demás mostraba afición á las cosas nimias, detallando hasta un extremo pueril todos los actos de la vida. Tenía cortadas las alas. Así la hemos hallado.

Pero en sus horas de soledad y meditación, en los crepúsculos que preceden ó siguen al sueño, y en los cuales la percepción interna suele ser más viva, Gloria sentía hondas voces dentro de sí, como si un demonio se metiese en su cerebro y gritase:

«Tu entendimiento es superior... los ojos de tu alma abarcan todo. Ábrelos y mira... levántate y piensa.»

Cuando leía, cuando daba su opinión sobre los pícaros y sobre la sociedad del gran siglo, Gloria tenía diez y seis años.

VII

Los amores de Gloria.

Pero en los días en que esta historia empieza, tenía ya diez y ocho.

Aún no se le habían conocido amores ni noviazgos, ni inclinación á ningún mozalbete, ni señales de que hubiese entregado parte mínima de su corazón á hombre nacido. D. Juan no la tenía sometida á inquisitorial vigilancia, ni le prohibía que fuese al teatro, al paseo y á las tertulias, en compañía de sus primas.

Pero si la juventud masculina que Gloria conocía no despertaba en ella ni un mediano interés, no por eso su corazón dormía. Perdió á su madre á los doce años de edad. Quedáronle dos hermanitos, el uno de tres años y el otro de quince meses, con los cuales hizo el papel de madre, hasta que ambos murieron, con intervalo de pocos días. Ella misma, después de cuidarles en su enfermedad con extremado celo, les había cerrado los ojos, les había vestido y puesto flores en las sienes y en las manos, y al fin había cerrado la caja, cuando Caifás se los

VIII

Un pretendiente.

Estalló, como he dicho, el cohete en los aires, y casi en el mismo instante resonaron las campanas de la Abadía, mezclándose el agudo son de la esquila con la hueca salmodia del favordón, para anunciar á los habitantes de Ficóbriga el feliz suceso. Salieron todos á la calle; abandonaron la playa marineros y calafates; de los campos acudieron labriegos y pastores; afluyó de una y otra parte enjambre de chiquillos; todos los funcionarios municipales aparecieron de gran etiqueta, y ninguna persona quedó en su casa. La cariñosa manifestación provenía de que los Lantiguas eran muy queridos en la localidad, especialmente el D. Angel.

De todas las personas importantes que salieron al encuentro de Su Ilustrísima, el más apresurado fué D. Silvestre Romero, cura de la villa. Siguióle correteando, según se lo permitían sus cortas piernas, el llamado D. Juan Amarillo, varón rico y pálido, que no llevaba

tal apellido por ser, como era, el usurero de la comarca, sino porque lo heredó de sus dignos padres. Fué también el boticario, industrial ingeniosísimo que iba en camino de ser poderoso; y no se quedó atrás, sino que fué de los primeros en correr al camino, abrochándose el recién puesto y de antiguo raído pantalón, D. Bartolomé Barrabás, el liberalote del país, ex-dómine con puntas de filósofo, ogaño maestro de escuela con respuntes de hombre político, y aun de orador y también de periodista. Siguiéronle varios indianos, paso á paso, marchando con gravedad y compostura, porque hombres que habían pasado toda su vida trabajando no podían igualarse á los chicos de las calles ni á los holgazanes, como D. Bartolomé Barrabás. Iban acompañados de sus sombreros de copa, para tan alta ocasión sacados de las sombrereras, y también de sus paraguas, que desafiaban á las nubes.

Cuando D. Angel llegó á las primeras casas del pueblo, se bajó del coche para abrazar á su hermano y sobrina. Exclamación inmensa, como el bramido del mar irritado, le saludó. De entre aquel tumulto de entusiasmo saltaron al aire gorras y sombreros. Los paraguas de los indianos, cual aves majestuosas, desplegaron sus alas negras para recibir unas cuantas

ciones y también para uno mío... Ya se lo dirá á usted D. Juan. He venido en el mismo tren que Su Ilustrísima, que después me ofreció su coche y hospitalidad en su casa. No la acepté por no molestar. Además, tengo compromiso con mi íntimo amigo el señor cura para vivir con él unos días.

—¿Estará usted mucho tiempo por aquí?

—Me estaría toda la vida—dijo el joven con evidentes señales de debilidad amorosa en su grave semblante, y arqueando las cejas de un modo excesivo, hasta ponerlas en mitad de la frente.—El mes pasado la ví á usted por última vez en casa de su tía... ¡Qué pícaro! ¡Dejarnos en tal soledad...! ¿Se acuerda usted de lo que hablamos allí la última noche de tertulia?»

Gloria se echó á reír.

«Dos días después fuí á casa de mi amiga. El pájaro había volado. Ficóbriga, y siempre Ficóbriga. Aborrezco á este pueblo.

—¡Aborrece á este pueblo!

—No, ahora no—respondió con viveza el de las gafas.—Es un paraíso este lugar. Por desgracia, el asunto de las elecciones me entretendrá poco más de dos semanas... ¡Qué dulce es vivir aquí, tan cerca de usted, Gloria!... Parece un sueño, y sin embargo, es ver-

dad... ¡Verla á usted todos los días, á todas horas...!

—El honor es para nosotros, Sr. del Horro. Pero dispéñeme usted... Voy á mandar que bajen los azucarillos... ¡Francisca, pero Franciscal... »

IX

Recepción, discurso, presentación.

El joven entró en la casa. Estaban allí, además de los dos hermanos Lantigua, el doctor López Sedeño, secretario de Su Ilustrísima; el paje del mismo, D. Juan Amarillo, el cura y el alcalde de Ficóbriga, los tres indianos y Don Bartolomé Barrabás, que á pesar de la firmeza de sus ideas republicanas, no vacilaba en tributar respetuoso homenaje á la principal gloria de Ficóbriga, aunque tal gloria estuviese representada en un príncipe de la Iglesia.

El cura de Ficóbriga, D. Silvestre Romero, que era un hombre proceroso, fornido, de fisonomía dura y sensual como la de un emperador romano, pero muy simpático y francote, dió comienzo, no sin turbación, á un discurso que preparado llevaba, y del cual la historia, muy negligente en esto, apenas conserva algunos párrafos.

«Todos los habitantes de esta humilde villa —dijo,—sienten el más vivo gozo al ver á Usía Ilustrísima en el seno de esta humilde vi-

lla, y esperan que la presencia de Usía Ilustrísima en esta humilde y honrada villa sea anuncio felicísimo de paz, origen de concordia y señal de bienes sin cuento...»

Y más adelante, cuando se serenó un poco, y pudo con desembarazo echar fuera los pensamientos que traía almacenados en su mente, agregó esto:

«¡Benditos nosotros que vivimos ausentes de los escándalos que pasan allá donde la corrupción y la irregularidad tienen su asiento! Lo que llega á nuestros oídos nos hace estremecer. El Sr. D. Juan profetizó en aquel su célebre discurso los fuegos de Nínive, y los fuegos de Nínive, que ya cayeron sobre Francia, caerán también sobre la católica España, y la abrasarán y podrá decirse de ella: «Peció su memoria con el sonido:» *perit memoria ejus cum sonitu.*»

Y después:

«Antes se había entibiado la religiosidad; pero ahora se ha perdido por completo en la mayor parte de las personas, y las que aún saben dirigir sus almas al cielo, se ven perseguidas, amenazadas por la caterva brutal de filósofos y revolucionarios. Los hombres que gobiernan al país predicán públicamente el ateísmo, se burlan de los Santos Misterios, insul-

tan á la Virgen María, denigran á Jesucristo, llaman bobos á los Santos, y mandan demoler las iglesias y profanar los altares. Los ministros del Señor hállanse hoy en la condición más precaria: se les trata peor que á los ladrones y asesinos; el culto, sin decoro ni magnificencia á causa de la general pobreza de la Iglesia, entristece el ánimo. Los hombres no piensan más que en reunir dinero, en refir los unos con los otros y en disputarse el gobierno de las naciones, que al dejar de ser guiadas por la política cristiana y único gobierno posible, que es el de Cristo, marchan con paso ligero á su disolución y total ruína.»

D. Silvestre no quitaba los ojos, mientras hablaba, de D. Juan de Lantigua, como preguntándole: «¿Qué tal lo hago?» Pero el insigne jurisconsulto fué la única persona que no se mostró entusiasmada con el discurso del cura, sin duda por no creerlo ni nuevo ni oportuno; que todas las ocasiones no son propias para decir verdades. El doctor Sedefío, que era un poco enfático, dijo también algo coruscante sobre la ruindad de los tiempos; pero á pesar de su mérito no ha llegado el texto á nuestras manos.

«Malos son los tiempos—dijo Su Ilustrísima, dirigiéndose principalmente al cura y á

Barrabás, que muy azorado no decía palabra; —pero Dios no abandonará á los suyos en medio de la tempestad que se acerca, ni faltará un arca para los que viven en Él. Oremos sinceramente, señores: la oración es antídoto celeste contra la epidemia del pecado, que por todas partes nos rodea; oremos por nosotros y por los que cierran sus oídos á la voz de Dios y sus ojos á la luz de la verdad. Fervor y piedad constantes en los que creen pueden atraer sobre la tierra especiales favores del cielo. *Te, domine, custodics nos a generatione hac in aeternum.* «Tú, Señor, nos salvarás y nos guardarás de esta generación para siempre.»

Al llegar aquí, el Prelado fijó sus ojos con expresión de gran benevolencia en el joven seglar que había traído consigo, y presentándole á sus amigos, habló así:

«Aquí está nuestro heróico joven, nuestro valiente soldado. Señores y amigos míos, saluden al benemérito campeón de los buenos principios, de las creencias religiosas, de la Iglesia católica, y al perseguidor del filosofismo, del ateísmo, de las irreverencias revolucionarias. ¡Gloria á la juventud creyente, fervorosa, llena de fe y de amor al catolicismo!»

D. Rafael del Horro, inclinándose con mo-

destia, balbució algunas palabras en protesta de aquellos elogios.

«Cuando la juventud—añadió el Prelado,—se entrega á los vicios de la inteligencia y se corrompe con perniciosas lecturas, este joven aspira al honroso nombre de soldado de Cristo. La Iglesia pelea allí donde la provocan al combate. ¡Ah, señores! No es vana cortesanía lo que sale de mis labios, sino admiración por su valiente espíritu, por su animosa decisión en pro de la combatida Iglesia, por la constancia con que persigue, acosa y anonada la pícara francmasonería y el materialismo, por su elocuencia y su enérgico estilo literario, prendas todas que han sido armas poderosas de la causa de Dios en el período que acaba de pasar...

—¡Ah!—exclamó D. Juan Amarillo, haciendo un saludo pomposo,—ya sabemos que el señor es un gran orador y un gran periodista.»

D. Silvestre Romero abrazó con efusión á Rafael del Horro. Eran antiguos amigotes, y en cierta ocasión, como el joven orador y publicista necesitase un buen corresponsal en Ficcóbriga, brindóse á desempeñar este cargo el cura, enviando unas cartas muy saladas que no dejaban nada que desear.

Mientras duraron las felicitaciones, D. Bartolomé Barrabás, que era el demagogo de la localidad, no se atrevió á decir una palabra en pro de sus perversas doctrinas; y aunque el cura y Amarillo dejaron caer alguna punzante cuchufleta sobre la persona del filósofo de aldea, éste no creyó prudente empuñar las bien afiladas armas de su dialéctica en aquella ocasión. El respeto á D. Angel ponía una mordaza en sus labios. Y tan bien pagó el noble Prelado esta prudencia, que como D. Silvestre aludiera claramente al demagogo, diciendo que también Ficóbriga estaba tocada de pestilencia, habló de esta manera:

«No me toquen á D. Bartolomé, que espero convertirle, puesto que su corazón es bueno, y estos desvaríos no perderán su alma si llegamos á tiempo.»

Barrabás se inclinó dando las gracias. Por decir algo, dijo:

«Y según la prensa, el Sr. D. Rafael del Horro viene á trabajar en las elecciones.

—Viene á trabajar y á triunfar—afirmó con desenfado el cura.—No pasará como la otra vez, cuando por nuestra negligencia y descuido se nos pusieron éstos encima.»

Y luego, amenazando á Barrabás con la derecha mano, añadió:

«Ahora se dirá: *Exurgat Deus et dissipentur inimici ejus, et fugiant... Sicut fluit cera a facie ignis, sic periant peccatores a facie Dei.* «Levántese Dios y sean dispersos sus énemigos, y huyan... Como se derrite la cera delante del fuego, así perezcan los pecadores delante de Dios.»

Repitiendo el gesto de amenaza, D. Bartolomé dijo riendo:

«Iremos á votar.»

El demagogo no estaba en la lista de los convidados de aquel día; pero D. Angel le rogó que se quedase, lo que en extremo agradeció Barrabás. Al mismo tiempo D. Juan de Lantigua gritaba desde la puerta:

«Gloria, Gloria, hija mía; ¿pero no se come hoy en esta casa?»

X

D. Angel de Lantigua, Obispo de ***.

El Obispo parecía un niño grande. Su cara redonda, sonrosada y siempre risueña, se destacaba entre la ampulosa envoltura episcopal y bajo el sombrero verde, respirando profundo gozo de espíritu, benevolencia, paz completa con la conciencia y relaciones perfectas con Dios. Era hombre que por natural impulso de su sano corazón se inclinaba á suponer lo bueno en todo. Sus estudios, su experiencia, su confesonario, le enseñaban que hay malvados en el mundo; pero siempre que hablaba con alguien, decía para sí: «¡Qué buena persona, qué excelente sujeto!»

Como una luz alumbra cuanto la rodea, así su corazón proyectaba las claridades de la bondad sobre los que se le acercaban. Era incapaz de aplicar un mal pensamiento á individuos conocidos, y cuando oía hablar de las picardías de alguien, no omitía decir cualquier palabra en su defensa. Su inteligencia era quizás inferior á la de su egregio hermano

D. Juan, pero le ganaba en verdadera piedad y en dulzura de sentimientos; y aunque tocante á materias dogmáticas profesaba la doctrina de la intolerancia en el verdadero sentido teológico, no en el vulgar de esta manoseada palabra, la viva compasión que sentía hacia los errores de nuestros contemporáneos parecía atenuar el rigor de sus ideas. Se ignora lo que D. Angel habría hecho si hubiera tenido en el hueco de la mano á la pecadora sociedad presente. En cuanto á D. Juan, es seguro que la habría echado al fuego, quedándose después con la conciencia, no sólo tranquila, sino satisfecha de haber realizado el bien.

En las prácticas religiosas era D. Angel intachable. No se le podía tildar ni de flaqueza ni de exceso de celo. Jamás desmayó en sus deberes de Prelado; jamás extremó la letra á expensas del espíritu. En sus ratos de vagar, recreaba el ánimo con piadosas lecturas, y aborrecía los periódicos, de cualquier partido que fuesen. En Ficóbriga, como los médicos le ordenasen una vida tranquila y que huyese de lecturas taciturnas y mentales trabajos, gustaba de pasear por el jardín, contemplando las muchas y bellas flores, y oyendo las explicaciones de su sobrina acerca del tiempo y condiciones en que cada una se criaba.

Gustaba también de pasear por el pueblo hacia la mar, bajando casi siempre á la playa y al muelle, y deteniéndose infaliblemente á ver llegar las lanchas pescadoras, cuya vuelta al abrigo le producía inefable sensación de placer, de asombro de la bondad infinita de Dios. Sus ojos las buscaban en el horizonte, las seguían por la superficie del mar, y cuando atracaban, tenía gozo especial en ver desembarcar la sardina, la merluza y el besugo. Siempre le causaba admiración que trajesen tantos peces, y decía á los marineros: «Cref que no quedaba más, después de lo que trajisteis ayer. ¡Bendito sea Dios, que no deja morir á los pobres!»

Le agradaba la música, cualquiera que fuese, sin distinción de escuelas. No entendía de buena ó mala música. Para él toda era buena, y siempre que su sobrina tocaba el piano, oíala con placer, y aun con cierto respeto, porque aquel precipitado correr de los dedos sobre las teclas le parecía el colmo de las habilidades humanas. Pegábasele al oído aquellos ritmos, y por las mañanas, cuando bajaba al jardín, después de decir misa en la Abadía ó en la capilla, solía tararear entre dientes algún cantorrio sin principio ni fin. Pero su principal gusto consistía en departir

con su sobrina sobre cualquier materia sagrada ó profana. Autorizábala benévolamente para decir cuanto se le antojara; le preguntaba mil cosas frívolas que de ningún modo podían interesarle, y hacía comentarios sobre los diversos sucesos que ocurrían en Ficóbriga, pues también allí había sucesos.

Tenía en tanto aprecio á su secretario, el doctor López Sedeño, que en ninguna cosa grave ponía mano sin consultarle, por ser Sedeño teólogo eminente y gran sabedor de cánones; de algún tiempo acá se había dado el secretario con exceso á los negocios políticos, y leía con afán los periódicos y aun escribía algo en ellos. Si al principio desagradó esto á D. Angel, pronto se fué acostumbrando, y acabó por alabarlo, considerando que los tiempos exigían tomar las armas. No faltaron maliciosos que en las antesalas del Palacio episcopal de *** murmuraron de la excesiva preponderancia del doctor Sedeño en los consejos de Su Ilustrísima, y hubo quien, por mote, llamó al leal servidor y amigo *le petit Antonelli*. Pero de estas pequeñeces, que quizás fueran malignidades, no nos ocuparemos aquí. Otros decían que Sedeño era muy soberbio y aspiraba al episcopado de ***, cuando fuese trasladado D. Angel, como se anun-

ciaba, á la metropolitana de S., y recibiera el capelo. Nosotros lo ignoramos y cerramos los oídos á los chimes capitulares.

Sólo sabemos que D. Angel era amado con delirio por sus diocesanos, lo mismo que por sus compatriotas los de Ficóbriga; que su corazón estaba limpio de ambiciones; que si tomaba con calor la perversidad de los tiempos, era sólo atendiendo á lo espiritual. Gran cariño tenia á Rafael del Horro, joven espada de la Iglesia, diputado, una especie de apóstol laico, defensor enérgico del catolicismo y de los derechos de la Iglesia. Sin embargo, cuando por el tren le habló el ardiente joven del negocio de la elección, Su Ilustrísima le dijo:

«Creo que mis paisanos le votarán á usted, porque son buenos católicos, y darán fuerza á los defensores de la Fe; pero no me pida usted que les hable de este negocio. Allá se las entienda con su amigo D. Silvestre, que es, según dicen, un águila para esto de elecciones, pues las que él ha dirigido dejaron fama en todo el país.»

Este fué un punto en que ni el mismo doctor Sedeño, con ser *le petit Antonelli*, pudo hacer variar la inquebrantable resolución del Prelado. Tampoco quiso éste intervenir en

otro asuntillo que traja á Ficóbriga Rafael del Horro, y lo encomendó por entero al cuidado de su hermano D. Juan, como se verá en el capítulo siguiente.

Un asunto grave.

Rafael del Horro vivía en la casa del cura, y todos los días, bien al almuerzo, bien á la comida, se personaba en casa de Lantigua, llevado del afán de hablar con Gloria. Una mañana, antes de que el aguerrido campeón de Jesucristo pareciese por la casa, D. Angel, que con su sobrina acababa de llegar de la Abadía, donde había celebrado, dijo á ésta:

«Tu padre está en el jardín y quiere hablarte: ve.»

Gloria corrió al jardín, donde estaba Don Juan en pie, con las manos á la espalda, inspeccionando los materiales que habían traído para componer la capilla. Fueron ambos á sentarse en un apartado y umbroso sitio que abrigaban corpulentas magnolias y otros árboles. Un sol tibio calentaba el jardín, convocando en el espeso verdor de éste á toda la república de pájaros vecinos que entraban y salían por diversas partes jugando y charlan-

do. D. Juan miró con afectuosos ojos á su hija, y le habló así:

«Por lo mucho que te quiero, voy á enterarte de un asunto que interesa mucho á tu porvenir y á tu felicidad. Si se tratara de una jovencuela de esas que no poseen tu buen juicio ni tu rectitud, seguramente el camino que debía seguirse sería distinto; pero tú no eres como las demás, y yo tomo la senda más breve. Creo, hija mía, que ha llegado la ocasión de que te cases.»

Quédose la señorita absorta; quiso hablar, y no se le ocurrió nada digno de ser dicho en tan crítica ocasión y ante la majestad imponente de D. Juan, en quien veía entonces juntas las dos personas de su padre y su tío.

«Sí—prosiguió Lantigua.—Lo que en otra clase de personas es cuestión difícil, aquí es problema facilísimo, y puede resolverse con honra y contento de todos. Una joven que no ha entretenido su edad florida en noviazgos indecentes, ni con necios amoríos de balcón ó de tertulia, es el tesoro más preciado de una honesta familia. Esa joven eres tú. Tu carácter bondadoso, dócil; tu educación cristiana y hábitos humildes; tus pensamientos, que si alguna vez han sido soberbios, después se han sometido al yugo de la autoridad, me mueven

á hablarte de este modo, seguro de que tus ideas se acordarán con las mías y tu sentir con mi sentir.»

La señorita quiso de nuevo hablar algo, aunque fuera para dar su asentimiento; pero nada de lo que vino á su mente le pareció digno de la gravedad del caso, por cuya razón hubo de callarse.

«¡Qué sería te has puesto!—dijo el padre;— y también pálida. Así me gusta. Una muchacha casquivana y ligera habría sonreído y soltado por la boca mil palabras torpes ó fútiles; pero tú comprendes que el asunto de que trato es una piadosa unión por toda la vida, un Sacramento instituido por Dios, el paso más difícil y más delicado de la existencia, y sólo la idea de avanzar el pie para darlo debe suspender el ánimo de la mujer cristiana.»

Después de sonreír, prosiguió así:

«Sin duda sospechas quién es el hombre á quien tengo por el más digno de ser tu esposo. Hay un joven cuyo carácter, talentos no comunes y costumbres cristianas son una excepción entre todos los de su clase y de su edad, como lo eres tú entre las niñas de estos tiempos. Ese mozo, ¿necesito nombrártelo? es D. Rafael del Horro... En verdad que si no descollase por sus virtudes tanto como por su

consentimiento ni tu negativa disminuirán el cariño que tu padre te tiene... Vaya, adiós. Me voy á trabajar. Te encargo que cuides de que no me hagan ruido...

—Descuide usted, papá.»

D. Juan de Lantigua se metió en su cuarto, y como el buzo se arroja al mar, sumergióse en el océano de sus libros. Hasta la hora de comer nadie tendría noticia de su existencia.

XII

El otro.

Lo propuesto por D. Juan dejó á Gloria en la mayor confusión. Aquel asunto, realmente grave, no podía presentarse á su espíritu sin ocuparlo al punto vivamente, y durante largo rato su meditación fué tan profunda, que el tiempo transcurría sin que ella lo advirtiese. Al fin, dando un suspiro y alzando la cabeza, como que volvió en su acuerdo, advirtiendo gran soledad en el jardín, bastante caldeado el sol que á mucha altura estaba ya. Cerradas todas las persianas de la casa, ningún ruido venía de ella; hasta los pájaros se habían callado, y sólo dos ó tres cuchicheaban algún secreto, ó refunfuñaban alguna disputa en las últimas ramas de los plátanos. Gloria se levantó, pues el ardiente vibrar de sus nervios la impulsaba á pensar marchando.

Complacida del silencio y soledad en que estaba, dejóse ir hacia un escondido y ameno bosquecillo. Al ver lo presuroso de su marcha y el afán con que, marchando hacia el obscuro

sitio, miró á sus espesuras, cualquiera habría creído que alguna persona la aguardaba allí; pero no había nadie. El bosquecillo estaba enteramente solo. Después acercóse á la verja, y por entre los huecos que dejaba á trechos el follaje de la madreSelva, miró hacia el camino con los ojos fijos y el semblante pálido: sus grandes pestañas aleteaban como mariposas negras jugando en la luz. ¡Ah! Cualquiera que en tal actitud la hubiese visto y observase con cuánto interés exploraban sus ojos el camino, ya en dirección á la playa, ya en dirección á las montañas, habría creído que esperaba á una persona. Sin embargo, podemos jurarlo y lo juramos: por allí no pasó jamás nadie que interesase á su corazón.

Luego subió á su cuarto y se puso á trabajar en una obra de aguja. Seguía meditando; pero los sonidos más insignificantes la hacían volver súbitamente la cabeza. A veces el caer de una hoja, las pisadas del jardinero sobre la arena, el ruido de las huecas regaderas de latón al ser puestas vacías en el suelo, el surtidor que caía en la pila llena de agua con pecillos encarnados, el arrullo de las palomas en lo alto del granero de la casa vieja, el silbar lejano de un vapor zarpando de la ría, impresionaban su oído tan enérgicamente, cual

si voces amadas la llamaran y la nombraran en distintos puntos del espacio infinito. Y no obstante, será preciso repetirlo, nadie la llamaba desde el jardín, ni desde los altos aires vacíos, ni desde los mares profundos, como no fuera una voz sólo por ella oída. Su corazón latía con fuerza y vivo compás. Sobre él se sentían pasos.

Intentaremos describir la situación de espíritu de la señorita de Lantigua. La razón no le decía nada en contra del proyecto de su padre, y reconocía fácilmente en Rafael todas las cualidades de un joven maduro, de un carácter honrado y bondadoso, de un atleta del catolicismo, de un trabajador incansable, de un apóstol seglar. Reconociendo esto, hacía esfuerzos para despertar en su pecho inclinación vehemente hacia aquel joven; pero aquí empezaba la dificultad, porque se interponía siempre entre ella y él una sombra intrusa, viniendo no sabemos de dónde.

Esto debiera conducirnos á la afirmación categórica de que la señorita de Lantigua había encontrado ya el elegido de su corazón; pero una serie de indagaciones hechas con ayuda de las personas más diligentes de Ficóbriga, demuestran lo contrario. Teresita la Monja, esposa de D. Juan Amarillo, en cuya casa hay

un ventanuco desde el cual se atisban con buen ojo el jardín, los patios y corredores de la casa de Lantigua, asegura que si Gloria tuviese algún novio del tamaño de una lenteja, ó recibiese cartas, ó hablara por el balcón, á ella no se le hubiera escapado. Lo mismo dicen las dos hijas de D. Bartolomé Barrabás, ambas muy instruidas en todas las historias del pueblo, amigas íntimas de Francisca Pedrezuela, criada principal de los Lantiguas. Y sin embargo, *el otro* existía. ¿Dónde? ¿Quién era?

La señorita descendió al jardín después de la comida. Entonces, sin mover los labios, hablaba. Oigámosla:

«Es una locura—decía,—esto que tengo: es una locura pensar en lo que no existe, y desvanecerme y afanarme por una persona imaginaria... Fuera, fuera tonterías, ilusiones vagas, diálogos mudos. Aquí hay algo de enfermedad sin duda, y mi cabeza no puede estar buena. Vivo en grande error, sueño lo imposible, lo que no existe ni puede existir sobre la tierra. ¿En qué consiste, pues, que entre todos los hombres que he visto y oído y conocido, ninguno se parece á éste? Si mi padre y mi tío le conocieran, no harían tantos elogios de Rafael.

»¿Pero cómo le han de conocer, si no existe,

si no está en ninguna parte, si no tiene cuerpo, ni vida, ni realidad?... ¡Loca, mil veces loca soy!... Déjame, *tú*, y no vuelvas más... Calla, *tú*, y no digas una palabra más, pues no te escucho. Eres una mentira, menos que una sombra, menos que un fantasma, menos que un rayo de sol: eres un pensamiento nada más. No sólo no existes, sino que no puedes existir, porque serías la perfección. Sal, pues, del jardín y no vuelvas más, ni me hables, ni me llames en el silencio de la noche, ni pases haciendo sonar con tus pisadas las hojas arrugadas y secas del otoño... Adiós, *tú*; has sido conmigo cortés, fino, generoso, delicado, leal, apasionado sin impureza y cariñoso con un respeto sagrado hacia mí; pero te despido, porque mi padre me manda que quiera á ese Don Rafael, buena persona, apreciable joven, como él dice. Sin duda no puede haberlos mejores sobre la tierra, y el creer en tí, el pensar en tí, es un disparate, como alzar la mano para coger una estrella.

»Cada cosa en su lugar. El cielo tiene estrellas y soles, la tierra hombres y gusanos... Vivimos abajo y no arriba. Mi padre me ha dicho varias veces que si no corto las alas al pensamiento, voy á ser muy desgraciada... Vengan, pues, las tijeras. O se tiene voluntad ó no

se tiene... ó se vive en la realidad ó en el sueño. Señor y padre querido, tienes razón en llevarme por este camino; guiada por tan fiel mano, entraré gozosa en él y me casaré con tu soldado de Cristo. »

Luego siguió pensando que era necedad propia de colegialas, castigadas á pan y agua por no saber la lección, el divagar á solas tijando el entendimiento en imaginarios galanes, el representarse escenas platónicas y apasionadas entrevistas, y mil otras aventuras novelescas, embellecidas al mismo tiempo por la fantasía y la inocencia. Afirmó además que tales desvaríos eran indignos de una persona de sólidas calidades y principios como ella, y aunque su conciencia diáfana, clara y limpia como los cielos, no le mostraba la nube de ninguna impureza, juzgó que en aquel perpetuo y descarriado imaginar suyo había no poco de pecado, ó al menos de germen pecaminoso.

Después se rió un poco de sí misma, y dejando ir el pensamiento hacia su padre, encontró en él tanta bondad, tanta previsión, tal rectitud de miras, que sintió aumentarse la admiración y el cariño que hacia él sentía. Por la concatenación natural de las ideas, su pensamiento, después de revolotear locamente, fué á posarse sobre la persona de Rafael.

«¡Qué excelente joven es ese Rafaell—dijo andando hacia la casa.—He sido una tonta en no comprender antes su mérito. Se le tomaría por un viejo... ¡Y luego ese talentazo que le ha dado Dios!... Ahí es nada traer mareados á los pícaros revolucionarios y herejes, y volverles tarumba con sus discursos y despedazarles con sus artículos... ¡y qué discursazos! Bien me acuerdo de aquél que decía: «¡Estáis conculcando todas las leyes divinas y humanas; estáis insultando á Dios...!» Luego, es piadoso, es creyente; no tiene la despreocupación infame de los muchachos del día... ¡Ay!... allí viene: me escaparé.»

Y azorada huyó por un lado, mientras el modelo de jóvenes entraba por otro.

XIII

Lluve.

Tales pensamientos duraron poco en la mente de Gloria. Como mudan las corrientes en la esfera del mundo, volviéndose del Norte al Sur, así las ideas de ella marcharon con rumbo distinto; se dijo:

«No, yo no puedo querer á ese hombre. Hay en él algo que me repugna, sin poder explicarme lo que es.»

Aquella tarde, que era la del 23 de Junio, víspera de San Juan, fueron todos á la Abadía. D. Angel la recorrió toda para ver las composturas hechas en algunos altares, los nuevos vestidos con que había sido obsequiada la imagen de la Virgen, y los ornamentos de plata Meneses recién comprados por suscripción entre los fieles de Ficóbriga. Examinó bien el Obispo, y sobre cada pieza dió su dictamen con mucho acierto. Después de orar un rato, salieron para dar un paseo. En el atrio, Su Ilustrísima dijo:

«Daremos un paseo por la playa, si les parece á ustedes.»

D. Juan, el doctor Seisefo, Rafael y el cura accedieron muy gustosos.

«Veremos llegar las lanchas—indicó el cura, poniéndose la mano á guisa de pantalla ante los ojos para mirar al mar.—Hoy vendrá buena sardina... Hala, está picada la mar.

—¿Tendremos temporal?» preguntó Don Angel.

El cura miró al cielo y al horizonte. Parecía que olfateaba las vías aéreas, inquiriendo el rastro de las tempestades.

«Tendremos vendaval esta tarde,—afirmó echándose atrás el manteo, prenda para él de grandísimo estorbo, pero que no podía menos de usar mientras acompañase al Prelado.

—Hombre de Dios—dijo éste con festivo disgusto,—¿se empeñará usted en aguarnos el paseo?

—D. Silvestre—manifestó el padre de Gloria,—se deja atrás á los mejores barómetros conocidos.»

Romero extendió la mano hacia el Noroeste, señalando un cerro aplanado cuya falda tocaba el mar y que tenía por nombre la Cotería de Fronilde.

«Infalible—dijo.—Hay celaje allí, y no

puede fallar la sentencia que dice: *Fronilde nublada, Fricóbriga mojada.*

—Pues pica el sol,—indicó el Obispo.

—Otra señal de próxima lluvia, ilustrísimo señor...

—En fin, ¿bajamos ó no á la playa?

—¡Quién dijo miedo!... ¿Vienes tú, Gloria?»

Esta, durante las observaciones meteorológicas, se había visto precisada á contestar á varias preguntas del joven del Horro, y á escuchar estudiadas frases que bajo frivolidad aparente escondían la intención amorosa.

«¿Vienes, Gloria?—repitió D. Juan.

—No— replicó ella vivamente:—tengo que rezar, y me vuelvo adentro.»

El semblante de Rafael se nubló como la Cotera de Fronilde.

«Se le exime á usted de la obligación por esta tarde,—dijo afablemente y con cierto tonillo de galantería Sedeño.

—No, no: que rece, que rece—dijo D. Angel.—Sr. D. Rafael, deme usted el brazo.»

Gloria volvió á entrar en la Abadía, y los demás emprendieron su paseo por una vereda pedregosa, que empezaba detrás de la iglesia y terminaba en la playa. Delante iba D. Angel, apoyado en el joven orador y periodista, imagen de la Iglesia sostenida por la entu-

siasta juventud batalladora. Desde aquel rústico sendero se veía el mar en extensión considerable. Dos ó tres lanchas corrían tendiendo las blancas olas hacia la barra, y allá lejos, muy lejos, en el punto en que se confundían cielo y tierra, una mancha negra ensuciaba el azul del firmamento.

«Un vapor,—dijo Su Ilustrísima.

—Pasa de largo,» indicó Romero.

En el mismo instante, el sol dejó de iluminar el grupo de paseantes.

«Parece que el señor párroco se va á salir con la suya—apuntó D. Angel.—Nos quedamos sin sol, aunque más allá sigue descubier-to. Esto pasará.

—Tenemos agua,» manifestó el barómetro.

D. Angel miró al cielo, y al mirar le cayó una gota de agua en la punta de la nariz.

D. Juan extendió la mano, diciendo:

«Caen gotas.

—Ya que estamos aquí—propuso D. Angel alargando también la mano,—más vale que sigamos y demos la vuelta por el resguardo para salir á casa. Casi se tarda lo mismo.

—Pues adelante,» dijo D. Silvestre, abriendo su paraguas rojo y dándolo á Rafael para que cubriese al señor Obispo.

D. Juan abrió también el suyo. Las gotas

menudeaban. De pronto, una racha de Noroeste sopló con fuerza, levantando remolinos de polvo, pues la tierra apenas se había mojado, y azotando con violencia suma á los paseantes, obligóles á detenerse un momento. Las ropas talares del Obispo, del cura y del secretario se arremolinaron silbando en torno de los cuerpos, como si el viento quisiera arrancárselas para ponérselas él.

«¡Dios mío! ¿qué es esto?» exclamó Don Angel.

En poco tiempo la nube parda se extendió por todo el cielo, cubriéndole. Los viejos álamos de tronco leproso y de sonoras hojas se encorvaban gimiendo, y sacudían sus ramas con movimientos de desesperación. El viento, después de barrer furioso los tejados, arrancando todas las tejas que no estaban seguras, caía con furia loca sobre el mar, y embistiendo las olas, las ahuecaba, silbando en los cóncavos cilindros de ellas y esparciendo su espuma. Había desaparecido el horizonte, y cielo y tierra eran una inmensidad blanquecina, toda agua, toda bruma. De repente, veloz cubrebra de fuego violáceo cruzó el espacio, vibrando fugazmente en él como el pensamiento dentro de nuestro cerebro, y después sonó allá arriba hondo estrépito de mil montañas

que parecían rodar, chocando unas con otras.

La lluvia empezó á caer fuerte, punzante, espesa, torrencial. Calado en un instante hasta los huesos, D. Angel se volvió á sus amigos, y con voz dolorida y semblante de compasión profunda, exclamó:

«¡Pobres marineros, pobres navegantes!»

XIV

El otro está cerca.

Gloria penetró en la iglesia, gozosa de encontrarse sola y en sitio apropiado para soltar el freno á su imaginación. En el sagrado recinto no había ya sino cinco ó seis personas, entre ellas Teresita la Monja, que era la última que salía, y dos marinos ancianos que iban todas las tardes.

Dirigióse á la capilla de su familia y sentóse en un rincón de ella, mirando al altar. La tranquila atmósfera del templo, la media luz, el silencio, eran como un espejo donde el alma posaba blandamente sus ojos y se veía. Buena ocasión también para rezar, para mirar á Dios cara á cara, como si dijéramos, y subir hasta Él con el pensamiento, dejando acá todo lo que puede dejarse. Así lo pensó Gloria.

En la iglesia de Ficóbriga hay sillas muy bajas y de alto respaldo, las cuales sirven de reclinatorio. Gloria tomó una de las de su casa, y arrodillándose en ella apoyó su frente en

el respaldo, sosteniéndola con ambas manos. Un momento después pensaba así:

«¡Que no pueda yo arrojar esto de mí? ¿En qué consiste, Señor, que lo que no es nada, lo que no existe, lo que no puede existir, ocupa mi pensamiento noche y día para mortificarme, para condenarme tal vez? Rezaré, rezaré con toda mi alma.»

Empezó á rezar con la boca. Pero su pensamiento no iba á donde la tiránica voluntad lo mandaba, y así como la brújula mira siempre al Norte, él miraba constantemente á su idea. No había fuerza humana que le apartase de aquella dirección.

«Esto es locura, locura...» afirmó Gloria alzando la cabeza.

Volvió á cerrar los ojos y á hundir la frente, y una voz decía dentro de su cerebro:

«¡Ya voy, ya estoy cerca, ya te toco!»

La señorita de Lantigua experimentó una sensación de anhelo ó expectativa que la llenaba de indecibles congojas. Sentía su corazón ensancharse y contraerse. Allá dentro, en lo íntimo de su sér, había como un anuncio misterioso, que no tenía explicación fácil. El alma sentía pasos, que es como decir que su facultad de adivinación anunciaba la proximidad de algo profundamente interesante para

ella. Era un resplandor que en la dulce obscuridad del sér iba poco á poco despuntando como una aurora, y que anunciaba otra luz mayor. Dentro de Gloria, misteriosos sonos murmuraban: «¡Oh, alma; pronto en tí será de día!»

Alzando de repente los ojos, tuvo miedo. Miró á las bóvedas del templo, y viólas oscuras, á pesar de ser las cinco de la tarde. La arquitectura de la vetusta iglesia, obra románica del undécimo siglo, estaba toda cubierta profanamente por una capa de yeso, bajo la cual las emblemáticas figurillas de los capiteles y de las archivoltas apenas tenían forma. Parecían tiritar de frío arrebuajadas en gruesos mantos blancos. Algunos arcos ojivos ó peraltados habían perdido, con el peso de tantos años, su original curva; algunas ventanas desquiciadas hacían muecas; algunas columnas habían dejado de ser verticales; paredes había que se inclinaban con ceremoniosa reverencia. El conjunto estético de tal fábrica era triste.

Sobrecogida por secreto espanto, Gloria se levantó. En el mismo instante un fragor horrísono retumbó allá arriba, sobre el techo, y la Abadía gimió en los atléticos brazos del suelo. Por las abiertas ojivas entraron ráfagas violen-

tas que recorrieron las bóvedas cantando con atronadores bramidos, y dieron vuelta á toda la iglesia, rozando los bancos, difundiendo el polvo de los altares, agitando los huecos vestidos de las imágenes. Derribaron una lámpara, que rompió, al caer, la urna ó sepulcro de cristal en que estaba el Señor difunto. Azotaron con un ramo de flores de trapo el rostro de San José, y le arrancaron la espada de la mano á San Miguel, arrojándola dentro de un confesonario. Dieron vueltas alrededor del órgano, haciendo murmurar á los tubos, y volvieron las hojas del libro de coro, como si febril mano de un lector invisible las repasara. Besaron la frente de Gloria, y escaparon después por las puertas, cerrándolas con tal violencia, que éstas perdieron la mitad de sus podridas tablas.

La señorita de Lantigua tuvo miedo; vió la iglesia casi á obscuras y sin alma viviente. Al salir de su capilla, creyó sentir pasos, corrió, y alguien corría tras ella. Indudablemente oía pisadas y una voz diciendo: «Espera: soy yo, soy yo que he llegado.»

Su terror aumentó, y con su terror el afán de huir. Pasaba de una capilla á otra... Casi estuvo á punto de pedir auxilio. Creyó ver los altares corriendo también, y oír á los santos

gritar: «¡socorro!...» Detúvose al fin; trató de serenarse, mirando hacia atrás y á todos lados con observación atrevida que disipase las absurdas aprensiones. Pero no pudo tranquilizarse por completo, y su corazón se contraía recogándose, como la sensitiva cuando la tocan. Creíase tocada por una mano invisible.

«¡Qué nerviosa estoy!» dijo tratando de sacudir el miedo.

De pronto sintió una alegre voz de muchacho. Por la sacristía apareció corriendo uno de los hijos del sacristán.

«Sildo, Sildo—gritó Gloria, —ven acá.

—¡Ahl... la señorita Gloria,—dijo el muchacho acudiendo á ella.

—Ven acá: dame la manc

—Voy á cerrar las puertas; se ha metido un aire que... ya, ya. ¿Quiere usted salir?

—No: parece que llueve mucho. Esperaré.»

Poco después, Sildo la guiaba á la sacristía.

XV

Va á llegar.

«¿Está tu padre?»

—Sí, señorita. Está poniendo una tabla al ataúd de pobres.»

Pasó Gloria á la sacristía, que era lóbrega y húmeda; de allí á un patiecillo estrecho cubierto de hierba, y del patio á una habitación destartada, que tenía el techo en tres planos distintos, y en las paredes un resto de arco bizantino destrozado y cubierto de yeso; vivienda construída sobre las ruínas del palacio abacial, y que servía de asilo al sacristán de la parroquia. Dicha pieza estaba llena de objetos distintos en revuelto montón: era almacén, carpintería, taller y dormitorio de Caifás y sus hijos. Hacheros de madera plateada, horriblemente manchados con gotas de amarilla cera, aparecían patas arriba junto al túmulo negro que servía para los funerales. Un San Pedro sin manos, y, por consiguiente, sin llaves, mostraba su calva, coronada con el nimbo de oro, por encima de un rimero de astillas y tablas

—Ten paciencia—le dijo Gloria,—que otros hay más desgraciados que tú.»

Caifás, que estaba en el suelo, elevó sus ojos hacia la hermosa doncella sentada en la tarima. No era posible mayor semejanza con los cuadros en que el arte ha puesto una figura mundana orando de rodillas al pie de la Virgen María. Sólo los trajes podían quitar la ilusión. Entre los ojos de topo, la faz angulosa, el estevado cuerpo, la color amarilla de José Mundideo (á quien todos en Ficóbriga conocían por el mote de Caifás) y la seductora hermosura de Gloria, había tanta distancia como de la miseria del mundo á la majestad de los cielos. El sacristán infló el pecho para echar fuera un suspiro tan grande como la Abadía, y acurrucándose en el suelo, dijo:

«¡Paciencia yol... Pues qué, ¿queda todavía algo de paciencia en el mundo? Creí que yo me la había cogido toda... En verdad que si no fuera por las almas caritativas como la señorita Gloria, ¡qué sería de mí y de mis pobres hijos!»

Los tres chicos de Mundideo parecían confirmar esta aseveración del padre, contemplando á la señorita de Lantigua con miradas fervorosas. Eran dos varones y una hembra pequeñuela. Esta, poseída de profunda admi-

ración hacia la señorita, se acercaba tímidamente, y con sus deditos sucios, como hojas de rosa que han caído en el fango, tocaba los guantes de Gloria y los bordes de su sobrefalda, y hubiera tocado algo más, si el respeto no la contuviera. El mayor, Sildo, limpiaba el polvo de la tarima y de todo cuanto á Gloria rodeaba, mientras el segundo, Paco, cuidaba de poner en el mayor orden los hilos de la bõrta del quitasol, que estaban cada uno por su lado.

Gloria sacó su portamonedas, diciendo

«Esta semana no te he dado nada. Toma.

—¡Bendita sea la mano de Dios!...—exclamó José tomando seis moneditas de plata.—Ya veis, hijos, cómo Dios no nos abandona... ¡Ah! señor cura, señor cura, no todos tienen corazón de hierro como usted.

—¿Qué dices del cura?

—Señorita Gloria—repuso Caifás enjugando una lágrima con la manga de la camisa,—desde el primero de mes ya no comeré el amargo pan de la parroquia. El señor cura me despide.

—¿Te despide?

—Sí: dice que por mis escándalos... porque tengo deudas y no las puedo pagar, porque soy un tramposo, un miserable, un des-

dichado... Y tiene razón. Yo no debo estar más en estos lugares sacratísimos. Soy un tramposo, estoy comido de deudas; tengo empeñada hasta la camisa en casa de la Cárcaba, y debo á D. Juan Amarillo más de lo que peso... Iré pronto á la cárcel, y después á presidio y después á la horca, que es lo que merezco.

—Por Dios, José, me estás asustando—dijo Gloria, acariciando á los chicos, que se habían echado á llorar viendo llorar al padre. —Si es verdad lo que dices, eres un hombre de muy mala conducta.

—Yo no soy más que Caifás el estúpido, Caifás el feo, Caitás el idiota, como me llaman en Ficóbriga, y Caifás el desgraciado, como me llamo yo.

—Francisca me dijo que el domingo estabas borracho como una cuba en el prado de la Pesqueruela.

—¡Oh! sí, señorita Gloria: es verdad. Me emborraché... ¿cómo lo diré? Estuve dudando si echarme al mar ó emborracharme para dormir algunas horas, para olvidarme de que soy Caifás el horrible. El vino alegra ó adormece... ¡Sueño y alegrial ¡Qué cosas tan divinas para quien no las conoce nunca!

—No, no vengas con disculpas—dijo Glo-

ria en tono de amable amonestación.—Tú no eres bueno; yo no creo que seas tan malo como dicen; pero ello es que tú no eres bueno. Verdad es que estás mal casado y que tu mujer es capaz de hacer pecar á un santo.

—¡Oh, Dios mío; oh, Virgen mía; oh, señorita Gloriam—exclamó Caifás, demostrando en lo lastimero de su tono que la herida de su corazón había sido tocada.—¿Cómo ha de haber virtud al lado de esa mujer? ¡Si usted la viera cuando entra aquí de noche, con el carpancho tan sucio como su cara, y su cara tan dura como el carpancho, pintada toda con la almagre del mineral, que no parece sino que la han echado de sus cavernas los infiernos!... Como en el embarcadero beben que es un primor, siempre viene alegre, me pega, me quita el dinero, azota á los chicos, da gritos, y echa unos cantorios que escandalizan al señor cura y á todos los vecinos. Ella, señorita Gloria, es la causa de que yo tenga mi casa por los suelos, de que todas mis ropas y alhajas y colchones hayan ido á parar á casa de la Cárcaba, de que jamás tenga un real, de que esté á punto de ser llevado á juicio por D. Juan Amarillo, y echado de la sacristía por el señor cura... ¡Esta es mi situación, ésta es la situación de Caifás, el dejado de la mano de

Dios!... ¡de Caifás, el que se irá al Infierno por culpas ajenas!...

—Eres un majadero—dijo Gloria con enfado;—¿por qué te dejas dominar por esa arpía?

—Yo no me dejo dominar por ella. Anoche reñimos y le pegué. Pero, aunque quiera, ya no puedo salir del infierno en que me he metido. Como no puedo pagar mis trampas, me echan de la sacristía, y como me quedo sin pan, pediré limosna, iré á la cárcel... No, señorita Gloria: yo creo que Caifás el feo no puede seguir viviendo... ¡Me dan unas ganas de echarme al mar...! ¡Qué bien se debe estar allá en el fondo, en el fondol...

—¡Infeliz!—exclamó Gloria conmovida.—Ya se te amparará. No desconfíes de Dios, José; no pienses en el suicidio, que es el mayor de los pecados.

—Cuando usted me dice que tenga confianza, casi la tengo; cuando la veo á usted, parece que me sale de dentro un no sé qué... me siento más fuerte contra la desgracia... Dios debe de ser muy poderoso, cuando la ha hecho á usted, señorita Gloria... Mi vida es negra y oscura como este ataúd. Usted pasa, me mira, y parece que de esta caja salen flores. Sí, señorita mía: delante de usted yo soy otro... Adoro á la doncella celestial que me

ha socorrido tantas, tantísimas veces; á la que me sacó de la enfermedad que tuve el año pasado; á la que no ha permitido que mis hijos anden desnudos; á la que se ha dignado consolarme, honrando mi humilde morada; á la única persona que me ha dicho: «Caifás, tú no eres tan malo como dicen. Conffa en Dios y espera.»

—Eres tonto. ¿Eso qué significa?

—Significa que usted es un ángel... ¡Ayl si se me presentara ocasión de mostrarle mi agradecimiento... ¿Pero yo qué puedo, si soy como un guijarro de las calles, á quien todo el mundo da con el pie?

—Vamos, no te acuerdes de mis beneficios, que no valen nada,—dijo Gloria con impaciencia, mirando al cielo á ver si había concluido de llover...

—¿Que no me acuerde? ¿Que no me acuerde de quien me da el pan de cada día? No la aparto á usted del pensamiento á ninguna hora, y creo que antes que olvidar á mi ángel tutelar, me olvidaré de mí mismo y de la salvación de mi alma. Me parece que veo en todas partes á mi Divina Pastora. Anoche, señora Gloria, soñé con usted.

—¿Conmigo? — dijo Gloria sonriendo.—
¿Qué soñaste?

—Una cosa triste, pero muy triste.

—¿Que me moría?

—No: que me había olvidado usted á mí y á mis pobres hijos, y ya no nos hacía caso.

—Es particular. ¿Y por qué os olvidaba yo?

—Porque estaba usted enamorada.»

Gloria se sonrojó, poniéndose seria.

«Sí: soñé que había venido un hombre.

—¡Un hombre!

—Es claro. ¿Pues á quién podía querer usted sino á un hombre?... Yo le veía, y me parece que le estoy viendo.

—¿Cómo era?—preguntó Gloria sonriendo.

—Era... ¿cómo decirlo?... un hombre horrible, espantoso...

—¡Jesús!

—No: entendámonos... no era horrible de cara, sino, al contrario, tan hermoso, que no hay otro semblante que pueda comparársele sino el de Nuestro Señor Jesucristo.

—Entonces, ¿por qué te espantaba?—preguntó Gloria, prestando á tal trivialidad más atención de la que merecía.

—Porque se la llevaba á usted lejos, muy lejos,—dijo Caifás con el énfasis de un artista muy poseído de su asunto.

—Caifás, no me marees con esos novios horribles y guapos y que llevan muy lejos.

—Yo soñé que había venido volando por los aires, y que caía del cielo como un rayo.

—Vamos, calla. Me voy á destemplan otra vez. Esta tarde he estado muy nerviosa en la iglesia, José: tuve mucho miedo.»

Gloria se levantó.

«¿Sabes—dijo después de mirar al cielo,—que la tempestad no cesa? Extraño mucho que de mi casa no me hayan mandado á buscar.

—Es particular—indicó Caifás;—¿quiere la señorita que avise?

—No: ya vendrán. Papá querrá mandarme el coche, y estarán enganchándolo... Pero ahora me acuerdo de que una de las mulas se ha puesto mala ayer... Al menos ha podido venir Roque con un paraguas.

—Yo tengo uno que está roto—dijo Mundi-deo;—pero algo tapa. ¿Quiérela la señorita?

—No: esperaré. Han de venir.»

Como pasase algún tiempo, Gloria se impacientaba.

«Pues estoy con gran cuidado. Anochece, y nadie viene á buscarme. ¿Habrá pasado algo en mi casa?

—¿Quiere la señorita marcharse? Vamos allá. Parece que ahora llueve menos.

—Sí: el temporal cede. Vámonos. Aprove-

chemos este claro. ¡Cómo estarán esas calles!

—La distancia es corta.»

Caifás sacó de detrás de San Pedro un paraguas rojo, y lo abrió dentro de la casa para enterarse de su estado. No era pieza, en verdad, de consolador aspecto para un día de temporal. La tela huía de las puntas de las varillas, dejándolas descubiertas, y los descosidos paños se recogían hacia dentro, plegándose como las hojas de una flor marchita.

XVI

Ya llegó.

«Está bueno—dijo animosamente Gloria.
—Vamos.»

Después de dar á los chicos todos los cuartos que llevaba, la señorita y el sacristán salieron. Gloria se recogía el vestido, Caifás ponía cuidadosamente el paraguas de modo que su Divina Pastora se mojase lo menos posible, y le indicaba los charcos del camino y las piedras salientes donde debía poner el pie.

«Estoy con cuidado—repitió Gloria.—¿Qué sucederá en mi casa?»

Cerca de la Abadía, y á mayor altura que ella, contenido por grueso muro de mampostería sobre la calle de la Poterna, estaba el cementerio de Ficóbriga. Gloria nunca pasaba por allí sin sentir religiosa emoción.

«¡Qué mala noche para mis pobres hermanitos, Caifás!—dijo.

—Ellos no tendrán frío como nosotros,—repuso el sacristán.

—Es verdad; pero somos tan materiales, es-

Era un buque que pedía auxilio. Miraron todos, y entre la bruma del mar vieron un fantasma que elevaba sus brazos al cielo con desesperación, vomitando humo.

«¡Un vapor, un vapor!» gritaron todos.

En el embarcadero reuniéronse al punto muchos marinos y pescadores.

«¡Se estrella contra Los Camellos!»

A la izquierda de la boca de la ría había una serie de rocas que se mostraban completamente en marea baja, y en la pleamar eran indicadas por movibles espumarajos del agua. Uno de los peñascos tenía forma parecida á un camello, y de aquí vino el nombre dado á todo el arrecife.

«¡Jesucristo les ampare! ¡Pobres marinos!» — exclamó el Obispo, asomándose también á la puerta. — ¿Conocen ustedes ese barco?

— Es inglés, — indicó un marinero.

— Ya: es el *Plantagenet* — dijo un forastero de los que á la sazón se guarecían allí. — Le he visto la semana pasada atracado á los muelles de Manzanedo descargando carriles.

— ¿Y se perderá, se perderá? — preguntaron ansiosos D. Juan, D. Angel y los demás de la partida.

— Debe de haber perdido el timón, y no puede gobernar — dijo un robusto y hermoso ma-

riero, que vestía grueso camión de lona, pantalones recogidos, dejando ver toda la pierna desnuda, y cubría su varonil cabeza de Neptuno con un *sueste* de hule que por todos sus bordes despedía el agua.

—¡Pero se ahogará esa pobre gente!—exclamó con terror el Sr. de Lantigua.—Germán, es preciso hacer un esfuerzo.

—Señor, es ir á buscar la muerte,—replicó Germán llevando la mano á la delantera del *sueste*.»

El *Plantagenet*, mientras de este modo se discutía sobre su suerte, se acercaba más á Los Camellos. Arrojava el vapor silbando con verdadera rabia, como lanza su grito el animal herido que presiente la muerte. Era un buque pesado y sin elegancia, como nave de carga. Su casco parecía un almacén negro, y su arboladura, sin garbo ni esbeltez, consistía en tres palos con escaso cordaje. Tenía dos vergas en el palo de trinquete, y en el de mesana, que era pequeñísimo, flotaba un jirón rojo, ennegrecido por el humo, en cuyas aspas podían reconocerse las insignias de la Gran Bretaña. La proa vertical se alzaba desmesuradamente, mostrando hasta el primer número de las medidas de flotación y las planchas rojas de hierro mal pintado. Daba grandes tumbos á ba-

bor y estribor, mostrando ora la horrible panza, ora la cubierta en desorden, negra y húmeda, las escotillas, el mamparo de la máquina, el puente y la chimenea negra, con dos anillos blancos y una T, emblema de la casa *Taylor and Co*, de Swansea, poseedora de treinta y dos buques de carga.

El pobre barco inspiraba esa compasión, hondamente patética, que acompaña al espectáculo de los grandes peligros. Se le veía forcejear con las olas, tratando de gobernarse con la hélice para huir de los escollos, y su figura tomaba la especial fisonomía que adquiere todo lo que interesa, personificándose á los ojos de los que están en salvo. No era un buque, sino un hombre, un pobre nadador que luchaba con la resaca: se le veía romper las olas con la dura cabeza, y sacarla fuera para respirar por los dos agujeros llamados *escobenes*, abiertos á manera de narices. La hélice trabajaba con frenesí, tornillando el agua y sacando hirvientes virutas de espuma. Tragaba el casco inmensos sorbos de agua, y al tumbarse los arrojaba en catarata por los portalones, sin cesar de dirigir al cielo su espantosa imprecación en forma de humo densísimo y de rugiente vapor blanco y rabioso como el ohorro de la ballena herida.

«A los condenados ingleses—observó Germán,—les pasa esto por borrachos. Sabe Dios los cuartillos de aguardiente que tendrá á estas horas en el buche el capitán.

—No digáis desatinos, hijos míos—manifestó con angustia el señor Obispo,—y ved si podéis salvar á esos desgraciados.»

Germán puso un gesto que daba miedo.

«Ese buque venía á nuestro puerto—dijo el Prelado, buscando todos los medios para interesar á los rudos marinos ficobrigenses,—con el fin de traernos riquezas, mercancías, dinero, trabajo.

—Perdone Su Ilustrísima—gruñó uno de los presentes.—El *Plantagenet* no puede entrar en esta ría. No es sino que pasaba para Levante, se sintió con averías, y quiso guarecerse en el abra de Ficóbriga, aguantándose á máquina. Pero se le rompió el timón, y ya ve Su Ilustrísima... Dentro de dos horas no quedará nada.

—Sí: ya veo que el buque no puede salvarse; pero la tripulación, la tripulación...»

En aquel momento el pobre *Plantagenet* volvió la proa á Noroeste y hundió toda la popa en el agua. Había caído en la trampa. Los agudos escollos, como tenazas de hierro, trincaron la quilla de popa y la hélice: la presa no

debía ser soltada ya. Alzaba el buque moribundo la proa, dejando en descubierto toda la roda y á ratos parte de la quilla. Ya no se movió más; y en su convulsión postrera, temblaban las rotas jarcias, y el palo de trinquete, con la doble cruz formada por las vergas, se doblaba como un báculo roto. Entonces las olas avanzaron triunfantes sobre el cadáver de la nave, que ya era un cuerpo inmóvil, y se posesionaron de él ebrias de feroz gozo. Una entraba frenética y se metía hasta las bodegas; otra pasaba por encima de la cubierta arrollando cuanto hallaba al paso; ésta subía, salpicando por las escalas de las jarcias, hasta tocar las cofas; aquélla se estrellaba contra la convexa armadura negra, y otra, la más fatua de todas, daba un salto hasta la chimenea y entraba por la boca para inundar las máquinas.

«¡Hijos míos!—exclamó el Obispo en tono grandioso, alzando la mano bendicidora de los pueblos.—No sois cristianos, no sois españoles si dejáis perecer á esa pobre gente.»

Los mareantes gruñeron. Se miraron unos á otros, buscando entre ellos el más valiente. Pero el más valiente no parecía.

«No se puede, Ilustrísimo Señor,—dijo al fin Germán, encogiéndose de hombros.

—Parece que se aplacan las olas—manifestó D. Juan, que trataba de convencer á dos marineros amigos suyos.

—¡Animo, muchachos!

—En nombre de Nuestro Señor Jesucristo—dijo Su Ilustrísima con exaltación evangélica,—os suplico que salvéis á esos pobres náufragos. ¡En nombre de Nuestro Señor!...

Profundo silencio. Alguno se rascaba la oreja. Alguno se escabulló bonitamente, subiendo á Ficóbriga.

«Señor, que nos ahogaremos todos—exclamó Germán.—¿No ve usía esas mares como montañas?

—Fuera de aquí, cobardes,» gritó una voz enérgica, terrible, única voz digna de alzarse entre la espantosa música del Océano.

Era la voz del cura.

«¿Qué, se atreverá el señor cura?...

—¿Pues no me he de atrever?—vociferó don Silvestre, arrojando manteo, canaleja, paraguas, inútil carga de fastidiosos dengues. Su impetuosa naturaleza, su indómito valor, hecho á los combates con la Naturaleza, mostróse en sublime cuadro.

—¡Bien, bien por el soldado de Cristo! ¡Bien por el sacerdotel... ¡Aprended, hombres sin

fel» exclamó el Obispo derramando lágrimas de piedad y admiración.

D. Silvestre se arremangó los brazos, mostrando las musculosas manos de oso, aquellas manos que lo mismo tomaban la hostia que el remo. Quitada también la sotana, se encajó un camisón de lana.

«¡Venga la *trainera* (*), un cable, dos!... A ver quiénes son los guapos que me van á acompañar.

—Yo, yo, yo...»

Y todos querían ir.

«Tú, tú, tú, tú...» dijo rápidamente el cura, escogiendo su escuadrón.

(*) Embarcación del país.

XVIII

El cura de Ficóbriga.

Ha llegado la ocasión. A su hazafia debe preceder su retrato. Era D. Silvestre joven, sanguíneo, fuerte, grandullón de cuerpo, animoso hasta la temeridad, ambicioso de aplausos y ganoso de estar siempre en primera línea; grande amigo de sus amigos, y al propio tiempo muy alegre, muy rumboso, vivísimo de genio, generoso, y de trato galán y campechano con grandes y pequeños. En la iglesia, las hembras le querían mucho, porque predicaba con alta entonación, con dramático y pintoresco estilo; los varones también, porque despachaba la misa en un momento. Así es que cuando decía misa el Padre Poquito, que era de mucha pesadez, todos aquellos fieles, abrumados de ocupaciones, se quedaban charlando en la plaza.

«Para una misa corta no hay otro como D. Silvestre—decían.—Bien comprende que no somos holgazanes, que van á desperzarse y á dormir en la iglesia. Hace todas las ce-

Olvidó muchas cosas, pero no la íngénita afición á la caza.

«Es un vicio—decía;—pero un vicio de reyes.»

D. Silvestre era hombre vehemente y algo testarudo. En el desempeño de cuanto tomaba á su cargo ponía siempre mucho ardor. En cierta ocasión le dió por revocar y componer la iglesia, y se hizo pintor, albañil y arquitecto. Cuando le escribieron para que trabajase en las elecciones, realizó estupendas maravillas. Su regular hacienda, el prestigio de que gozaba en el pueblo, su carácter jovial y caballeroso le hacían único para acaudillar hueste de electores y mangonear eficazmente en la comarca. Ponía con tanto ahinco su voluntad y su influencia al servicio de la causa política, que durante los azarosos días en que los ficobrigenses ejercitaban el más importante de sus derechos, el buen D. Silvestre no paraba en el bosque, ni en la playa, ni en la sacristía, ni en su casa, sino que, cual poseído del Demonio, ó enamorado, corría de una parte á otra sin descanso. Viéraisle allí emplear doctamente ora la astucia, ora la amenaza, con éste la ruda coacción, con aquél el malicioso soborno, y de este modo someterles á á todos á su arbitrio.

Con tales experiencias adquirió Romero acabada maestría en el arte de elegir, que nunca ha sido fácil, que á muchos empequeñece, pero que al cura de Ficóbriga, por su mucho ingenio y sutileza, le ponía en los cuernos de la luna. Montar á caballo, andar seis ó siete leguas con frío y nieve en busca de Fulano para comprometerle; tomar la delantera á los contrarios acumulando recursos sin aumentar por eso de un modo escandaloso la tarifa de gastos electorales; realizar el portento de la multiplicación de los panes y de los peces aplicado á las cédulas de votar, eran otros tantos arbitrios que aumentaban la valía de D. Silvestre. Como prueba de su enérgica voluntad avasalladora, óigase lo que la misma Ficóbriga refería poco há.

Estaba muy refida y á punto de perderse la elección. Entre los votantes de última hora había un pastor de aquellos andurriales, hombre zafio y torpe que apenas sabía hablar. Cansado del plantón en las puertas del edificio donde funcionaban los comicios, y maldiciendo las obligaciones políticas que le habían llevado tan fuera de su rústico elemento, volvió la espalda y se marchó. Había junto á la urna electoral un río, por más arriba vadeable, por allí muy hondo. Mi

hombre tomó por el vado las de Villadiego.

Aquel voto de menos podía comprometer seriamente la elección. Advirtiéndolo D. Silvestre, y bramando de furor llamó al campesino, que en salvo ya en la otra orilla y frente por frente de los comicios, con el río de por medio, hacía con ambos brazos gestos de burla y provocación. Exasperado D. Silvestre contra aquel salvaje, que no sólo se escabullía en el momento de votar, sino que con los gestos de los dos movibles brazos le insultaba delante de la Nación en el momento de ejercer ésta su soberanía, no reparó en nada, y con presteza suma se arrojó al agua. Como era gran nadador y se había despojado del levitón que le ceñía, bien pronto puso el pie en la otra margen del río. Corrió hacia el fugitivo, le agarró por el cuello, y arrastrándole con hercúlea fuerza, se metió con él nuevamente en el agua, y asido por los cabellos le trajo á la orilla de acá, le entró en la casucha, y le puso, chorreando agua, delante de la urna. Este acto de energía, atemorizando á los que se mostraban indecisos, aseguró la elección.

Otras muchas anécdotas podría contar para mayor realce de la valentía de este varón insigne; pero no quiero alargar las dimensiones de su retrato. A fin de que sea, aunque breve,

completo, diré que D. Silvestre despuntaba en los juegos de tresillo y ajedrez. El y D. Juan de Lantigua se batían sobre el tablero casi todas las tardes. Como poseía dos ó tres lanchas de pesca, á la mar salía muchas tardes, y era más conocedor del terrible elemento que los mejores prácticos de Ficóbriga. También nadaba como un pez, siendo el asombro de todos cuando se ponía á luchar con las olas, y si se ofrecía empuñar el timón ó el remo y dirigir la *ciaboga* mientras la embarcación pasaba la barra, los marineros más forzudos no le igualaran. Muchos aseguraban que el mar le tenía miedo, y bien se podía decir con el Libro Santo: *Draco iste quem formasti ad illudendum ei;* «este dragón á quien hiciste para burlarle.»

Cuando le hemos conocido, la ocupación favorita y el sueño dorado de D. Silvestre eran cuidar una huerta primorosa que había formado en un sitio llamado el Soto de Brijan, frente á Ficóbriga, á la otra orilla de la ría, pasando el puente de Judas. Allí estaba la mayor parte del tiempo, sin descuidar sus deberes parroquiales (dicho sea en honor suyo). Aunque vivía de ordinario en Ficóbriga, tenía en el Soto hermosa casa, los mejores frutales del país y un amplio corral y establo llenos de

animalia pusilla cum magnis, de cuanto Dios crió. Pavos, gansos, gallinas de diversos linajes, vacas de leche, conejos, cerdos gordísimos, á quienes D. Silvestre solía rascar con la punta del bastón, pájaros, cabras exóticas; en suma, nada de cuanto puede hacer placentera la vida del campo faltaba allí.

En los días de nuestra historia no atendía mucho D. Silvestre á su granja, porque le distraían los negocios electorales de su buen amigo Rafael del Horro. Habíase estrechado esta amistad por relaciones periodísticas, y por la virtud de ciertas cartas que D. Silvestre escribió desde Ficóbriga á un periódico de Madrid, firmadas con el seudónimo de *El pastor de la montaña*. Rafael del Horro vivía en casa del cura, y todas las horas las pasaban en grata conferencia sobre los elementos de que podían disponer y las probabilidades de triunfo. Habían concertado plantarse ambos en el terreno de la lucha y no abandonarlo hasta alcanzar completa victoria sobre los impíos.

Tal era el hombre extraordinario y valeroso que dijo: «Yo salvaré á los náufragos.»

Momentos después saltaba á la trainera. Impávido se lanzó á las olas. D. Silvestre tenía te en su poderoso brazo, en su pericia de marino y de pescador.

La trainera embistió las olas. Subía por la empinada pendiente, desapareciendo después entre revueltos torbellinos de espuma. A veces creeríase que los montes de agua se la tragaban de un sorbo, á veces que la escupían entre salivazos de rabia. Pero avanzaba, débil y valerosa, como la fe en Dios por entre los embates del mundo.

D. Angel se había quitado el sombrero, que era ya una esponja, y arrodillándose en el fango, rezaba en voz alta. D. Juan, Rafael, Sedeño, sentían las vivísimas emociones del sentimiento cristiano en su mayor pureza.

«Llegarán, llegarán y les salvarán—dijo D. Angel con la inefable convicción del creyente.—Dios oirá nuestros ruegos.»

Y los atrevidos salvadores lograron acercarse á los costados del buque, recogieron el grueso cable que de éste les fué arrojado, y en menos de una hora toda la tripulación estuvo en tierra. ¡Admirable efecto de la misericordia de Dios! Cuando la trainera volvió á tierra, las olas se aplacaron, como si el mismo Océano, que jamás perdona, se sintiera enternecido. Cuando los infelices tripulantes (eran ocho) pusieron el pie en tierra, D. Angel les abrazó á todos, mezclando sus lágrimas con el agua salada que les empapaba. Habían acudido á la

playa el alcalde, el secretario, el alguacil y muchas personas, entre las cuales se contaba D. Juan Amarillo, que era vicedónsul de Francia. En un instante se decidió dar á los desgraciados náufragos el auxilio que necesitaban, conviniéndose en repartirlos en las casas de más viso. Al Sr. de Lantigua le tocó uno con graves contusiones y que había perdido el conocimiento.

XIX

El náufrago.

Le asistieron con grande solicitud; le acostaron; vino D. Nicomedes, médico titular de Ficóbriga...

«Golpes en la cabeza, que no parecen tener gravedad—dijo,—y además un poco de asfixia.»

Ordenó algunos remedios caseros y que le dejasen reposar después. Hízose todo con presteza, y el enfermo, después de pronunciar algunas palabras á media voz, descansó, al parecer tranquilo. Salieron de la pieza un instante, y cuando volvieron á entrar, el caballero (pues indudablemente lo era) sacado de las aguas abrió los ojos mirando á todos lados con curiosidad.

«Tranquilícese usted—dijo D. Juan.—Está usted entre amigos, bien asistido, y no carecerá de nada. El lance ha sido terrible; pero gracias á Dios, usted y sus dignos compañeros están en salvo.»

días no se presenta ocasión de practicar las obras de misericordia.»

El náufrago miró sucesivamente á D. Angel y á Gloria, conforme el Sr. de Lantigua se los presentaba, y después, tomando la mano de éste, la oprimió contra su pecho.

«*El que sigue la misericordia —dijo,—hallará vida, justicia y gloria.*»

D. Angel repitió también en latín esta sentencia de Salomón.

«Ahora—dijo el Sr. de Lantigua,—descanse usted, señor... ¿Cómo es el nombre de usted?

—Daniel.

—¿Y su apellido?

—Morton.»

Al decir su nombre, el extranjero añadió ardientes y cariñosas expresiones de gratitud. Les devoraba á todos gozosamente con los ojos, como si fueran apariciones celestiales que sucedían al horror y á las tinieblas de la muerte.

«Esto que hemos hecho—dijo D. Juan,—no merece ni alabanza ni agradecimiento. Es lo más sencillo y fácil que nos ha mandado Jesucristo... Pero usted tomará algo. Gloria, haz preparar una buena colación para este caballero. Ya comprenderás que no debe tomar cosas pesadas.

XX

El santo proyecto de Su Ilustrísima.

El sol apareció seis veces por encima del gallardo pico de Monteluz, junto al mar; seis veces se hundió tras de la cotería de Fronilde, vistiéndolo de púrpura las montañas, y en la casa de Lantigua no ocurría nada digno de ser contado. Únicamente ocuparon los ociosos ratos fervientes elogios de la acción heroica de D. Silvestre, comentándola quier por el lado humano, quier por el divino, y poniéndola todos en las mismas nubes como en realidad merecía; resultado portentoso, al decir de D. Angel, de la fe cristiana y de la hercúlea constitución física que debía el gran Romero á la bondad de Dios.

La noticia corrió por toda la provincia que tiene el honor sumo de sustentar en su risueño suelo á la excelsa Ficóbriga, y llegó hasta Madrid, llevando camino de pasar después á Londres, como en efecto pasó. Orgullosísimo estaba D. Silvestre, y aquellos días tenía una cara como el sol resplandeciente, y sin cesar

repetían sus labios el trance sublime, pintando en términos tan vivos la furia del borrascoso mar, que los oyentes creían verlo. Daniel Morton gustaba más que ninguno de oír contar al Sr. Romero la historia toda del naufragio y salvamento milagroso, y no sabía de qué manera mostrarle su agradecimiento, pues no bastaban las manifestaciones de una amistad profunda que debía durar tanto como la vida.

El extranjero sacado de en medio de las aguas no había podido aún dejar el cuarto que se le destinó; pero recibía frecuentes visitas de todos los habitantes de la casa, que le trataban con muchísimo agasajo y cariño. Él por su parte merecía bien tantas atenciones, porque era de lo que no hay en punto á caballerosidad y cortesía. Pronto conoció D. Juan que había dado albergue á una persona bien nacida, de trato muy afable, de carácter noble y recto, delicadísima, y adornada con instrucción tan vasta que en casa de Lantigua todos estaban atónitos.

«¡Cómo se conoce que es un cumplido caballero!—manifestó D. Juan á su hermano cuando los dos, juntamente con el doctor Sedeño, tomaban chocolate, después de volver de la Abadía, donde el Prelado decía misa diariamente.

—Es verdad. Me agrada en extremo—dijo el Obispo.—¡Lástima que sea protestantel

—¿Y lo será?

—Debe de serlo—afirmó Sedefío.—Siempre que hablamos de asuntos religiosos parece deseoso de esquivar la conversación.

—¿Pero ha dicho algo ofensivo á nuestra Santa Iglesia?

—Ni una palabra. Se muestra muy deferente con el catolicismo, y no le he oído jamás vocablo ni reticencia que puedan tomarse á vituperio...

—¡Qué ocasión, hermano mío—indicó Don Angel con devoto celo,—para hacer una gran conquista para traer una oveja al rebaño de Jesucristol

—Es difícil—murmuró Lantigua.—Será hombre de convicciones.

—Pero de convicciones perniciosas. Mira tú, hermano: pues yo lo he de intentar...

—Cuidado, que estos herejes, cuando les tocan á su herejía, son como el puerco-espín.

—Nada se pierde con intentarlo, hombre. Él estará todavía algún tiempo en tu casa, porque no es justo que le dejemos marchar antes de que se reponga por completo.

—Seguramente.

—Bien, ¿pues qué se pierde? Yo le diré algo

que le llegue al alma. Sembraré, hijo. Si la simiente cae en pedregales, no es culpa mía. Habré cumplido con mi deber.

—Caerá en pedregales,—afirmó D. Juan con la sequedad del hombre acostumbrado á ver las malicias del mundo, y cansado de arrojar simiente sobre él sin que naciera nada.

—Pero figúrate que Dios le toca el corazón; figúrate que un rayo de luz... Nada: no me quedaré sin intentarlo.

—Perderás el tiempo, querido hermano.

—O no... Ese caballero me ha demostrado no ser un alma vulgar. Al contrario, posee un entendimiento privilegiado.

—¡Oh, eso sí! ¡qué lástima!

—Y un gran corazón.

—También.

—Tenemos lo principal, el terreno.

—¿Y las preocupaciones, y la costumbre, y las ideas adquiridas ya, es decir, la mala hierba que ha echado raíces y todo lo invade?

—Hombre, por Dios. ¡La hierbal... me río yo de la hierba. Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó el modo de arrancarla y echarla al fuego. Yo no desconfío hasta que lo pruebe... ¿Me permites que le proponga quedarse unos cuantos días más?

—Como quieras. Veremos qué tal lo toma...

Pero no vayamos á perder su buena amistad, y hasta el agradecimiento que nos tiene...

—Pues mira tú, por eso del agradecimiento le voy á meter el diente: esa es la hendidura de su coraza, y por ahí, por ahí...»

D. Juan se echó á reir. Después llamó á su hija. Gloria se había desayunado á la hora en que los pájaros saludan el día, porque en aquél tenía muchas ocupaciones la señorita de Lantigua y era preciso empezar pronto.

Cuando por el comedor pasó apresurada como persona que trae muchos negocios entre manos, su padre le dijo:

«¿Te has olvidado del café para ese caballero?»

—No, señor. Se lo han subido ahora mismo.

—¡Qué mal gusto tienen estos extranjeros en no gustar del chocolate!—dijo el reverendo D. Angel, arramblando lo que en el fondo del canjilón quedaba.—Gloria, sobrina mía, acompáñame á dar una vuelta por el jardín.»

Sedeño tomó un periódico que había llegado la noche anterior, y dirigió á él los vidrios de sus anteojos, poniendo cara de gran importancia.

«Vea usted á dónde conduce la irreligiosidad, Sr. D. Juan—dijo, dando un golpe con

la siniestra mano en la hoja impresa.—Oiga usted este caso.»

Y leyó. D. Juan, apartado el jicarón, ahuecó la palma de la mano y la puso en el oído al modo de trompeta. Era un poco teniente, es decir, sordo de la oreja derecha, sobre todo cuando había variaciones atmosféricas. En tanto, D. Angel salió murmurando una cancioncilla y acompañado de su sobrina.

«Picarona—le dijo,—gracias á Dios que te echo la zarpa. Tu padre quiere hablarte.»

Gloria sintió pena, porque recordó que cuando días atrás le dijo su tío: «tu padre quiere hablarte,» fué para el enojoso asunto de Rafael.

Al pasar al jardín cogió en la puerta una flor de madreselva y se la puso en la boca para mascullarle el palo.

«Juan se queja—indicó el Obispo,—de que no le has contestado aún á una pregunta que te hizo.

—¡Ahl ya sé...—dijo Gloria, sintiendo que las palabras de su tío se le clavaban en el corazón como espinas.

—Pero yo no me mezclo en tales asuntos—añadió Su Ilustrísima.—Allá te entiendas con tu padre. No es sino que como hoy se marcha ese joven... Pero hazme el favor de no andar

tan á prisa, que mis piernas, hijita, no están para fiestas. Desde el día de la gran mojada...

—Cuando salvaron al Sr. Morton...

—Por bien empleado doy el chapuzón, eso sí. Gran conquista hicimos. Dime una cosa respecto á ese caballero...»

Gloria, arrojando la madreseña, oyó con toda su alma.

«¿Has observado—preguntó Su Ilustrísima deteniendo el paso,—si ese caballero...?»

—¿El Sr. Morton?

—Justamente: si ha pronunciado alguna palabra referente á nuestra santa religión.

—Le he oído hablar de Dios, de... Aguarde usted.

—No es eso, tonta: de Dios hablan todos. ¡Cuán pocos le conocen! ¿Le has oído pronunciar alguna frase depresiva para nuestra santa religión?

—No, tío...

—Porque, verás: mi hermano y yo, lo mismo que Sedeño, hemos comprendido que ese hombre es protestante.

—¡Protestante!»

Gloria se quedó atónita.

«Es decir, que se condenará—dijo Gloria vivísimamente.—Es lástima que teniendo tan buen corazón...

—Y yo, al oírle y al verle, digo: «¡Qué lástima, Señor, qué lástima!»

—¡Qué lástima!—repitió Gloria cruzando las manos y elevándolas hasta apoyar en ellas la barba.

—Hoy mismo, hoy mismo pienso dar principio á mi gran empresa—afirmó el Obispo con noble decisión.—Al fin haremos algo grande en nuestra pobre vida.

—¿Hoy mismo?... pero si se marcha pronto...—dijo Gloria afectando naturalidad.

—No, porque tu padre y yo hemos convenido en rogarle que se quede en Ficóbriga y en nuestra casa quince días más ó un mes.

—Entonces, entonces, tío—dijo la sobrinita disimulando mal su alegría,—triunfará usted, triunfará la Iglesia de Jesucristo... ¡Oh! ¡qué excelente idea han tenido papá y usted!

—Ahora subiré á decírselo. Aceptará, porque no se halla bien de salud, y el sosiego de este país le repondrá. Hoy le hablo de religión y... no me faltarán argumentos. Donde hay un buen corazón estamos á la mitad del camino... ¿Sabes si se ha levantado?

—Roque nos lo dirá.»

El criado pasaba por el jardín.

«¿Se ha levantado el Sr. Morton?»

—Sí, señor. Voy con un encargo suyo,—dijo mostrando un paquete.

—¿Qué es eso?

—Toda la ropa que el Sr. D. Daniel tenía en los baúles mojados. La llevo al señor cura para que la reparta á los pobres.

—Apuesto—manifestó Gloria con pena,—á que D. Silvestre no da ninguna pieza á Caifás.

—Voy al instante arriba, » dijo el Obispo.

Gloria le acompañó hasta la escalera. Después corrió á la cocina. Su alma revoloteaba en el seno del éter más puro, en plena luz celestial, como los ángeles que agitan sus alas junto al Trono del Señor de todas las cosas.

Sepulcro blanqueado.

Y era en verdad contraste singular que mientras su alma, como dice el salmista, *escapaba al monte cual ave*, estuviese su cuerpo en lugar tan rastrero como una cocina, y arreman-gándose los lindos brazos y poniéndose un delantal blanco, empezara á batir con ligera mano muchedumbre de claras y yemas de huevo, que en honda cacerola espumarajeaban formando bolas de fragilísimo cristal. La cuchara, que por la rauda agitación apenas se veía, levantaba amarilla nube; hervían las albuminosas claras, simulando graciosas excrescencias de ámbar y mil y mil engarzos de topacios, en cuyas facetas temblaba la luz. Después pasó aquel menjurge de una cacerola á otra, quitó á un limón toda la cáscara, picóla en menudos trocitos, revolvió con harina los huevos, sacó de un cajón unas viejecillas arrugadas y dulcísimas, que en su juventud se llamaron uvas, acaparó bizcochos, apoderóse por último de un molde de hoja de lata, todo con gran presteza

y pulcritud, hasta que Francisca, no pudiendo tolerar tal invasión en sus dominios, le dijo de muy mal talante:

«¿Qué haces ahí, tonta? ¿Qué comistrajo es ese?»

—Tú sí que eres tonta—repuso Gloria riendo.—¿Qué entiendes tú de cocina fina, ni de pudines!

—¿Y eso para quién es?—prosiguió la respetable criada con ironía.—¿Para el perro? Niña, por Dios, que te vas á echar á perder las manos. Vete arriba, que aquí no hacen falta espantajos.»

La antigua cocinera trataba á Gloria con la familiaridad de los criados que han visto nacer á todos los niños de una casa. Después de agitarse mucho, dió la señorita por terminada su tarea y abandonó la cocina, subiendo á su cuarto, donde se ocupó en arreglarse y ponerse guapa, porque la hora del almuerzo se acercaba.

Atentos á ella, entraron en la casa D. Rafael del Horro y el cura, que aquel día andaban muy entretenidos con el negocio de su viaje electoral. Subieron á saludar á D. Juan en su despacho; pero como hallaran á éste muy atareado con las cartas que escribía para varios personajes influyentes de la provin-

cia, y que nuestros dos expedicionarios habían de llevar; como además vieran al doctor Sedafío abstraído en la lectura de los periódicos políticos, tornaron al jardín.

Gloria, después de pasar revista al comedor y ver qué tal ponía la mesa Robustiana, salió al jardín. Había en éste, por la parte próxima al camino, un bosquecillo formado de altas magnolias, algunos espesos pinos y dos ó tres plátanos, los cuales sobrepujaban á toda la familia vegetal, extendiendo sus grandes ramas en tan grande espacio, que por un lado saltan sobre la verja hasta fraternizar con los olmos del camino, y por otro acariciaban las ventanas de la casa. En el centro del bosquecillo había una glorieta, á la que rodeaban espesos matorrales hechos de evónymus, retamas olorosas, tamarindos, verónicas, adelfas y otros arbustos, combinados con arte primoroso. Por detrás corría un estrecho camino semicircular, obscuro, húmedo, en el cual solían verse menudos hilos de telaraña tendidos entre las ramas y en los troncos de los árboles grandes. Gloria entró por este camino. Al poco rato oyó voces y se detuvo. Su primera intención fué no hacer caso y seguir adelante. Pero oyó pronunciar su nombre, reconociendo la voz de Rafael. Este y el cura hablaban en la glo-

rieta. No pudiendo refrenar la curiosidad, escuchó:

«Gloria es perfecta, como usted dice—hablaba el cura,—y además de perfecta es hija única de un hombre rico. Mi opinión es, amigo D. Rafael, que todo no debe ser sentimental y *te amo y te adoro*, sino que debe mirarse mucho al bienestar de ambos cónyuges. La pintura que usted me ha hecho de lo cara que se ha puesto la vida en esa endiablada Corte, me horripila. Dígame usted, ¿qué tal pinta la abogacía?

—Mal—repuso el joven con hastío:—después que Lantigua entregó su bufete á los pasantes, éstos han acaparado todos los negocios eclesiásticos... Sin embargo, algo se hace.

—¿Y el periodismo?

—Eso no se nombre como profesión lucrativa. Es un excelente medio para hacerse lugar en la política, única carrera de provecho para la juventud.

—Y usted la ha hecho buena—dijo hiperbólicamente el cura.—A los treinta y cuatro años, este nene va á tragarse el mundo.

—Pero usted no sabe, amigo mío, qué compromisos, qué cargas tan atroces trae este maldito oficio en su primera época. La posición que se adquiere impone..

—¡Ajajál! Ya lo sé. Gastos atroces, ¿no es verdad? ¿Pues qué? ¿Quería usted pescar truchas á bragas enjutas?

—No... ya sé cómo se pescan.

—Por eso dicen que en Inglaterra sólo se dedican á la política los ricos—dijo el cura.—Este sistema me parece excelente.

—En España, por el contrario, es la carrera de los pobres. Y es un mal, lo conozco; pero ¡qué se ha de hacer! Los pleitos no dan, amigo mío, sino á los que han empollado el bufete con el calor que les dejó en el cuerpo la silla ministerial. Los negocios exigen capital; el comercio menudo es indigno de quien ha estudiado una carrera científica; no quedan, pues, más que las armas y la política, y á mí no me gustan las armas.

—Las armas de la palabra, de la pluma, amigo mío—dijo el cura con entusiasmo.—¿Sabe usted que si alguna cosa envidio en este mundo es la gloria de usted?

—Pues tiene poco de envidiable—replicó Rafael con cierto tonillo de despreocupación que contrastaba con su habitual énfasis.—Yo me río á veces de mí mismo, y cuando estoy á solas en mi despacho, me digo: «Parece mentira que seas tú mismo ese que pronuncia tales discursos terroríficos y escribe los artícu-

los furiosos que entusiasman al partido.» Yo, que no soy capaz de matar una pulga, ni gusto de que se moleste á nadie, predico la ruina de la sociedad actual; yo, que tengo como cada hijo de vecino mis dudillas acerca de muchas cosas que nos enseña el Catecismo, aunque no de las principales, parece, según la vehemencia con que lo digo, que me quiero tragar á los que creen poco.

—¡Ahl ¡ahl—exclamó el cura riendo;—ese es mal común á toda la gente de hoy, blancos y negros. Nadie tiene fe. Hace poco hablaba yo con un señor que pasa la vida escribiendo contra los incrédulos y llevando y trayendo recados al Papa. En confianza me decía: «Señor D. Silvestre, no hay quien me haga creer en el Infierno.» Yo me reía mucho con sus rarezas, y jamás disputábamos, porque aborrezco las disputas. Ibamos á cazar juntos. Yo le enseñaba el cartapacio de mis sermones para que les echara un vistazo... Ya se ve... Es persona de muy buen gusto y estilo, una especie de Fray Luis de Granada sin hábitos y sin fe, y por lo demás sujeto apreciableísimo, persona excelente. Usted también es de los que hablan mucho y creen poco.

—Entendámonos, señor cura. Yo creo que sin religión no hay sociedad posible. ¿A dón-

de llegaría el frenesí de las masas estúpidas é ignorantes, si el lazo de la religión no enfrenara sus malas pasiones?»

A lo cual el cura, riendo, contestó:

«Pero en esto de creer hay algo más que un freno para contener á los ignorantes. Los ilustrados y los sabios deben acrisolar su fe con el estudio.

—Así debiera ser—dijo Rafael.—Conviene que todos contribuyamos á conservar sólida y firme esta base del edificio social. Si la religión desapareciera, los demagogos y petroleiros nos declararían una guerra á muerte. Es cosa que espanta.

—Tremendo, sí.

—Por eso yo soy de opinión de que sigan las misas, los sermones, las novenas, las procesiones, las colectas y todos los demás usos y ritos que se han creado para coadyuvar á la gran obra del Estado, y rodear de garantías y seguridades á las clases pudientes é ilustradas.

—Según usted—observó el cura dando rienda suelta á su jovialidad,—las prácticas religiosas no son otra cosa que una especie de instrumento correccional contra los pillos. Pero, Sr. D. Rafael de mi alma, desarrollando su sistema de usted debiéramos decir: «supri-

mase la religión y aumentense los presidios. »

—¡Oh! no bromeé usted y tenga presente que aquí hablamos en confianza y que esto no sale de los dos. ¡Bueno andaría el mundo sin religión! ¡Benditas sean mil veces las creencias que nos legaron nuestros padres y la fe en que fuimos criados! ¡Qué dulce es la religión!... ¡Las mujeres tienen en ella tales consuelos!... Se muere una persona de la familia, madre, hermano, niño, y ellas creen que la verán después y que el difunto se está paseando por encima de las nubes, y si es niño, correteando y enredando de estrella en estrella. La religión debe existir siempre, siempre, y existirá. Además hay en ella muchas cosas que consuelan, y algunas que son verdades irrecusables.

—Todas; que no algunas, como usted dice, lo son—dijo el cura afectando cierta gravedad.—Si yo tuviera á mano mis libros ó recordara fácilmente lo mucho y bueno que en ellos he leído, le probaría á usted que todo, todo lo que la religión sostiene es verdad, y todo sirve de gran consuelo al ignorante y al sabio, al pobre y al rico. Pero tengo una memoria perversa, y con mis ocupaciones de cada día no me acuerdo de nada.

—¡Oh! yo he leído bastante, y por mi parte

no puedo acusarme de haber hecho daño alguno á la Iglesia ni á las personas eclesiásticas. Por el contrario, en mis discursos, en las conversaciones privadas con mis amigos políticos, siempre he dicho: «Señores, la religión antes que todo. No quitemos al pueblo ese freno moral... Conviene, pues, que la Iglesia esté de nuestra parte. Es el gran auxiliar del Estado, y hay que tenerla contenta. ¿Pide seis? pues darle ocho...» Aborrezco á esos que se llaman filósofos y librepensadores y que se ponen á gritar en las asambleas y en los clubs, haciendo ver que la Iglesia es esto y lo otro. Yo les digo: «Señores, en el fondo casi estamos conformes. ¿Cómo puede negarse que muchas de las cosas que nos quieren hacer creer, no andan muy acordes con el sentido común? Pero ¿hay necesidad de subirse encima de una silla y decirlo á todo el mundo? El pueblo ignorante no lo entiende, y al oír á ustedes, cree que le están permitidos el robo y el asesinato. Hay que mirarse bien antes de propagar ciertas doctrinas...» Por esto soy enemigo de esos charlatanes, y en mi humilde esfera defendiendo con la palabra y con la pluma las creencias religiosas, la doctrina toda de la Iglesia católica, el culto y el clero, venerandas instituciones sobre las cuales descansa el orden social;

defiendo la fe de nuestros padres, las prácticas sencillas, las oraciones que nos enseñó nuestra madre en la cuna, todo eso, en fin, tan fácil de aprender y tan bonito... porque la religión es bonita. Yo he estado en Roma, he visto muchas ceremonias en San Pedro. ¡Ah, Sr. D. Silvestre! Es cosa que entusiasma... ¿Pues y las procesiones de Sevilla?... Todo esto debe conservarse.

—Todo esto debe conservarse; pero lo que importa principalmente es la fe, y si ésta no se conserva...

—Sí; también, también. Todos debemos trabajar para que crean los demás, para difundir los dones del Espíritu Santo, para que se mantenga incólume la fe de nuestros padres... ¡Oh, la fe de nuestros padres!

—Usted, Rafael, pertenece á la escuela de los que defienden la religión por egoísmo, es decir, porque les cuida sus intereses. Ven en ella una especie de guardería rural, y dicen: «La religión es muy buena; debemos creer; verdad es que yo no creo; pero crean los demás para que tengan miedo á Dios y no me hagan daño.» En tanto no se cuidan de los altos fines religiosos ni de la vida eterna.

—¡La vida eterna!—dijo D. Rafael del Horro.—Aquí está la gran cuestión. ¡Admira-

ble idea para que la sociedad no se desborde!

—¿No cree usted en ella?

—Sí: forzosamente ha de haber alguna otra cosa después del morir... porque no debe acabarse uno sin más ni más... Pero digo yo: si después que espiremos resulta que no hay nada de lo dicho, y caemos en profundísimo sueño, ¡qué chasco, amigo Romero! Y la verdad es que por mucho que uno piense, no puede limpiarse de dudas. Francamente, eso de que lo que no es ni sombra, ni aliento, ni rayo; en suma, lo que no es nada, siga viviendo después del hoyo, y nos manden al Cielo ó al Infierno... ¡Ahl lo que es esto... No hay quien me haga creer en el Infierno. ¿Es posible que usted me sostenga que hay un pozo lleno de fuego donde caen los que han hecho picardías? Vamos, yo creo que la misma Iglesia ha de tener que transigir al fin diciendo que eso del Infierno es... cualquier cosa... nada entre dos platos... ¿Pues y la vida eterna y el paraíso? En fin, se aturde uno al pensar en ello, y más vale dejarlo á un lado.

—¡Vive Dios!—exclamó con vehemencia, D. Silvestre Romero dándose fuerte porrazo en la rodilla con la palma de su mano de oso, —que si yo recordara lo que he leído en mis libros, contestaría punto por punto á todas esas

cuestiones, dejándole á usted tan convencido de que hay alma, de que hay Infierno, de que hay Cielo; como de que ahora es día; pero tengo una memoria infame: leo hoy una cosa, y mañana se me olvida. Luego mis ocupaciones... figúrese usted que este ir y venir al Soto y á la playa há tiempo que no me permite abrir un libro. ¡Vaya con el D. Rafael, qué ideas tiene! Cáspita, no se ha de decir esto á los electores, porque entonces... Al contrario, todo ha de ser religión y más religión. A este son les hemos tocado siempre, y á este son bailan que es una maravilla.

—Bailarán también ahora—dijo del Horro sonriendo;—por cierto, Sr. D. Silvestre, que si no nos vamos hoy, me parece que llegaremos tarde.

—Tenemos tiempo de sobra. Esta noche llegamos á Villamojada, vemos á los amigos; pasado mañana á Medio-Valle, vemos á los amigos... Todo se reduce á pasar de pueblo en pueblo y á ver amigos. Fíese usted de mí, hombre. En todo lo que sea de los Madriles y de la política gorda, puede discurrir y quebrarse la cabeza; pero en esta tierra y en elecciones, déjeme usted á mí y cálese y estése quieto. Cada uno en su elemento.

—No me falta confianza, señor cura Caracu-

Creación, de la bondad de Dios, del perdón de las injurias... nada concreto.

—Teme descubrirse. Esa reserva me agrada, porque no me gusta ver á los herejes hacer alarde de su impiedad y provocarnos con argumentos comunes de los que usan los periódicos.

—No le he oído ni una sola vulgaridad. Mas nada puedo sacar en claro respecto á lo concreto de sus creencias—dijo Su Ilustrísima con lástima.—Lo que sí puedo asegurarte con toda verdad es que...»

D. Ángel acercó su silla á la silla de su hermano.

«Que es un alma profundamente religiosa, llena de fe...

—Falta saber qué especie de fe...

—Tienes razón—dijo el Obispo rectificándose con presteza.—Llámalo predisposición á la fe, íntimo anuncio de la verdadera fe que ha de venir. Al estado de ese noble espíritu le comparo yo á una lámpara perfectamente preparada, llena de aceite hasta los bordes y con su mecha en toda regla. No falta más que encenderla.

—¡Y es nada!

—Basta un fósforo, que es un soplo, una ráfaga, el momento convertido en luz. Lo que

no conseguirás por todos los medios del mundo es dar lumbre á una lámpara vacía.

—Seguramente.

—Nuestro Sr. Morton—añadió D. Angel,—podrá estar á obscuras de la verdadera luz; pero bien se conoce que no es por falta de ojos. ¡Cuán distinto es de muchos jóvenes de por acá, que diciéndose cristianos católicos y habiendo aprendido la verdadera doctrina, nos muestran en su frivolidad y corrupción moral, almas vacías, almas oscuras, almas sin fe, los *sepulcros blanqueados* de que nos habló el Señor!»

Gloria se acercó á su padre.

«¡Buena se ha armado en la Asamblea de Francia!—exclamó de súbito el doctor Sedeno, que leía un diario.—Esto es la dispersión de gentes. ¡Oh! ¡Francia, Francia, bien merecido lo tienes! Oiga Usía Ilustrísima, y tomará idea de cómo se acaba un país por abandonar las vías del catolicismo.»

D. Angel miró á su secretario y al periódico que leía. Gloria puso la mano sobre el hombro de su padre.

«¿Qué quieres, hija mía?—le dijo éste cariñosamente tomando aquella mano.—¡Ah! pícarona, ya que estás aquí no te marcharás sin llevar un buen sermón.

—¿Por qué?

—Porque no tienes formalidad. Hace días te hablé de un asunto; me prometiste contestar pronto, y ésta es la hora...

—Pues bien, papá—indicó Gloria inclinándose.—Voy á contestar.»

D. Juan dejó la pluma.

«Y contesto que no—dijo la señorita sonriendo y reforzando su frase negativa con un vivo movimiento de cabeza.

—¿Rehusas?

—Rehuso... pero de todo corazón.

—¿Lo has pensado bien?

—Lo he pensado bien, y no puedo, no puedo de ningún modo querer...

—¿Podrías darme alguna razón?—dijo Don Juan, mostrando un sentimiento extraño que sólo podría llamarse severidad benévola.

—Una no: mil,—replicó Gloria con su natural propensión á la hipérbole.

—Con una me contento. ¿Has considerado bien las prendas de ese joven?

—Sí, y he visto que es un *sepulcro blanqueado*.

—Mira bien lo que dices.

—¡Ah! usted mismo no tardará en reconocerlo. No es oro todo lo que reluce. Verdad es que para mí nunca ha brillado el D. Rafaelito sino como hojalata.

—¡Qué manera de juzgar!—observó Don Juan.—¿Acaso tú, una chiquilla, puedes juzgar...? Pero silencio, que viene aquí.»

D. Silvestre y Rafael entraron, dirigiéndose ambos á besar el anillo al Obispo y preguntarle por su salud. Por un instante no se habló más que del proyectado viaje.

«¡Oh! aquí tenemos un documento importantísimo—dijo el doctor Sedeño señalando otro periódico.—Es una carta de Ficóbriga en que se da cuenta de la portentosa y nunca vista hazaña de D. Silvestre Romero, al sacar á salvo de en medio de las olas á los tripulantes del *Plantagenet*.

—¿A ver, á ver?—dijo el cura lleno de emoción y con los ojos chispeantes de vanidad.

—Le ponen á usted en las nubes... aquí; lea usted,» indicó Sedeño dando el periódico al tonsurado atleta.

Romero leyó en voz alta el articulejo en que se narraba con prolijos detalles el suceso del 23 de Junio, y dijo al concluir:

«No está mal, no está mal.

—El señor cura—agregó Su Ilustrísima con bondad,—se vanagloria demasiado de su acción benéfica y le da publicidad excesiva, presentándola de un modo dramático y teatral, con lo que aquélla pierde un tantico de

su gran mérito y espontaneidad evangélica.»

D. Silvestre, algo turbado, se inclinó con respeto.

Si esto dijo el Obispo al ver la complacencia con que Romero leía las alabanzas de su proeza, ¡cómo le reprendería si hubiera sabido que estaban hechas por él mismo!

«Los amigos—dijo éste reponiéndose,—se empeñan en que todo el mundo ha de saber mi hombrada. Yo no he vuelto á acordarme de lo que hice.

—Y así debe ser, amigo mío—manifestó Su Ilustrísima, estrechándole la mano.—El recuerdo de la limosna incumbe al que la recibe. Oiga usted al Sr. Morton. ¡Qué bien caen en su boca los elogios de la valentía de usted!

—¿Y al fin el Sr. D. Daniel se nos marcha?—preguntó Romero.

—No—repuso el Obispo.—Con permiso de mi hermano, acabo de invitarle para que este aquí quince días más ó un mes.»

D. Juan, que meditaba al lado de su hija, alzó la cabeza y dijo:

«¿No te parece que bastará con ocho días?»

—Como quieras; pero ya le he dicho que quince días...

—Como quieras tú—indicó D. Juan.—Lo que ahora nos importa más es comer. Gloria,

esa comida, por amor de Dios. Mira que estos dos señores tienen que marcharse pronto.

—Ya pueden ustedes bajar—repuso ella con semblante animadísimo, derramando claridad y alegría por sus negros ojos.—Tío, señor doctor, señor cura, Rafael...»

Al suave anuncio del comer, Sedefio dejó en paz la prensa periódica.

«¿Baja hoy el Sr. Morton?

—Sí: hoy baja por primera vez—dijo Su Ilustrísima.—Aquí está.»

Una sombra se interpuso en la puerta. Era Morton, todo vestido de negro, pálido, hermoso y demacrado, semejante á un mártir de los primeros siglos que, resucitando, se pusiera levita.

«Bien, amigo, bien por ese valor,» gritó el cura saliendo al encuentro del extranjero.

El señor Obispo salió apoyándose en su bastón. Ofrecióle Daniel el brazo y bajaron ambos delante. Siguiéronle los demás.

Gloria se quedó la última.

XXIII

Dos opiniones sobre el país más religioso del mundo.

Daniel Morton no salvó sino una parte muy pequeña de su equipaje, que era considerable; pero sí los fondos que traía en la caja de á bordo á cargo del capitán. Este fué á visitarle el día en que partieron todos los náufragos, y entrególe lo que de él había recibido, descontando una cantidad que Daniel destinó á auxiliar á la tripulación. Púsose luego éste en relaciones con el Cónsul inglés de la capital de la provincia (situada á diez y seis kilómetros de Ficóbriga por camino real), y recibió dos grandes baúles con efectos. Al día siguiente de su primera salida de la casa, Morton tuvo la abnegación de confiar su persona á un descuaderna do cajoncillo, que usurpando aleve el nombre de coche, iba todos los días á la capital de la provincia, moliendo gente so pretexto de llevarla y traerla. Por la noche Daniel volvió caballero en un gallardo potro negro.

«Fuí con intención de comprar un caballo, aunque sin esperanza de encontrarlo—dijo al llegar junto á la verja de la casa, donde se habían detenido los tres Lantiguas después de su paseo vespertino;—pero he podido conseguir este animal, que no es un prototipo de belleza, pero que anda.

—A mí me parece arrogantísimo y digno de Santiago, si fuera blanco,—dijo D. Angel.

—Pues no creí yo que allá encontrara usted tan buena pieza—indicó D. Juan examinando el corcel.—Es de lo poco bueno que se suele encontrar por estas tierras.»

Gloria no dijo nada.

Morton, á poco de apearse, subió diciendo:

«Ya tengo caballo. No me falta más que escudero.»

Y aquella misma noche cerró trato con Roque, criado de la casa, para que un hijo de éste, nombrado Gasparuco, y que parecía bueno, le sirviese de criado.

«Por lo visto se despierta en usted la afición á nuestro país—dijo el Sr. de Lantigua.—¿Y le tendremos á usted mucho tiempo por aquí?

—Es posible que sí,» repuso Morton.

En pocos días el caballero hamburgués visitó y conoció prolijamente toda Ficóbriga, en especialidad la Abadía, curiosísima obra del

undécimo siglo, que no por estar tan dejada de la mano de los hombres, toda destruída y afeada, carecía de encantos para el artista. También vió el castillo desmantelado, el torreón ó cubo señorial que se alza más arriba de la huerta abacial, ogafío cementerio, y las casas infanzonas de la villa, algunas de las cuales llaman con justicia la atención de los forasteros.

Los habitantes de ésta le miraron con simpatía al extranjero, si bien le inundaron de comentarios. Varias personas, como D. Juan Amarillo y dos de los indianos, hicieron amistades con él.

En casa de Lantigua había ganado Morton las simpatías de los dos hermanos, por su trato afabilísimo y la amenidad de su conversación. Demostraba un entendimiento privilegiado sin pedantería, sensibilidad exquisita sin afectación, y acabado conocimiento de todas las reglas sociales.

No se le cocía el pan á D. Angel hasta plantear de lleno la empresa que pensaba acometer, apretándole á ello su tesón de apóstol cristiano y el natural afecto que el extranjero le inspiraba. Un día enunció el tema resueltamente.

Por desgracia para nuestra fe sacratísima, las santas aspiraciones del Prelado no tuvieron éxito. Pasaban horas discutiendo sin que Mor-

ton revelase deseos de abrazar el catolicismo, y para que la pena del reverendo pastor de almas fuese más honda, ni aun pudo conocer de un modo claro las creencias religiosas del extranjero, que hablaba siempre en términos generales y eludiendo su personalidad. Maravilló ciertamente á D. Angel en estas disputas, estériles por desgracia para el aumento de la grey católica, el conocimiento que Daniel mostraba de todos los libros santos, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. No ignoraba lo más selecto de los Santos Padres, y conocía perfectamente toda la polémica religiosa del presente siglo y de los tiempos más cercanos, con las disposiciones del Santo Padre, el último Concilio y los triunfos y persecuciones recientes de la Iglesia de Cristo.

Mas de tanta erudición, hija de formales estudios y afición á las cosas divinas, nada de provecho sacaba el buen pastor, lo que le causaba amarguísima pena. Ultimamente había pensado desistir de su empeño, considerando que Dios elegiría, sin duda, otros caminos y ocasión distinta para llevar la luz al espíritu de aquel hereje.

En cuanto á D. Juan de Lantigua, si al principio asistió con interés vivo á los diálogos religiosos, pronto se apartó de ellos, por no per-

mitirle perder ningún tiempo los trabajos que entre manos traía. Devorado por un ansia fervorosa, entregábase sin descanso á las lecturas y á la composición literaria, bebiendo en libros y derramando su pensar en cuartillas. Tan por entero absorbía su espíritu aquel afán, que no había fuerzas humanas que le arrancaran del despacho durante cuatro horas por la mañana y otras tantas por la noche. Su hermano le reprendía cariñosamente por esta tarea ardorosa y febril, que gastaba sus peregrinas facultades y le iba irritando el cerebro y enflaqueciendo las fuerzas físicas, en términos que D. Juan se desmejoraba más cada día. Pero no hacía caso él de los sermones episcopales, y seguía erre que erre sobre los libros, sacándoles el redaño para escribir después. ¡Admirable aplicación, que debía dar por resultado una de las más hermosas obras de la época presentel

Una mañana era tanta su fatiga, que Don Juan, sintiendo su cabeza más pesada que el plomo, salió á ver si se le despejaba conversando con Morton. Cuando llegó al gabinete de éste, extrañó que no estuviese allí de visita Don Angel, por ser costumbre trabar las polémicas en aquella hora.

«Vamos—dijo,—veo que mi buen hermano se ha visto obligado á levantar el sitio.

—El señor Obispo—dijo Morton,—es tan bueno y tan sabio, que sin duda ganará muchas plazas en el mundo. Las que él no tome, sin duda son inexpugnables.»

Tomando pie de esto, D. Juan le preguntó si había firmeza en sus creencias, cualesquiera que fuesen. No vaciló en contestarle Daniel que sus creencias no eran superficiales, rutinarias y endebles, como las de la mayor parte de los católicos españoles, sino profundas y fijas; á lo cual contestó D. Juan que más le gustaba ver el tesón y la consecuencia en los sectarios de las falsas religiones, que la tibieza y despreocupación en los que tenían la dicha de haber nacido en la verdadera. Añadió que, efectivamente, se había debilitado mucho la fe en nuestro católico suelo; pero que este mal, ocasionado por los excesos revolucionarios y la influencia de extranjeros envidiosos de la Nación más religiosa del mundo, tendría fácil remedio en la propaganda, en las oraciones y en los trabajos de la Iglesia, si acertaba á encontrar un Gobierno piadoso que le ayudara.

Morton no pareció muy conforme con esta opinión. Sin embargo, deferente con su generoso amigo, dijo que confiaba en la regeneración religiosa de este país si abundaban en él pastores tan virtuosos y tan ilustrados como

D. Angel de Lantigua, y seglares como Don Juan.

«Yo conozco regularmente el Mediodía y la capital de España—añadió.— Ignoro si el Norte será lo mismo; pero allá, querido señor mío, he visto el sentimiento religioso tan amortiguado, que los españoles inspiran lástima. No se ofenda usted si hablo con franqueza. En ningún país del mundo hay menos creencias, siendo de notar que en ninguno existen tantas pretensiones de poseerlas. No sólo los católicos belgas y franceses, sino los protestantes de todas las confesiones, los judíos y aun los mahometanos, practican su doctrina con más ardor que los españoles. Yo he visto lo que pasa aquí en las grandes ciudades, las cuales parece han de ser reguladoras de todo el sentir de la Nación, y me ha causado sorpresa la irreligiosidad de la mayoría de las personas ilustradas. Toda la clase media, con raras excepciones, es indiferente. Se practica el culto, pero más bien como un hábito rutinario, por respeto al público, á las familias y á la tradición, que por verdadera fe. Las mujeres se entregan á devociones exageradas; pero los hombres huyen de la Iglesia todo lo posible, y la gran mayoría de ellos deja de practicar los preceptos más elementales del dogma católico.

No negaré que muchos acuden á la misa, siempre que sea corta, se entiende, y no falten muchachas bonitas que ver á la salida; pero eso es fácil, amigo mío; ¿no comprende usted que esto no basta para decir: «Somos los hombres más religiosos de la tierra?»

—Efectivamente no basta, no,—dijo D. Juan con voz triste, mirando al suelo.

—Usted conoce muchas, muchísimas personas ilustradas, buenas, leales, que no pueden menos de considerarse virtuosas; personas á quienes usted, que es tan buen católico, no negará su amistad; personas de quienes nadie se aparta con horror, personas amables...

—Ya, ya sé lo que usted quiere decirme,—indicó D. Juan melancólicamente.

—Pues bien: de esas personas... (y supongo que conocerá usted más de mil), de esas personas, ¿cuántas cree usted que cumplen el precepto fundamental del catolicismo, la penitencia?

—¡Oh! tiene usted razón, tiene usted razón—dijo Lantigua con verdadera angustia.—De cada cien, noventa y cinco no se han confesado en veinte años.

—Con la particularidad—añadió Morton,—de que la Iglesia manda confesar *una vez al año á lo menos*. Los grandes é intachables ca-

tólicos, los que se pueden llamar vasos de elección (me refiero á los varones, querido Don Juan), gracias que cumplan esa *vez al año*, olvidando que la Iglesia aconseja *una vez al mes* y asegura que los que no lo hacen *viven una vida relajada y están en peligro de perderse*. Si tienen ustedes conciencia no deben suponerse en peligro, sino completamente perdidos.

—El precepto, el precepto, Sr. Morton—dijo D. Juan con sequedad,—no manda más que una vez al año.

—Hay otro síntoma—prosiguió Daniel,—que he observado muchas veces. Cuando en una casa rezan el rosario, los hombres se echan fuera, sin que por esto se alarme la familia femenina. He oído á algunos niños inocentes hacer esta pregunta: «Dime, mamá, ¿por qué papá no reza?» Muchas veces no se sabe qué contestar; pero en ocasiones se les dice: «Papá reza en su cuarto.» Pero donde reza papá es en el casino ó en el café. Las mujeres aquí, por lo general, creen que siendo ellas rezonas, no importa que sus maridos sean blasfemos. Debo añadir, y no creo que usted se ofenda por esto, que España es el país, no diré más blasfemo del mundo, sino el país blasfemo y sacrílego por excelencia.

—En esto tiene usted razón—afirmó Lantigua con pesadumbre.—También reconozco la irreligiosidad; pero usted parece indicar que las causas de este grave mal están en otra parte que en la filosofía y en las libertades modernas.

—No puedo creer que estas dos cosas hayan arrebatado al pueblo español sus creencias. En otros países hay más, muchísima más filosofía que aquí; más, muchísimas más libertades, y, sin embargo, la fe religiosa no nauere. ¡Hablan de revoluciones! Si en España no ha habido nada que merezca tal nombre, amigo mío. Si en España todos los trastornos políticos han sido tempestades en un vaso de agua. Por Dios, ¿qué idea hemos de formar del espíritu religioso de un país si es tal que lo echan por tierra esos quince ó veinte movimientos políticos que se han sucedido desde 1812? Comprendo que los grandes edificios caigan en el sacudimiento de un terremoto; pero ¿cómo han de caer con la trepidación que producen las patadas de un regimiento de caballería? Admitiendo, como no puede menos de admitirse, que ustedes no han tenido grandes cataclismos, es preciso deducir que los edificios caídos no debieron de ser muy sólidos. Fuéronlo, sí, en otros tiem-

pos; pero al entrar este siglo todo estaba ya carcomido. España, como la mujer rencillosa de que habla el *Eclesiastés*, es ahora un tejado con muchas goteras.

—No admito eso de que no hayamos tenido revoluciones—dijo D. Juan.—Las hemos tenido superficiales y profundas en el orden político; pero ¿y la irrupción de libros, y la transformación social, esas oleadas de soberbia, de amor al lujo, de concupiscencia, de materialismo que nos vienen de fuera?

—Veo que muchas cosas que en otras partes hacen poco daño, aquí envenenan. Sin duda el organismo moral de España es tan endeble como el de aquellos seres enfermizos y nerviosos, que se emponzoñan sólo con el olor del veneno.

—¿Con el olor...?

—Sí; porque de los inmensos progresos industriales, del lujo, del colosal aumento de las riquezas, del refinamiento material, ustedes no tienen más que el olor. España, por lo que veo, no puede vivir sino metiéndose dentro del fanal de su catolicismo para que nada la toque ni contamine, para que ni átomos siquiera de lo exterior lleguen hasta ella.

—¿Y qué le recetaría usted?

—El aire libre—dijo Morton con energía,

—el aire libre, el andar sin tregua entre toda clase de vientos, arriba y abajo, dejarse llevar y arrastrar por todas las fuerzas que la solicitan; romper su capa de mendigo ó mortaja de difunto, y exponerse á la saludable intemperie del siglo. España se parece al enfermo de aprensión, todo lleno de emplastos, vendajes, parches, abrigos mil y precauciones necias. Fuera todo eso, y el cuerpo enfermo recobrará su vigor.»

Habían llegado á un punto de la discusión en que D. Juan, creyendo á su huésped totalmente descarriado, le tenía lástima.

«Hace usted un uso poco razonable de la fantasía—le dijo bondadosamente y en tono de maestro.—De esa manera nunca me probará usted que España es el país menos religioso del mundo. ¿Por ventura, amigo Morton, no ha visto usted en él algo que le pruebe lo contrario?»

—No significan nada para mí—continuó Daniel,—las manifestaciones teatrales de devoción, que son más bien políticas que religiosas. Yo me río de la piedad de un pueblo que, como Madrid, habla mucho de religión, y, sin embargo, jamás supo levantar un solo templo digno, no digo yo de Dios, pero ni aun de los hombres que entran en él. En Madrid,

pueblo rico, vemos más teatros que en Londres, una plaza de toros que es un monumento, cafés soberbios, tiendas, paseos y distracciones donde se conciertan el lujo y las artes; pero no hay una sola iglesia que no sea pocilga.

—¡Por Dios, Sr. Morton!—dijo Lantigua; —eso es demasiado duro.

—Un poco duro—repuso el extranjero riendo;—pero la idea es exacta. Y lo que pasa en Madrid pasa en toda España. El sentimiento católico, que en este siglo no ha levantado un solo edificio religioso de mediano valor, es tantísimo, que no se manifiesta en cosa alguna de gran valía y lucimiento. El país más piadoso ha venido á ser él más incrédulo. El país más religioso, y que en otros tiempos asociaba su piedad á todas las grandezas de la vida, al heroísmo, á las artes, á la opulencia, á la guerra misma, ha concluido por formar de la piedad cosa aparte, separada de lo demás. Un hombre devoto que se persigna al pasar por la iglesia, que confiesa y comulga semanalmente, es en la mayor parte de los círculos un hombre ridículo.

—¡Por Dios, amigo Morton!...

—Sr. de Lantigua, por Dios, dispéñeme usted; pero es fuerza decirlo. Hábleme usted

con su franqueza de hombre honrado y de católico sincero. Dígame usted si hay en España mujer alguna capaz de dar su corazón y su mano á un hombre que pase tres ó cuatro horas todos los días dentro de la Iglesia, que se rompa el pecho á golpes, que tenga su casa llena de agua bendita y que entone una oración al realizar los actos más insignificantes de la vida, cuales son salir á la calle, entrar en ella, estornudar, etc... Un devoto, tal como lo conciben las congregaciones piadosas del día, es un ente irrisorio: confíeselo usted. Hasta los mismos que defienden á pie firme la religión y se llaman soldados avanzados de las filas de Cristo, cuidan mucho, en sociedad, de disimular todo lo posible su ortodoxia, ó mejor dicho, de olvidarla, so pena de perder gran parte de las simpatías y de las amistades que por sus prendas, su figura ó sus virtudes hayan logrado alcanzar.

—Algo hay de eso; pero no tanto, amigo mío.

—Quizás los de casa no vean esto tan claramente como los extraños—dijo Morton.—Quizás yo me equivoque; pero he manifestado mi opinión con lealtad. Creo á España el país más irreligioso de la tierra. Y un país como éste, donde tantos estragos ha hecho la incredulidad; un país que tanto tiene que aprender, que

tantos esfuerzos debe hacer para nutrirse, para llenar de sangre vigorosa sus venas, por donde corre un humor tibio y descolorido, no está en disposición, no, de convertir á nadie.»

Breve rato estuvo D. Juan de Lantigua sin dar contestación; pero al fin, con cierta sequedad, muy propia de su carácter, habló así:

«No aseguro yo que mi país sea hoy el más piadoso del mundo. Por desgracia no le falta á usted razón en parte de lo que ha dicho; pero creo que si siguiéramos discutiendo, hallaríamos iguales ó quizás peores señales de descomposición en otras tierras que usted me presentará como modelo. Hay aquí hombres perversos, hay hombres indiferentes en grandísimo número; pero tenemos intacto el tesoro de nuestra doctrina; conservamos la semilla, y un período de protección del cielo puede hacerla fructificar. En medio de la torpeza y frivolidad que por todas partes se ve, existe pura y entera la fe, no dañada ni podrida por los errores, y la fe ha de triunfar, la fe ha de dar resultados de virtud, si no hoy, mañana.

»Deploro los desórdenes de mi patria; pero no los creo irremediabiles como la muerte, como la podredumbre que constituyen el fondo de otros países bajo engañosa cubierta de prosperidad, de orden, de brillo artístico, industrial,

social. Cada raza tiene su organismo propio. No sé si Dios me dejará ver el día de la regeneración total del mundo; pero esta regeneración, no la busque usted, no la busque usted fuera de los principios inmutables de la moral católica. De entre las ruinas no renacerá sino aquello que haya conservado el germen de esa moral, y ese germen, Sr. Morton, lo tenemos nosotros, nosotros, sí, aunque usted no lo vea.

«Quíteme usted las revoluciones chicas ó grandes, las ideas subversivas que vienen de fuera, y que en otros países tienen aplicación transitoria; quíteme usted la propaganda de doctrinas contrarias á nuestra naturaleza social, y entonces podrá ver usted que ésta nación, resucitada y puesta en pie después de tantos años de aparente muerte, se hallará de nuevo en disposición de convertir á todas las gentes en uno y otro mundo, de convertirlas, sí señor, porque la posesión de la verdad le da derecho á decirlo y á ejecutarlo resueltamente.»

Iba Daniel á contestar, cuando se oyeron voces en el jardín de la casa, y con las voces lamentos y lloro de chiquillos.

«¿Qué es esto?—preguntó Lantigua desde la ventana.—Gloria, Gloria...»

Morton se asomó también.

«No es nada—dijo Lantigua retirándose.—
Son los hijos de Caifás que vienen pidiendo
auxilio en nombre de su padre, un perdido, un
borracho, á quien estoy cansado de socorrer.»

Su Ilustrísima, desde el jardín, llamaba á
D. Juan.

«Vamos—dijo éste.—Mi hermano se ha en-
ternecido y quiere que yo tome bajo mi ampa-
ro á ese mal hombre. Es un miserable; pero la
caridad cristiana, amigo Daniel, nos manda
perdonar y compadecer.»

XXIV

Una obra de caridad.

Ambos bajaron. En el jardín estaba Don Angel, y frente á él un lastimoso terceto de muchachos llorones, los puños en los ojos, los sucios rostros llenos de babas y de tierra, que con las lágrimas se amasaba.

«Vamos á ver, ¿qué es eso?» preguntó Don Juan, tirando suavemente de la oreja á la pequeña.

La aflicción no les dejaba contestar.

«Que el teniente cura ha despedido á Caifás por orden de D. Silvestre,—dijo Su Ilustrísima.

—Pero, hijos míos, si vuestro padre es malo ¿cómo queréis que esté en la Iglesia?

—¡Buena pieza es el tal Mundideol—exclamó Lantigua.—¿Y qué más le pasa? ¿Que ha perdido toda la ropa por no haber podido pagar á la Cárcaba?

—Sí, se... se... se... fior,—gimió Sildo.

—¿Y que D. Juan Amarillo le ha echado de la casa de Arriba, y le va á llevar á la justicia?

—Sí, se... se... ñor.

—¿Y que os habéis quedado sin casa?

—Sí, se... se... ñor.

—Estos pobres niños están desnudos—dijo D. Angel.—Es preciso darles algo de ropa.

—De eso se encargará mi hija. ¿En dónde está Gloria?

—Ha salido al camino á hablar con Caifás, que no ha querido entrar porque le da vergüenza.

—Y con razón. No pienso hacer nada por él. Estoy cansado de favorecerle. Le daré para comer y ropa para estos niños; pero nada más.»

Gloria apareció entonces por la puerta del jardín. Sus ojos encendidos anunciaban la aflicción de su alma.

«Papá—dijo secando sus lágrimas,—ahí está Caifás. Dice que quiere hablarte, y que te contará lo que le pasa si no te enfadas.

—¡Pobre hombre!—dijo Lantigua mirando á Morton.—Mira, Gloria, prefiero que tú me cuentes lo que le pasa á ese tunante.

—Pues le han echado de la sacristía.

—Bien merecido.

—Y D. Juan Amarillo le ha embargado lo único que le quedaba ya: las herramientas de carpintero.

—Ya se ve. No parece sino que D. Juan

el rostro como lo esconde el pájaro bajo el ala; y sola allí, sin más testigo que Dios, abría de par en par las puertas de su corazón para que á borbotones saliese la llama que en él ardía; soltaba los diques al pensamiento para que sin detenerse corriese fuera. Así pasaba largas horas de la noche, primero inmóvil, inquieta después á causa del febril insomnio, hasta que la vencía el sueño ya cercano el amanecer, y sobre el lecho tranquilo flotaba su respiración.

Una de aquellas noches, cuando mató la luz y se escondió entre sus alas, hablaba de este modo:

«Hoy me dijo: «Yo he nacido con mala estrella, Gloria, y preveo desgracias. El corazón me anuncia que no llegaremos al complemento de nuestro destino. ¿Tienes tú confianza?...» Yo le respondí: «Confío en Dios...» Y él dijo tristemente: «Muchas veces se le llama y no responde, y otras muchas permite que los conflictos del corazón sean resueltos por las maldades de los hombres...» ¿Qué quiso decir? ¡Dios mío, yo dudo; soy feliz y estoy llena de zozobras; espero y temo! No ceso de pensar en las florecillas de los prados, tan bonitas y tan felices, pero que, según me parece á mí, han de estar siempre medrosas y temblando, no sea que las pise la planta del buey que ven acer-

—¡Un verdadero palacio!—dijo Su Ilustrísima.—¿Sabe usted dónde es, Sr. Morton? Allí, detrás de aquella loma, por donde están los cinco viejísimos castaños que llaman en el país los *Cinco Mandamientos*.»

Morton miraba, y D. Angel hacía indicaciones con el palo.

«Bueno: pues que se meta en la casa.

—Bien, Juan, bien determinado. Vaya, niños, ahora os podéis marchar. La señorita Gloria os dará para cubrir esas carnes.»

Gloria salió corriendo á dar la noticia al pobre Mundideo. Los chicos fueron detrás.

Cuando la señorita volvió, D. Angel se había unido al doctor Sedeño, que le mostraba las cartas recién llegadas, y D. Juan se acercó á los albañiles que habían venido para componer la capilla. En el jardín tan sólo estaba Morton. Gloria, al verse sola junto á él, se turbó ligeramente. Dudó si seguir ó detenerse, y cuando el extranjero se dirigió á ella en ademán de hablarle, tembló como tiembla el reflejo de la luz en el agua movable.

«Gloria—dijo Morton,—¡qué felices son los pobres de Ficóbriga!

—¿Por qué?—preguntó la señorita.

—Porque usted se ocupa de ellos.

—¡Este pobre Caifás es un infeliz!... Tiene

fama de vicioso y de malvado; pero es un alma de Dios. Yo no puedo menos de favorecerle. ¡Él me quiere tanto!... Se dejaría matar por mí.

—Eso lo comprendo. ¡Morir por usted!... ¡Ah! Gloria, yo haría lo mismo.

—¿Qué?...—dijo la señorita con turbación.

—¡Morir por usted! Es lo único posible después de haberla amado.

—¡Daniel, por Dios!

—¡Gloria!... ¿De qué manera lo diré para ser creído?»

El expresivo rostro del extranjero revelaba una emoción grave y honrada.

«Me voy,» dijo la señorita de súbito.

Vefá claramente la emoción que brillaba con luz singular en los azules ojos del hamburgués. Medía también la inmensidad de la suya, que le alzaba turbulento oleaje en el fondo del alma, y de ambas tuvo miedo.

«¿Se va usted?—dijo Daniel dando un paso hacia ella.

—Sí.

—No sin oír una cosa.

—¿Una cosa?

—Que la adoro á usted.»

Ya se lo había dicho Morton dos veces; pero no con las mismas palabras ni con la vehemencia de entonces.

XXV

Otra.

A los dos días de esta escena, y después de almorzar, Gloria estaba en su cuarto muy atareada. Había salido por la mañana á comprar algunas telas, y luego revolvía sus roperos buscando todo aquello con que pudiera vestir la desnudez de los hijos de Caifás. El señor Obispo entró á la sazón, y le dijo mostrándole un envoltorio de papel:

«Mira, sobrinita, esto es todo lo que poseo. Los tiempos revolucionarios nos tienen á los pobres obispos á la cuarta pregunta.

—¡Oh! ¡tío, qué bueno es usted!... ¿á ver?— dijo Gloria sacando las monedas del papelejo que las aprisionaba.—Esto es un caudal: con esto y con lo que yo tengo le desempeñaremos á Caifás los colchones, parte de la ropa, y las herramientas para que trabaje y sea hombre de bien.

—Has pensado admirablemente. Yo siento no tener más. He rebañado, hija mía, he reba-

ñado mi erario sin poder reunir ni un ochavo más. ¿Pero no ves que estamos sin renta? Este invierno las pobres monjas de *** me han limpiado las arcas. ¡Infelices! yo quisiera tener millones para dárselos.

—¡Bendito sea usted mil veces!—exclamó la joven con piadoso entusiasmo.

—Yo no opino como tu padre—dijo Su Ilustrísima,—que debamos privar en absoluto de dinero á ese desgraciado Mundideo. El dinero es necesario para todo, y si como tú dices y yo lo creo, no es un perverso, sino más bien un pobre de espíritu, justo es que le ayudemos á salir de su miserable estado. Convéncele de la necesidad de que sea económico, bien arreglado, precavido.

—Su infame mujer tiene la culpa de todo.

—«¡Infamel...» no des tales epítetos á ningún nacido de madre, sin estar bien segura de que lo merece,—dijo el reverendísimo en tono de afable amonestación.

—Es verdad, tío; pero ello es que la Caísa no es buena. Todo el mundo dice que no es buena.

—¿Vas á mandar esos trapos y ese dinero al pobre desterrado de la Cortiguera?

—Se los llevaré yo misma.

—De buena gana te acompañaría. Una so-

la felicidad hay en el mundo, hija, y es la que proporcionamos á los demás.

—Venga usted.

—¡Oh! no: tengo que hacer. Primero rezar, luego despachar el correo para la diócesis. Vete á la dulcísima faena de tus caridades, que yo me quedo aquí.»

Un rato después, Gloria tomó su sombrilla y salió. Atravesando la plazoleta y una calleja rodeada de higueras y zarzas, pasó á un grande y hermoso prado que frente á la casa se extendía y al cual cruzaban dos ó tres veredas. Iba con la vista fija en el suelo, despacio, deteniéndose á ratos, como si los pensamientos que seguramente ocupaban su mente se le pusieran delante para no dejarla pasar. Otras veces alzaba la vista al cielo y miraba cruzar las bandadas de pájaros, volviendo los ojos conforme ellos torcían el raudo vuelo, y siguiéndoles hasta que sólo eran puntos temblorosos que se borraban sobre la inmensidad azul.

Pasó por el sitio en que estaban los cinco castaños llamados *Mandamientos*, antiguos ejemplares llenos de cicatrices, ya mil veces podados, pero que devolvían las injurias del hacha con bendiciones, es á saber, con castañas. Luego atravesó una mies, donde los fres-

cos plantones de maíz sostenían en sus primeros pasos á las tiernas alubias, viendo correr entre sus pies á las holgazanas y rastreras calabazas. En seguida tuvo que descender por una pendiente, desde la cual no se veía ya la casa de Lantigua, ni ningún edificio de Ficóbriga, á excepción de la torre. Allí había tres vacas, que mientras pasó, se quedaron mirándola sin pestañear. Pasando después por un pequeño hueco abierto entre las zarzas, argomas y helechos de una cerca, Gloria penetró en los dominios de Caifás. Al acercarse sintió la voz de éste que cantaba. La señorita dijo para sí:

«Muy contento está Mundideo.»

Los tres chicos corrieron á su encuentro gritando:

«¡La señorita Gloria, la señorita Gloria!»

Caifás salió á la puerta de su casa, que más bien era choza, y al ver confirmado lo que sus pequeños decían, soltó el martillo de la mano, y de la fiera boca, como espuerta, una cargada de alegría.

«Señorita Gloria, Divina Pastora, ángel del cielo, bien venida sea usted á mi casa... ¡bien venida!»

—Alegre estás.»

Mundideo, no creyendo que las risas ex-

ojos, lloró al sentir la amargura del cáliz. No tenía más que dos caminos: resignarse ó rebelarse.

Las primeras luces de la mañana, entrando por las rendijas que en las maderas de la ventana había, resbalaron sobre el hermoso cuerpo medio vestido de la enamorada doncella. A un tiempo mismo afectáronla el frío y el pudor, y se acostó temblando. Durmióse al fin.

XXVII

Se va.

Una mañana D. Juan de Lantigua dijo á su hermano.

«Veintiséis días hace que el extranjero está en nuestra casa. Ya oíste lo que dijo anoche.

—Sí: aunque nos tiene buena amistad, su delicadeza le ha impulsado á pedirnos la venia para marcharse. Bien se le conoce que no tiene ganas; pero no quiere abusar de nuestra hospitalidad.

—Aunque le dije anoche que se quedara algunos días más, no pienso instarle mucho. Conviene que se marche. ¿Qué te parece?

—Me parece bien.

—¿Y qué tal?—dijo D. Juan con cierta ironía.—¿Estás satisfecho de tu conquista? Estos protestantes, querido hermano, mientras más discretos son, más apegados viven á su herejía. Hay que dejarles.

—No creo lo mismo—objetó Su Ilustrísima.

—Debe intentarse atraer al rebaño la oveja extraviada, llamarla, correr tras ella. Si á pesar de eso no quiere venir...

—Ya ves cómo tus esfuerzos no han tenido éxito.

—¿Qué sabes tú? Yo no pierdo la esperanza. He hablado. El me ha oído. Derramé la palabra divina. ¿Puedes tú asegurar que no fructifique algún día?»

D. Juan movió la cabeza indicando duda.

«Por de pronto—dijo,—bueno es que se marche. No es nada conveniente que ese hombre esté más tiempo en mi casa. Nos privamos de una excelente compañía; pero es preciso que salga de aquí. No carece de atractivos superficiales. Hay en todo él cierto brillo que fascina y encanta. Tengo una hija bastante impresionable..»

—¿Pero qué, temes que Gloria...?

—No, no temo nada... ¿Cómo puedo imaginar que mi hija...? Hay aquí un abismo insuperable, la religión, y ante ese obstáculo creo que, no ya el buen juicio, sino la fantasía misma y la sensibilidad de una joven educada en el catolicismo, deben detenerse. No puede ser de otro modo... Pero con todo, aunque es grande mi confianza en ella, bueno es alejar hasta la más remota probabilidad.

—Me parece que has hablado cuerdamente—dijo D. Angel.—Por mi parte nunca sospeché que pudiera suceder lo que tú temes. No concibo que, existiendo el obstáculo religioso, pudiera nacer el amor en una mujer de verdadera piedad.

—Querido Angel, no debe olvidarse que el amor es puramente humano.

—Y la religión divina, sí; pero...»

D. Angel se confundía.

«Nada que sea humano es imposible—afirmó D. Juan.—Por consiguiente, alejemos las ocasiones.

—Dices bien: nada se pierde en ello.»

Después de este breve coloquio, D. Juan se dió la encerrona de costumbre, calentándose la cabeza con lecturas y el continuo escribir. Por la tarde dijo á su niña:

«Ya sabes que se va el Sr. Morton. Acaba de entregarme una cantidad considerable para los pobres de Fieóbriga. Entre tú, Angel y yo la repartiremos.»

Gloria no respondió nada; mas á pesar de sus esfuerzos por aparecer serena, D. Juan creyó ver alguna nube en aquel puro cielo del espíritu de su hija.

«¿Qué tienes?—le preguntó sorprendido y receloso.

—Nada—respondió.—Pensaba que no habrá pobres para tanto dinero.

—¡Oh! Sí habrá. Ve buscando. También ha dado para las pobres monjas de ***. Ya se ve. El dinero es para este hombre como para nosotros la arena de la playa.

—Pero no es él como el rico avariento.

—Eso no lo sabemos.

—¿Cree usted que no se salvará?

—Pregúntaselo á tu tío—dijo D. Juan riendo, á punto que D. Angel entraba en el despacho.—Oye, Angel, el problema que plantea esta chiquilla. Me pregunta si Morton podrá salvarse. ¿Cuál es su religión? Se me figura que no tiene ninguna.

—¡Salvarse, salvarsel...—indicó el Obispo frunciendo el ceño.—Ni siquiera sabemos á punto fijo cuáles son sus creencias. ¡Salvarsel ¿Piensas que esa cuestión puede resolverse con una palabra? Según y conforme se encuentre su alma. ¡Quién sabe las vicisitudes de ésta en el momento de la muerte!... Pero aquí sale el Sr. Morton dispuesto á dejarnos.»

Morton se inclinó respetuosamente para besar el anillo á Su Ilustrísima. Después dió la mano á D. Juan y á Gloria. Estaba ligeramente conmovido, lo que á los dos hermanos no causó extrañeza, pues ellos no veían con in-

diferencia la partida del náufrago. El caballo le aguardaba en la plazoleta. Dos horas antes había mandado todo su equipaje con Gasparuco.

«¿Vendrá usted por estos barrios alguna vez?...—le dijo Lantigua apretándole de nuevo la mano.

—Sí, señor. No pienso partir para Inglaterra hasta el mes que viene.

—¡Tendremos mucho gusto en verle!—dijo D. Angel con dulzura.—¡Cuánto siento no ver en usted más que un amigo!

—Yo veo en usted algo más—repuso Morton con cariño: —veo un buen consejero, un admirable pastor de almas y una hermosa imagen de Dios.

—Mal pastor he sido con usted—manifestó el Obispo con sentimiento.—Al ver que tan valiosa res se me escapa, debería romper mi cayado y decir: «Señor, mi inteligencia es limitada, y no sirve para acrecentar tus dominios.»

—El límite de los dominios de Él, ¿quién lo sabe?—dijo Morton.

—Es verdad, mucha verdad. Por eso yo espero... yo espero siempre... ¿por qué no decirlo claramente?—repuso D. Angel con enfado de sí mismo.—Yo espero que algún día será usted católico.

Morton, cayendo en profunda tristeza, fijó los ojos en el suelo.

«A los dos, querida mía.

—¿Los dos?—repitió Gloria algo confusa.— No te entiendo entonces. La cuestión es muy sencilla. Daniel, no la compliques. Somos dos... nos queremos; pero ¡ay! si nuestras almas adoran á Dios, vivimos cada cual en Iglesia distinta: aquí sobra una religión, hijo.

—Es verdad: sobra una religión, y es preciso eliminarla,—afirmó Daniel sombríamente.

—Es forzoso pagar ese tributo á la sociedad. ¿Tú qué piensas de esto?

—Que la sociedad es terriblemente feroz, y con mucha dificultad se aplaca.

—Eso quiere decir—manifestó Gloria con enojo,—que no hay solución posible. Yo abro las puertas y tú las cierras.»

Morton suspiró, mirando al cielo, señal evidente de que no veía puertas abiertas ni cerradas en ninguna parte.

«¿Por qué suspiras así? ¿qué tienes?—preguntó la joven con el impaciente desasosiego de un alma alborotada.

—Nada... pensaba en mi desgracia, que es más grande, infinitamente más grande que la tuya.

—No... no —dijo la de Lantigua, rompiendo

á llorar.—Me voy convenciendo de una cosa, de una cosa muy triste... ¡Ahl Daniel, tú no me quieres á mí como yo á tí.

—¡Gloria, vida mía, Gloria! Por Dios—exclamó el extranjero, besando las manos de su amiga,—no me mates con tus quejas... Si supieras cuánto padezco, yo que he estado á punto de abandonarlo todo, nombre, familia, el amor de mis ancianos padres, de perderlo todo por tí... yo que aun en este momento vacilo y tiemblo, igualmente aterrado por la idea de poseerte y por lo terrible del sacrificio que quieres imponerme. Claramente lo has dicho: es preciso quitar de en medio una de las dos religiones.

—Sí.

—Y como si echáramos suertes, le toca á la mía: ¿no es eso lo que piensas?

—Tú eres hombre. El hombre debe sacrificarse por la mujer.

—En este asunto, la sentencia debe caer sobre el que tenga creencias menos firmes. ¿Cuáles son las tuyas?

—Creo en Dios uno, Señor del cielo y de la tierra—declaró Gloria, la mano puesta en el pecho y elevando al cielo los ojos llenos de lágrimas y de la luz divina;—creo en Jesucristo, que murió en la cruz por redimir al género

—Porque tú acabas de arrancarme toda esperanza.

—Porque no hallo solución alguna á nuestro conflicto, porque es imposible, porque no hay remedio, porque no puede ser de otra manera.

—Sea, pues,—dijo Gloria, cayendo en triste abatimiento.

—Dios lo quiere así.

—Nos separaremos para siempre.

—Mañana.

—No: hoy mismo, ahora mismo,—afirmó la señorita con viveza.

—¡Oh, grandeza del sacrificio! No, no es tanto lo que yo pedía—manifestó Morton con energía.—Noble y hermosa es tu alma, Gloria. Si, como dices, nos separamos para siempre, déjame que te vea algún tiempo más. Piensa en mi soledad, que va á ser como la de los mares, siempre revueltos en sí mismos, en su lejana inmensidad sin testigo. Gloria, vida mía, sol de mi vida: óyeme, no me dejes así. Si cuando desaparezcas de mis ojos quedo con recelo de haberte ofendido, padeceré mucho...

Gloria se levantó.

«Todavía no, aguarda—dijo él deteniéndola.—Grande es mi fe en quien hizo los cielos y la tierra, en quien á tí te hizo. Poniéndole por

testigo, juro que te adoro, que de mi boca no salió expresión que no fuese verdad, que jamás, mientras respire, ningún otro amor más que el tuyo entrará en mi pecho, ni en mi memoria otro recuerdo que el recuerdo de tí.»

La infeliz joven sentía temblar las manos de Morton que le oprimía sus manos, y en su rostro sentía el aliento de él y la reverberación de sus ardientes miradas. La doncella se agitó gimiendo, como la espiga devorada por la llama. Su corazón se deshacía.

«Gloria—añadió él con el acento de quien llama al que no ha de responder;—Gloria, yo arrastraré toda mi vida un remordimiento muy pesado, si no te confieso ahora que soy un malvado, porque no debí amarte y te amé, porque no debí mirarte y te miré. Tus ojos, tu gracia, tu hermosura, tu bondad y tu alma toda me cautivaron... Olvidándome de las leyes terribles que nos separan, me acerqué á tí. Reconozco que mi deber entonces era huir, huir antes que el mal fuese irremediable; pero fui débil, conocí que me amabas, y tu espíritu encadenó al mío. Se necesita ser Dios para no caer en este lazo. Ya viste mi conducta. En vez de abandonar á tiempo tu casa, quedéme en ella. Después creí que un favor especial del Cielo allanaría los obstáculos; pero ha pasado

el tiempo, y los obstáculos subsisten más terribles, más imponentes cada día. Ha llegado la hora del envilecimiento ó de la retirada, y tú me das el ejemplo. Tú eres grande: sabes hacer lo que yo, miserable, no supe. ¡Maldito sea yo, que ví la felicidad y no la pude poseer! Te devuelvo á tu casa, á tu religión, y te devuelvo pura, inmaculada... Por Dios, ¿no ves, no ves clara y patente la honradez de mi alma?

—Sí,—respondió ella entre angustiosos sollozos.

—¿Conservas alguna sombra de recelo con respecto á mí?

—No.

—¿Me creerías digno de tí, si una fatalidad de nacimiento no lo impidiera?

—Sí.

—Pues ahora—dijo resueltamente el extranjero levantándose,—separémonos.

—Para siempre,—añadió Gloria levantándose también.

Pálida y grandiosa en su dolor, semejaba el ángel de la muerte cuando viene á llevarse un alma. Daniel la abrazó. La señorita de Lantigua ocultó la frente en el pecho de su amigo, regándolo con lágrimas breve rato.

«Dame un recuerdo tuyo,—dijo Morton.

—La memoria fiel no necesita recuerdos.

—Es verdad: yo no los necesitaré; pero si te vas, no te vayas toda. Dame aunque sea un cabello.»

Gloria se llevó la mano á la cabeza y separó de ella una mata de pelo. Sonriendo en medio de su pena, con esas terribles palpitaciones ó vagidos humorísticos que tiene el dolor, dijo:

«No hay tijeras.

—No importa—dijo Morton.—Lo cortaré yo...»

Y con los dientes, en medio minuto, cortó el pelo.

«Es casi de noche.

—Para mí ya todo es noche,» murmuró el extranjero.

Se separaron algunos pasos; pero volvieron á juntarse. Eran como la playa y la ola, que siempre parece que buyen la una de la otra, y siempre se están abrazando. Por fin, cuando la noche avanzó más, por los cerros lejanos, tierra adentro, se veía un jinete que marchaba despacio, inclinada la cabeza sobre el pecho. Su figura negra no era favorable á la armonía del risueño paisaje: diríase que después que él pasaba, todo volvía á estar alegre.

Hacia Ficóbriga caminaba Gloria, arrastrando la pesadumbre de su dolor como el imitador de Cristo, á quien éste ha dicho: «toma

tu cruz y sígueme.» Todo en derredor suyo respiraba paz y el dulce reposo de los campos. Volvían los bueyes de las praderas y del trabajo, lentos, paso á paso, cabeceando con las pesadas testas y sus nobles semblantes llenos de gravedad. Las mujeres de la aldea iban en opuesto sentido, llevando sobre la cabeza largos panes de más de media vara, y los pescadores ponían á secar sobre el altozano de la Abadía las húmedas redes, en cuyas mallas brillaban aún como limaduras de plata las escamas de las sardinas.

Todo esto lo vió Gloria, y todo se vestía de aquel fúnebre luto de su alma.

XXIX

Se fué.

Al día siguiente, muy de mañana, las persianas del cuarto de Gloria se abrieron de par en par, y la luz penetró á punto que ella se asomaba. La doncella esparció su vista por el campo y la villa, y deteniéndola en los árboles del cementerio, pensó así:

«Ahora, hermanitos míos, vosotros sois mis únicos amores.»

No lejos de la ventana corría el camino real, y por él los hilos del telégrafo, que plantaba á lo largo sus escuetos postes á distancias iguales que parecían pasos. En los alambres venían á posarse todas las mañanas algunos pájaros, que habían encontrado muy bueno aquel casi invisible punto de descanso en medio de los aires, y desde allí contemplaban la casa y la ventana abierta, donde aparecía temprano la señorita de Lantigua para saludar el día y bendecir á Dios.

Esta no creía que aquellos graciosos seres fueran las almas de sus hermanos, acompa-

ñadas de las de otros niños, porque no podía creer tal cosa; pero en su mente se asociaba aquel espectáculo con el recuerdo de las dos personitas á quienes Caifás había llevado al cementerio en azules cajas. Ello es que uno y otro día miraba con amor á los pájaros del alambre, sintiendo no verlos cuando les alejaba la lluvia. A tan rara ilusión contribuía la circunstancia de haber sobre el cementerio de Ficóbriga una gran arboleda, que era el cuartel general de aquellos vagabundos. Gloria les veía salir de allí en bandadas y volver á la caída de la tarde, haciendo gran ruido, hasta que, vencidos del sueño, callaban dentro del espeso ramaje, y el cementerio se quedaba sin música.

Pero aquella mañana la señorita proyectaba su tristeza á todo lo creado. Si pudiera existir luz negra, ella sería el sol de ella. El contrasentido de las palabras no está en las ideas, porque el mundo parecía alumbrado con el negror de su alma. En vez de sonreír ante las avecillas que en el alambre la esperaban como siempre, creyó ver la figura de sus dos hermanos muertos, que se le acercaron tal como estaban en las cajas azules el día del entierro, amarillos como cera los rostros, tan frescas aún las flores de sus coronas como secas las de sus mejillas, cubiertos de blancas vestiduras

rizadas y encintadas. Pero venían con los ojos abiertos, dando la mano el mayor al más pequeño y moviendo los piecillos por el aire. Señalando la tierra le decían: «Sólo aquí se está bien.»

Mirando luego á la torre de la iglesia, experimentó viva sensación de miedo y antipatía. La torre era una idea, y el espíritu de la joven chocó, rebotando con dolor, en aquella idea, como el ave ciega que tropieza en un mulo. De pronto, una voz gritó desde el jardín:

«Niña, ¿no bajas? Te espero hace un rato para ir á la iglesia.»

Era D. Angel, que salía para decir su misa en la Abadía. Gloria le acompañaba siempre con gozo; mas en aquel día sintió frío en el corazón y un extraño ímpetu rebelde. Unióse, sin embargo, con sumisión y cariño al bendito Prelado; mas al entrar en el templo renovóse en su alma el terror, porque aquellas piedras bárbaramente blanqueadas no la dejaban respirar, oprimiéndola con su peso.

Cuando D. Angel salió al altar, Gloria evocó todas las fuerzas de su alma, su piedad y su fe, y no en vano, porque siendo D. Angel un santo, la impiedad no era posible en su presencia. La turbada doncella luchaba con las dolorosas repugnancias que surgían en su espí-

ritu, débiles aún, pero que crecían, enroscándose como las culebras al salir del nido; y cuando vió que los dedos del anciano alzaban la hostia, en su pecho se elevó una á manera de ola, que fué creciendo, creciendo, hasta caer como catarata, y entonces Gloria se deslizo en lágrimas y dijo:

«¡Señor, Señor, yo también sabré padecer y morir!»

D. Juan de Lantigua, que observaba bien cuando quería observar, y por aquellos días había dado un poco de la mano á sus tareas literarias, notó alguna novedad en su hija. Meditó en ello, y como la sospecha es hermana de la cavilación, dióse á formar juicios más ó menos aventurados, pero sin pensar nada contrario á la honestidad de la joven, porque esto, dicho sea en honor de ambos, no le cabía en la cabeza. Sus sospechas y recelo versaban sobre otro orden de cosas.

«Gloria—decía D. Juan á su hermano una mañana, en el cuarto de éste,—no está tranquila. Algo pasa en su espíritu. He sorprendido en ella frases y reticencias que indican gran trastorno en sus ideas religiosas. Su imaginación es viva, y su entendimiento, inclinado á remontarse sin guía, puede caer en gran-

des errores. Además, temo mucho á su sensibilidad.»

Gloria entró.

«Hija mía—dijo su padre.—Otros años has recibido á Dios el día de Santiago. ¿Hace mucho que no cumples el precepto?

—Desde Pascua,—repuso ella palideciendo.

—¡Oh! es mucho, mucho tiempo,—dijo Su Ilustrísima con bondad, dejando caer ambas manos sobre los brazos del sillón en que estaba sentado.

—¿Por qué no confiesas hoy ó mañana—manifestó D. Juan afectando indiferencia,—para que puedas comulgar el día de Santiago? Mira: se me ocurre que yo debo hacer lo mismo, y esta tarde confesaré. Juntos recibiremos á Su Divina Majestad.

—Mi confesor, el Padre Poquito, no está ahora en Ficóbriga,—dijo Gloria.

—¿Eso qué importa, tonta? Antes confesabas con tu tío.

—Sí: cuando era niña.

—¿Y ahora por qué no?

—Ven acá, mansa ovejuela—dijo D. Angel sonriendo.—¿Tienes vergüenza? Ya se ve... con esos pecadazos tan tremendos...

—Pues me retiro,» dijo D. Juan, á tiempo que su hermano extendía el brazo derecho pa-

ra agasajar con paternal cariño á la penitente.

Gloria no pudo decir una palabra. Desfallecía. Cayó de rodillas, y D. Angel le rodeó el cuello con su brazo, diciendo:

«Vamos á ver, hija mía.»

Silencio: la confesión de un alma ha empezado. Ante acto tan solemne, el más hermoso que existe en religión alguna, el narrador calla. Nadie tiene derecho á inmiscuir su atención irreverente en este diálogo del alma con Dios. Cierre el lector el libro y espere.

XXX

Pecadora y hereje.

Lo confesó todo, absolutamente todo; rebañó en su conciencia, sacando de ella hasta las últimas heces, y á medida que iba sacando, respiraba con más desahogo, porque verdaderamente su carga era grande.

Durante la confesión, un indiscreto que se acercase habría oído suspiros y sollozos, y alguna palabra suelta del buen pastor de Cristo. Cuando concluyó, D. Angel no estaba sereno. Su bondadoso rostro, que, según la expresión de un entusiasta amigo suyo, era un pedazo de Paraíso, tenía cierta movilidad que no puede definirse: desconsuelo semejante al de los que presencian la desaparición instantánea de una cosa muy bella, sin poderlo evitar ni tampoco enojarse. Se quedó D. Angel como Tobías cuando vió desaparecer para siempre el ángel que le acompañara tanto tiempo.

Después de rezar brevemente, ordenando á su sobrina que hiciese lo mismo, le dijo con voz muy triste:

«Hija mía, no puedo absolverte.»

Gloria inclinó la cabeza con sumisión.

«Por ahora—añadió el Prelado,—*procura serenarte... descansa. Salgamos un momento al jardín ó á paseo, y hablaremos despacio.*»

La pecadora corrió á tomar el sombrero y el bastón de su tío.

«Por cierto—dijo éste,—que no me gusta que tu padre ignore estas cosas. Yo no le puedo decir una palabra, si no me autorizas para ello, del mismo modo que si no te hubiera oído en confesión.

—Quiero que lo sepa—dijo Gloria:—yo me confieso á los dos.

—Muy bien, me parece muy bien... No te sofoques. Vamos á dar una vuelta.»

Saliendo ambos de paseo hacia la Pesque-ruela, el Prelado se expresó así:

«Te dije que no podía absolverte. Ahora sabrás por qué. No es la causa de mi rigor que hayas amado. Eres mujer, y la ley natural, en ésta tu edad florida, despierta inclinación hacia otro sér, la cual, si es honesta y va bien dirigida por el discernimiento, puede producir beneficios conduciendo al servicio de Dios. Bien es verdad que hallo en ese afecto tuyo demasiado ardor, y es de tal suerte, que más parece desasosiego de un alma *llagada y enferma,*

miserablemente ansiosa, como dice San Agustín... También es muy vituperable que hayas guardado secreto. Esas entrevistas ocultas son muy impropias de una doncella pudorosa y bien educada. Lo que se esconde no puede ser bueno. Sin embargo, este pecado, con ser tan grande y tal que jamás lo creyera en tí...»

A Su Ilustrísima se le turbó un poco la voz por la emoción; mas dominándose, prosiguió:

«Con ser tan grande tu pecado, no es imperdonable, mayormente si estás dispuesta, como has dicho, á arrojar de tí esa insensata llama, sofocándola con una aspiración firme hacia el único soberano amor, que es el de Dios... Para que veas cuán grande es mi tolerancia, te perdono también el que hicieras objeto de tu pasión á un hombre que vive fuera de nuestra santa fe, porque en verdad, debiste cerrar prontamente tu herida, negándole al alma toda comunicación y roce con el alma de un hereje. Y reconociendo yo la seducción aparente de las prendas morales de ese joven, á quien estimé mucho, extraño que tú pudieras hallar verdadero encanto amoroso en quien carece de la principal y más valiosa hermosura, que es la de la fe católica... Pero me has manifestado tu firme propósito de renunciar á la inquietud tenebrosa de ese amor, lo que es verdaderamente

mientras no te saque hasta las últimas heces de ese veneno. Pero dime ahora, loquilla de mi corazón, ¿cómo pudiste dar calor en tu entendimiento á esas malditas víboras? Sin duda el hombre á quien has tenido la desdicha de amar, te inculcó esos principios del *latitudinarismo*, desgraciadamente esparcidos por el mundo en razón de la aparente benevolencia y generosidad que encierran.

—No ha sido él—dijo con viveza la pecadora,—quien me ha inculcado esas ideas. Daniel, sin dejar entrever á punto fijo cuáles son sus creencias, se ha mostrado siempre poco inficionado de eso que llama usted...

—Latitudinarismo, hija.

—Latitudinarismo... Pues en ese hombre las creencias parecen muy firmes y hasta intolerantes, señor. Además, siempre ha tenido la delicadeza de no decirme nada que quebrantara en mi alma la religión de mis padres. Hemos hablado de la religión como lazo social y nada más.

—Entonces, tú... Mira, estoy algo cansado, y bueno será que nos sentemos en esta piedra.

—Yo, yo sola—dijo Gloria sentándose también,—soy la culpable. Hace tiempo, desde que le conocí, dime á cavilar en estas cosas noche y día. No podía apartarlas de mi pensamiento,

y, según mi entender, discurría acertadamente sobre ellas. Me parecía que mis argumentos no tenían réplica, y me vanagloriaba de ellos, pronunciándolos en mis diálogos oscuros conmigo misma.

—Has dicho «desde que le conocí.» Luego él, en cierto modo, es responsable...

—No, no, querido tío: yo, yo sola. Si he de hablar á usted con entera lealtad, mostrándole mi alma hasta lo más hondo, aun antes de conocerle pensaba yo en estas tristes cosas, si bien no daba forma clara á mis pensamientos. El trató de Daniel parece que encendió en mi espíritu mil luces, y á su claridad empecé á ver diferentes temas de religión y de las disputas de los hombres sobre ella, así como de la grandeza y lejanos linderos del reino de Jesucristo, á quien yo veía Señor de todas las gentes, de todos los buenos, de todos los limpios de corazón.»

D. Angel frunció el ceño.

«Veo—dijo con cierta severidad,—que tu llaga crece, crece que es un primor. ¡Oh! ¡cuando tu padre sepa esto!... ¡El, que sobresale por sus estudios ortodoxos y la claridad con que ha sabido deslindar la verdad del error en las abominables luchas de la época presentel...»

—Mi padre y usted me convencerán de se-

guro,—dijo Gloria, inclinando con humildad la frente.

—¡Te convenceremos!... y lo dices como si fuera tarea larga... ¿De modo que te encastillas en tu error, y te cercas de la muralla de una terquedad y reincidencia más abominables que el error mismo?... Gloria, Gloria, hija mía, por Dios, vuelve en tí. Mira que no puedo absolvarte si no desechas esos pensamientos, si no los arrojas con espanto de tí, como arrojarías un animal inmundo que te mordiese.

—No hay mayor tormento para mí—declaró la señorita de Lantigua,—que estar separada de usted y de mi padre por cosa tan pequeña, tan vana como es un pensamiento que á cualquier hora puede mudarse. Pero si ahora le dijese á usted: «tío, ya he desechado el monstruo asqueroso, ya estoy limpia de errores,» hablaría con la boca y no con el corazón, porque esas ideas que he dicho no se van de mi cabeza con sólo decirles *vete*. Están tan arraigadas, que no puedo echarlas fuera. Invoco mi fe en Jesucristo, á quien adoro, y mi fe en Jesucristo no me dice nada contra ellas.

—¡Chiquilla, por Dios, por la Virgen María...!

—¿No sería peor que el error mismo negarlo

con los labios, careciendo de fuerza interior contra él?

—Eso sí. ¿Pero estás loca? ¿Has perdido acaso la gracia divina y los preciosos dones del Espíritu Santo?

—No sé, tío de mi corazón, lo que he perdido. Sólo sé que me será muy difícil convenirme de que no son verdaderas las ideas que usted desaprueba. No quiero mentir, no quiero ser hipócrita. Aquí está mi alma abierta hasta lo más recóndito, para que usted mire dentro de ella. No puedo hacer más; no puedo violentar mi conciencia.

—De modo que para tí nada vale la autoridad... Veo que marchas de herejía en herejía, —exclamó D. Angel con verdadero espanto.

—Pues si estoy en error, si estoy tocada de herejía—dijo Gloria,—declaro que deseo no estarlo; que haré todo lo posible para limpiarme de ella; pero entre tanto ¡oh, buen pastor mío! huyo de la mentira, huyo de confesarme creyente en ciertos puntos que no creo, porque no es capricho lo que me obliga a pensar lo que pienso, sino una fuerza poderosa, una llama tan viva como perdurable que hay en mi entendimiento.

—De modo que te rebelas... ¡Niña, por amor

de Dios, considera bien lo que dices!—exclamó Su Ilustrísima lleno de tribulación.

—Tío, tío mío, si pierdo el amor de usted—dijo Gloria derramando lágrimas,—me parecerá que estoy ya condenada.

—Y lo perderás, lo perderás, lo perderás todo—afirmó D. Angel, cada vez más severo.—Esto no puede quedar así. ¿Me autorizas para hablar á tu padre?

—Ya he dicho que sí.

—Pues vamos á casa,» dijo el Prelado levantándose.

No hablaron más. Por el camino D. Angel pensó que los ejercicios de piedad, combinados con un saludable sistema de paciencia y de exhortaciones delicadas, cual convenían á la delicadísima alma de Gloria, cierta reclusión y un comercio muy frecuente con las cosas santas, curarían aquella lepra que había tocado el privilegiado espíritu de su sobrina.

Esta, andando hacia la casa, absorta, pensativa, triste, oía zumbar en su oído la funesta voz que há tiempo, en sus desvelos y en sus meditaciones, le decía:

«Rebélate, rebélate. Tu inteligencia es superior. Levántate, alza la frente, limpia tus ojos de ese polvo que los cubre, y mira cara á cara el sol de la verdad.»

XXXI

**Pausa. El conflicto parece resolverse,
y tan sólo se aplaza.**

Por desgracia ó por ventura suya (que esto no hemos de dilucidarlo ahora), Gloria movía con más vigor á cada instante las funestas alas de su latitudinarismo, que debían conducirla Dios sabe á qué regiones de espanto. Después de meditarlo mucho, D. Angel resolvió no revelar á su hermano la funesta pasión de Gloria. Aquello era ya cosa pasada y resuelta, y mientras más pronto se olvidase mejor. Pero al mismo tiempo juzgó prudente advertirle de los errores de su hija, porque si se les dejaba, tomarían gran crecimiento, como la mala hierba.

No es preciso decir que D. Juan sintió viva pesadumbre al conocer las descarriadas pendientes por donde iba dando tumbos el despeñado pensamiento de su hija. Recordando entonces las atrevidas ideas de Gloria dos años antes, comprendió que el mal era antiguo y que sólo variaba de forma. Amargósele la vida

en aquel día, y todo en él era discurrir paliativos, imaginar tratamientos morales que volvieresen á su adorada niña al primitivo sér católico que antes tenía. No pudo adivinar el buen señor lo que había pasado con Morton; pero allá en el fondo de su alma rebullía una sospecha vaga. Sin creer que su hija se preudara del extranjero, consideraba que el brillo exterior de éste no había dejado de influir en los desvaríos heterodoxos de la interesante joven. Por esta razón deploraba entonces más que nunca el lastimoso naufragio del *Plantagenet*.

Emprendieron los dos hermanos sin pérdida de tiempo un verdadero asedio de consejos y amonestaciones. Con suavidad el Obispo, y el seglar con enojo y rigor, trataban de volverla al camino de la salvación; pero estas embestidas no produjeron resultado alguno positivo, ó mejor dicho, diéronlo contrario á las bonísimas intenciones de ambos Lantiguas y al esplendor de la Iglesia. En aquel mismo día de la confesión, Gloria dió á conocer nuevas proposiciones heréticas, y en su cabeza iban entrando atropelladamente demonio tras demonio. Del latitudinarismo pasó al racionalismo y á otras execrables pestilencias.

Llegó, sin embargo, un punto en que las relaciones carifiosísimas entre ella y su padre

y tío empezaron á quebrautarse, y aquí la sensibilidad de la infeliz muchacha se sobrepuso á todo. Perder el amor de ellos era desgracia irreparable, y resolvió echar en olvido sus errores, ya que no podía extirparlos. Al día siguiente, cuando D. Angel la amonestaba delante de su padre, dijo:

«¡Ayl ¿Quién puede resistir á tanta autoridad ni á tanta bondad? Me declaro conquistada. Creo todo lo que la Santa Madre Iglesia me manda creer.»

Sometióse, sí; pero, allá en el fondo de su espíritu, las proposiciones erróneas, aquello que mil veces llamó pestífero la autoridad visible, continuaban vivas en su mente, como raíz que de un año para otro guarda el germen de nueva flor. Gloria hizo lo que hacen las nueve décimas partes de los católicos, es decir, guardarse sus heterodoxias para no lastimar á los viejos. De aquí resultó que era, como la muchedumbre, creyente para los demás y *latitudinaria* para sí.

D. Juan de Lantigua volvió entonces con nuevo ardor á sus trabajos, y el Prelado tornó lentamente á la paz de su espíritu, satisfecho en extremo de haber salvado de espantosa catástrofe la hermosísima alma de su sobrina. El amor que sentía por Gloria no dismi-

nuyó con los desvaríos de ella, antes se mezclaba de cierta compasión cariñosa. Aquel varón insigne, que todo quería resolverlo con su bondad angelical, dejábalo todo, no obstante, sin resolución; ejemplo que muy á menudo se repite en el mundo. Quiso convertir un hereje, y su santo empeño no dió fruto. Intentó también desviar el noble espíritu de Gloria de un vulgar error, y su victoria no fué más que aparente. La buena voluntad del Prelado derramaba su luz; pero la herejía y el error iban sin inmutarse derechos á realizar el fin que una ley inflexible les había marcado.

Cuando los hechos toman una dirección determinada, es inútil querer desviarlos de ella. Así, en esta ocasión, hallamos que, á pesar de la aparente serenidad que han tomado las cosas, la tempestad está sólo contenida, mas no aplacada, y la corriente oculta bajo el hielo saldrá fuera y marchará por donde tenía trazado su camino.

Ved de qué singular manera se añudan los sucesos, cómo los pequeños incidentes traen los grandes, y de qué suerte se establece el natural y lógico encadenamiento de las cosas. El conflicto de Ficóbriga no estaba más que suspendido; había tomado un respiro para estallar con más fuerza, al modo que el colérico detie-

nela voz y el brazo antes de descargar el golpe. Aquella pausa enteramente ilusoria era, bien puede decirse así, como el intervalo aparente entre el relámpago y el trueno (á causa de la diversa rapidez del sonido y la luz), siendo en realidad simultáneos.

Hemos visto ya el relámpago. Pues irremisiblemente sonará el trueno. Dijimos que los acontecimientos traían marcado su curso fatal. ¿Llamaremos á esto fatalidad ó lógica? Ello es difícil de decidir. Corría, pues, la lógica sin que la bondad de los buenos ni la perversidad de los perversos pudiera detenerla.

—Justo es—dijo D. Juan mirando á su hermano,—que tomemos las mismas armas que ellos usan contra nosotros. Si sólo se tratara de nuestras vidas, moriríamos; pero la Iglesia está en nuestras manos y no podemos abandonarla.»

El abogado, el seglar, así se expresaba, con el tono de la autoridad irrecusable, mientras el sacerdote, el pastor, callaba, aceptando su papel de pasiva bondad. El uno tenía la idea, el otro el prestigio exterior; el uno la iniciativa, el otro las bendiciones.

Durante largo rato, el despacho de D. Juan fué un hervidero de planes, de noticias, de amenazas, de humildades religiosas mezcladas con mundanos ímpetus de soberbia. Al fin, D. Angel y Rafael pasaron á la sala, donde Gloria recibió á éste. El distinguido joven se empeñó, con cierta fatuidad, en llevar la conversación al punto para él interesantísimo de su reciente triunfo; pero la excelsa joven, que derramaba su resplandor en las cumbres del espíritu, estaba demasiado alta para deslumbrarse con la débil luz de un fósforo.

Oyéndoles, D. Angel sentía en su alma profunda pena, sabedor, como era, de dos sucesos igualmente deplorables: el desaire que había-hecho la pícara á las gracias y perfeccio-

nes del soldado de Cristo, y su detestable afecto á un impío extranjero; pero respetando los designios de Dios, bajaba sus párpados orando para sí, y enlazaba los dedos de ambas manos, rozando una con otra la yema de los pulgares.

«Dios lo ha dispuesto así,» pensaba.

Romero bajó también á saludar á la señorita de la casa.

«Una queja tengo de usted, señor cura,—le dijo Gloria, después que le oyó alabarse de sus recientes hazañas.

—¿Cuál, querida niña? ¿Una queja de mí?

—Que mandara usted arrojar de la sacristía al pobre Caifás. ¿No es un dolor...?

—¡Ah, tunante, borracho! Pero no debe quejarse, pues según me han dicho, está hecho un potentado.

—¡Ah, sí!...—murmuró Gloria turbándose.

—Al entrar en Ficóbriga, supe que Mundi-deo ha pagado todas sus deudas y desempeñado toda su ropa... Vamos, que está rico.

—Mi sobrina y yo—dijo Su Ilustrísima sonriendo,—le dimos algún socorro, pero no era para tanto. Si no se ha repetido el milagro de la multiplicación de los panes...

—Para milagros estamos—añadió el cura.—

Aquí no hay tal vez sino latrocinio. ¡Oh! es mucho pájaro aquel Caifás.

—¡Señor cura, por Dios!—exclamó Gloria indignada.

—Qué, ¿me equivoco? ¿Pues de dónde saca Caifás tanto dinero?

—Se lo habrá dado alguien.

—¡Oh, sí!... eso dice él. ¿Pues no tiene la poca vergüenza de decir que D. Daniel Morton se lo dió?

—Y será verdad.

—Yo no lo creo. D. Juan Amarillo, que entiende mucho de estas cosas, me ha dicho que está alarmadísimo... Ha contado su dinero: está seguro de que no le falta nada... Sin embargo, no puede desechar cierto recelo...

—Sí—dijo D. Juan, que á la sazón entró.—En todo Ficóbriga no se habla más que de las riquezas de Caifás. Parece que me está componiendo la casa. Vamos, yo no salgo mal.

—Mi opinión—afirmó el cura,—es que no debe levantarse mano hasta averiguar lo que hay en esto. Ya el Juzgado está decidido á intervenir.

—¿Por qué? Es una iniquidad—afirmó Gloria con ardor.—Esto no debe consentirse... y no lo consentiremos.

—Ya está mi hija en su elemento—repuso

Lantigua, — es decir, ocupándose excesivamente y con gran furor de lo que nada le interesa.

—Me ocupo de salvar de la calumnia á un inocente.

—¿Y cómo sabes tú que es inocente? Vamos á ver... Lo mejor es no hacerte caso y dejarte con tu tema... Con que, señores, vámonos á comer. Hoy es día de alegría.»

El cura les detuvo antes de pasar al comedor, y solemnemente habló así:

«Señores, señores...

—¿Tenemos discurso?—preguntó D. Juan viendo que, después del vocativo, el buen párro o alzaba el brazo derecho en la actitud Ciceroniana.

—Señores: espero que mañana todos los presentes, empezando por Su Ilustrísima el reverendo Obispo de ***, y acabando por nuestro insigne y valeroso diputado Sr. del Horro, me honrarán aceptando mi mesa y una hidalga reunión en mi finca del Soto de Briján. De esta manera sencilla, y por medio de una frugal comida, pienso que celebremos nuestra victoria, sin ruido, sin mundano estrépito, sin pompa, sin jactancia, como se reunían los primitivos cristianos en aquellos piadosos banquetes...»

D. Juan vió que el cura iba tomando un tonillo de sermón harto enojoso en hora de grande apetito, y dijo así:

«Aceptado, aceptado. Mas por ahora, vamos á lo que está más cerca. A la mesa, señores.»

Bien pronto estuvieron todos reunidos en la mesa de D. Juan, que era succulenta á pesar de ser de vigilia por marcar el Almanaque el 24 de Julio.

—¿Con que aceptan ustedes?—preguntó Romero.

—¡Comilonas!—dijo Su Ilustrísima.—Por mi parte, doy las gracias al señor cura.

—Si Usía Ilustrísima no gusta de este festejo—dijo Romero con sumisión,—renunciamos á él.

—No, hijos míos: ¿por qué? Celébrese el banquete, que ya supongo ha de ser frugal y decoroso. Pero no asistiré: primero, porque no gusto de festines; segundo, porque celebran ustedes con él un acto político, y yo huyo de los actos políticos.

—Siento en el alma que Su Ilustrísima no nos acompañe—dijo el cura.—¿Se trata por ventura de una orgía? El salmista ha dicho: «Banqueten los justos.» *Et justi epulentur.*

—*Et justi epulentur et exultent in conspectu Dei*—añadió vivamente el Prelado.—«Y rego-

«fjense en la presencia de Dios.» No violentemos los sagrados textos, señor cura, ni sosten-gamos que el inspirado David nos recomienda la glotonería.

—¡Oh! Ilustrísimo Señor—exclamó el pá-rroco,—lo que Usía diga esa será mi ley.

—Pues digo que celebren ustedes su ban-quete profano; pero que no me inviten á él, porque no voy. Por lo tanto, luego que hayan ustedes comido, alargaré mi paseo hasta allá. No es muy lejos.

—No hay más que bajar á la ría, pasar el puente de Judas, subir los prados de D. Juan Amarillo, y en seguida se llega al Soto.

—Ya, ya sé el camino.»

Entró un criado con una carta para Don Juan. Este la abrió, y después de recorrerla con la vista, dijo:

«Es de Daniel Morton. Me escribe anun-ciendo que se embarca mañana por la maña-na, y se despide de todos.»

D. Angel miró con disimulo á su sobrina. Fuerte, animosa, heroica, Gloria recibió el gol-pe sin dar á conocer las grandes sacudidas de su alma angustiada. Sólo D. Angel, sabedor del caso, creyó distiguir una extraña neblina en el rostro de la joven. D. Juan la miró tam-bién. Tal vez se hubiera entablado conversa-

ción sobre Daniel Morton; pero entró el Sr. de Amarillo, y que quieras que no, tuvo que sentarse á la mesa y tomar un bocado, aunque con prisa, porque el juez le estaba esperando para ver qué resolución se tomaba en el negocio de Caifás. D. Juan de Lantigua, á quien consultó, dijo de este modo su opinión:

«No veo razón alguna para molestar á Mundideo, mientras no se le pruebe que ese dinero ha sido mal adquirido.

—Es que se le probará.

—¿Le falta á usted algo en su caja?

—No, señor; pero el dinero no sale de la tierra como la hierba. Caifás ha robado, ¿á quién? No lo sé. Propongo que todos los vecinos de Ficóbriga recuenten sus fondos, y mientras tanto que José Mundideo sea puesto á la sombra.

—Pero la ley...

—¿Qué ley, ni ley?...

—Sr. D. Juan—dijo el cura,—¿quiere usted venir á comer mañana á mi casa del Soto?

—Ya sé que han ganado ustedes las elecciones. ¡Bien por el ejército de Cristol! exclamó Amarillo con entusiasmo.

Y levantándose al instante con una copa de vino en la mano, añadió:

«Propongo un brindis, señores. Brindo por

Su Ilustrísima D. Angel de Lantigua, el glorioso hijo de Ficóbriga, el apóstol más ferviente del apostolado español, el modelo de virtudes de quien todos debemos tomar ejemplo, el varón piadoso, el justo...

—Por Dios, por Dios—dijo Su Ilustrísima tapándose los oídos y todo confundido y turbado.—Basta de incienso, D. Juan, basta, basta. El mejor brindis que usted puede dirigirme y el único que le agradeceré, es no molestar al pobre Caifás.»

Todos los presentes besaron el anillo al Prelado, y cuando éste se retiró tomaron café.

embudo de latón amoratado por el uso, se colaba dentro de las botellas sonándolas como bocinas. Doña Saturnina no olvidaba ninguna de las operaciones, poniendo sus ojos en todo para que nada se retrasase, y hasta dispuso ella misma los ramos de flores que se habían de colocar en la mesa, los palillos, el aguamanil y otras menudencias y accesorios de una buena comida.

Mediodía era por filo cuando los convidados salieron de Ficóbriga, con un sol que aun en aquellas frescas tierras abrasaba. Delante venían en el coche de Lantigua, D. Juan, el cura y Rafael. Seguían luego en otro coche D. Juan Amarillo con el teniente cura y dos beneficiados de las cercanías, y después, en un *brek*, los demás convidados, que eran amigos venidos para tal solemnidad de la capital de la provincia. Total: once bocas.

Sentados los comensales, bendijo D. Silvestre la comida, y comenzó el *stridor dentum*.

Había tenido Doña Saturnina la feliz idea de poner la mesa fuera de la casa, en medio de la frondosa huerta, y á la sombra de dos ó tres álamos, que con sus ramas la cubrían toda, dejando tan sólo penetrar algunos rayos de sol, que caían aquí y acullá, como si hubieran sido salpimentados con luz los mante-

les. Aquí brillaba un melocotón, acullá un salero, más lejos la calva de D. Juan Amarillo.

En cuanto á la parte principal del banquete, que era la comida, todos los elogios que de ella se hagan serán pálidos ante la realidad de su abundancia y el exquisito sabor de toda ella, si bien era más rica que fina, algo á la pata la llana, demasiado suculenta, comida española, de esa que más parece hecha para atarugar rústicos cuerpos que para deleitar delicados paladares.

Viérais allí la sopa de arroz calduda, que bastaba por sí sola á dejar ahito al más hambriento, y después los pollos con tomate, precediendo á las magras, también entomatadas, para hacer lugar á los finísimos pescados cantábricos en picantes escabeches ó nadando en salsas ricas. Entre ellos venfan las bermejas langostas, mostrando la carne como nieve dentro de la destrozada armadura roja, y los sabrosos percebes, como patas de cabra; y luego volvía el imperio de la carne, representado en piezas adobadas del animal que mira al suelo; siguiendo á esto chuletas con forro de fritura, y otras viandas riquísimas y olorosas, acompañadas por delante y por detrás de aceitunas, pepinillos, rajadas de queso flamenco ó del país, anchoas y demás aperitivos, sin que faltaran

calabacines rellenos, en los cuales no se sabía qué admirar más, si el especioso sabor del alma ó la dulzura del cuerpo, y también gran copia de colorados pimientos, que como llamas de fuego iban de boca en boca.

¿Y qué diremos de los vinos, algunos de ellos de las mejores estirpes andaluzas? ¿qué de los dulces y platos de leche, que bastarían para hartar á todos los golosos de la cristianidad? Por último, el generoso aroma del tabaco habano se dejó sentir, y una azulada nube flotó sobre la mesa, envolviendo el grupo de convidados en sensual atmósfera.

El anfitrión D. Silvestre Romero (la moda nos obliga á darle aquel nombre) había comido bien; D. Juan no había hecho más que probar los platos; Rafael del Horro estuvo muy parco, y D. Juan Amarillo devoraba. Los demás no desairaron á D. Silvestre. Este se desvivía porque todos comieran mucho; no tenía consuelo al ver que no se atracaban como él, y á cada instante les excitaba echándoles en cara su desgana y presentándoles los platos para que repitiesen. Fué digno de notarse un incidente de la comida, por la semejanza que ofrecía con casi todos los banquetes políticos que se celebran en Madrid. Rafael del Horro propuso que el ramillete puesto en el centro de

la mesa se enviase á la señorita de Lantigua.

Cuando fumaban, D. Silvestre creyó que debía tomar la palabra, y lo peor fué que la tomó.

«Queridos hermanos y amigos míos—dijo:—nos ha reunido aquí la celebración de un triunfo. Porque ha sido un triunfo grande, inmenso, que nos ha de conducir á una victoria aún mayor: á la victoria de la verdad sobre el error, de la virtud sobre el vicio, de Dios sobre Satanás.

—Muy bien,—repuso D. Juan Amarillo abriendo los diminutos ojos, que había cerrado poco después de la última copa.

—Hemos combatido como buenos—añadió el cura, que gustaba de emplear, hasta en los sermones, símiles guerreros,—y seguiremos combatiendo. En los libros santos se ha dicho: «Y tú, Jehová, Dios de los ejércitos, no hayas misericordia de los que se rebelan con iniquidad... Acábalos con furor, acábalos, y no sean; y sepan que Dios domina en Jacob hasta los confines de la tierra.» Y en otro pasaje: «Fuego irá delante de él y abrasará en redor sus enemigos.» Nuestra obligación es, pues, combatir, ya que las cosas han llegado al extremo de tener que emplear sus infames armas. ¡Oh! señores, si yo tuviera la elocuen-

cia y la erudición de mi ilustre amigo el gran católico D. Juan de Lantigua, os diría á qué extremos llegan la impiedad y osadía de los revolucionarios, y el aprieto en que quieren poner á los hombres religiosos y píos; si yo tuviera, repito...»

D. Silvestre se atragantó ligeramente. Todos le oían con serenidad; en los labios de Don Juan vagaba una sonrisilla que parecía decir:

«Más vale que te calles, pedazo de alcornoque.

—Pero, en fin, no las tengo—añadió el cura atleta:—no tengo ni esa erudición pasmosa, ni esa elocuencia fulgurante; y así es bien que le ceda la palabra...

—¡Oh! si el Sr. D. Juan nos concediera oír su palabra...» dijo Amarillo cabeceando.

Lantigua se puso la mano en el pecho y tosió.

«Señores, no puedo—dijo con humildad. —Rafael, hable usted, que lo hará mejor que yo.»

Del Horro se excusó con frases de modestia; pero al fin, no pudiendo resistir á la sugestión de todos los convidados, que á un tiempo le apretaban para que hablase, se levantó, limpió las gafas, se las puso, y arqueando las cejas, habló de este modo:

«Señores, ninguna voz más desautorizada que la mía para dirigiros la palabra. Joven, sin experiencia, sin conocimientos, me falta autoridad. Válgame por las prendas de que carezco, mi acendrada fe, mi sincero amor al catolicismo, los esfuerzos que hice en mi limitada esfera para conseguir el triunfo práctico de la Iglesia, de esa amorosísima Madre nuestra, por quien vivimos, por quien alentamos, por quien respiramos. Dios ha querido que el más indigno de sus soldados, el más pequeño de sus servidores, alcance hoy un triunfo material en las contiendas que han establecido los inicuos. Él me dé fortaleza para defenderle; Él dé á mi labio energía, poder á mi corazón, vigor á mi espíritu. *Estote ergo fortes in bello*: «Sed fuertes en la guerra.»

»Inmensa, asquerosa, pestilente lepra cubre el cuerpo social. El llamado *espíritu moderno*, dragón de cien deformes cabezas, lucha por derribar el estandarte de la cruz. ¿Lo permitiremos? De ninguna manera. ¿Qué valen algunos centenares de inicuos depravados contra la mayoría de una Nación católica? Porque no sólo somos los mejores, sino que somos los más. Alcemos en esta Cruzada el glorioso estandarte, y digamos: «Atrás, impíos, malvados sectarios de Satanás, que contra el reino

de Nuestro Señor Jesucrito no prevalecerán las puertas del Infierno.» Y luego, volviendo mi humilde rostro hacia el Oriente, distingo una venerable y hermosa figura. Al verla llénase mi corazón de intensísima congoja y las lágrimas acuden á mis ojos, considerando el aflictivo estado en que los perversos tienen al que es antorcha esplendorosísima que ilumina el mundo. Lleno de admiración y respeto, exclamo: «Grande eres, ¡oh Pedro! no sólo por tus bondades, sino por tus martirios. También de tí se puede decir que rasgaron tus vestiduras y sobre ellas echaron suertes. ¡Ay de los ímpíos que después de despojarte te han encarcelado! Ya les arreglarán los demonios en el Infierno. En tanto, ¡oh Pastor Santol yo te saludo con lágrimas en los ojos, yo canto un *hosanna* amorosísimo en tu presencia, y te pido la bendición para que se redoblen mis fuerzas, se enardecza mi espíritu y no desmaye en la gran contienda que se prepara.»

Terminado el discurso del valeroso joven, recibió apretados abrazos de todos los concurrentes, y entonces D. Juan de Lantigua, sin dejar su asiento, y con gran atención y religioso silencio de todos, dijo lo siguiente:

«¿Me atreveré, queridos amigos y hermanos míos, á haceros presente que para esta lu-

cha en que la impiedad y malvada desvergüenza de los revolucionarios nos empeña, no bastan, no, la finura y temple de las armas, ni el denuedo de los brazos varoniles? La mejor arma es la oración, y el más terrible baluarte las virtudes y el buen ejemplo. Seamos buenos, píos, caritativos, fervientes católicos, y tendremos asegurada la mitad del triunfo. Con sentimiento declaro, porque así lo reconozco, que el espíritu religioso está muy enflaquecido entre nosotros. Se habla mucho de batallar, y poco del amor de Dios. *Inter vos dormiunt multi*: «Entre vosotros duermen muchos.» Es preciso que todos despierten, porque la tempestad está encima; es preciso que despierte, no sólo la carne, sino el espíritu. ¿No habéis conocido que entre nosotros cunde desparramada la herejía? ¿No véis que hasta los más fuertes han caído? ¿No véis que el racionalismo y el ateísmo han robado muchas almas al seno de Dios? ¿No véis que disminuye cada día el número de los fervorosos católicos y aumenta el de los indiferentes? He aquí un mal demasiado grave para conjurarlo fácilmente. Yo os digo: no sólo es preciso batallar, sino predicar; no sólo ha llegado la hora de la pelea, sino del ejemplo santo. Abnegación, paciencia, martirio. He aquí tres palabras mágicas que su-

peran en eficacia á los más cortantes aceros.

—Muy bien, muy bien. ¡Viva el Sr. Lantigual!— exclamó D. Juan Amarillo sin poderse contener.

—Aborrezco las exclamaciones y detesto las apoteosis de hombres. No se debe enaltecer más que á Dios; no se debe glorificar sino á Aquél que *era*, como dice David, *antes que nacieran los montes y desde el siglo y hasta el siglo*. Continuando, pues, mis observaciones, diré que los males que he indicado y esta general corrupción y ponzoña provienen de los maleficios extranjeros que han dañado nuestro cuerpo. Gozaba España desde edades remotas el inestimable beneficio de poseer la única fe verdadera, sin mezcla de otra creencia alguna ni de sectas bastardas. Pero los tiempos y la maldad de los hombres han traído un poder civil que, por obedecer á los malvados de fuera, ha dejado sin amparo á la Iglesia, cuando el deber de la potestad civil, como dijo San Félix, es *dejar á la Iglesia católica que haga uso de sus leyes, no permitiendo que nadie se oponga á su libertad*.

¿Qué sucede, pues? Que el error ha fundado mil cátedras en nuestro suelo. Espantaos, católicos: según los enemigos de Dios, la preciosísima unidad de nuestra fe es un mal, y

para remediarlo, piden que se abra la puerta á los cultos idólatras, á los errores de la Reforma, á los desvaríos del racionalismo, semejantes á despropósitos de hombres borrachos. Ved aquí por qué corren las más asquerosas doctrinas, como arroyos de inmundicia, cuando, desatadas las cataratas del cielo, rompen las aguas el dique de los muladares, y el fango de los campos es arrastrado entre materias putrefactas y miserables cuerpos muertos.

»No, y mil veces no. Ó España dejará de ser España, ó su suelo se ha de limpiar de esta podredumbre, y en su claro cielo volverá á brillar único y esplendoroso el sol de la fe católica. Yo de mí sé decir que esta idea puede en mi espíritu más que todas las ideas, más que todas las afecciones, más que la vida y que cuanto existe. Por ver realizada esta idea y extirpado el cáncer que empieza á devorarnos, diera mil veces cuanto poseo, la paz de mi familia, mi familia misma, mi persona miserable. Tengo el ardor de los verdaderos creyentes, señores, y mi fe no está en los labios, sino en lo profundo del alma.

»Si no lucháis por tan grandioso fin, más vale que no luchéis; si no trabajáis con todas las fuerzas del espíritu, con la oración, con el ejemplo, con la caridad, más vale que os arrin-

conéis, cual mujeres, dejando á otra generacion más varonil la santa empresa.»

No dijo más porque estaba fatigado, y en verdad había dicho bastante. Todas sus palabras fueron de oro, según la expresión de Don Juan Amarillo. Las felicitaciones no podían ser más delirantes. Reinaba gran entusiasmo en la reunión, y quizás, quizás se hubiera atrevido á tomar la palabra el cura, si Rafael, mirando al camino, no viese á Su Ilustrísima Don Angel de Lantigua, que lentamente se acercaba. Entonces dijo con lengua y expresión místicas:

«He aquí que se acerca el que viene en nombre del Señor.»

Y todos salieron á recibirle.

XXXIV

En el puente de Judas.

Mientras una docena de laicos arreglaban así, después de comer bien, los asuntos de la Iglesia católica, D. Angel de Lantigua, separándose de su sobrina, á quien dejó rezando en la Abadía, marchaba por el camino real en dirección al puente de Judas, con objeto de visitar á los comensales del Soto. Acompañábanle á un lado y otro su secretario y el paje, y seguíanle varios cojos, tullidos y toda la pobretería del camino, anhelantes de que les echase bendiciones, pues algunos las estimaban en más que las limosnas que recibían.

El santo varón, con el alma gozosa como de costumbre, iba departiendo afablemente con sus dos adláteres, cuando al entrar en el puente de Judas (cuya fábrica de palo era en extremo frágil) notó que éste se estremecía bajo sus pies. Mas no tardó en hallar la razón de la sacudida, porque por la otra cabeza del puente acababa de entrar un hombre á caballo. Galopaba.

«¡Eh! caballero—le gritó el guarda.—Está mandado que por aquí se vaya al paso.»

El jinete era Daniel Morton. Luego que vió á Su Ilustrísima, observando al mismo tiempo la estrechura del puente, semejante en esto al que tienen los mahometanos para entrar en el paraíso, detúvose y echó pie á tierra.

«¡Ah! ¡Sr. Morton!...» exclamó D. Angel con estupor, sintiendo que de improviso se desvanecía el gozo de su alma.

Daniel besó el anillo con gran respeto, y descubriéndose, dijo:

«¿No esperaba Su Ilustrísima verme otra vez en Ficóbriga?»

—No, seguramente. Ayer recibí mi hermano una carta en que usted le anunciaba su viaje.

—Pues Dios no ha querido que me vaya hoy.

—Cuidado: no hay que echar la culpa de todo á Dios—dijo el Prelado gravemente.—Dios lo habrá permitido, pero no lo habrá querido.

—Con perdón de Usía Ilustrísima—afirmó Morton,—pienso que lo ha querido. Yo estaba en el muelle de X... junto á mi equipaje, esperando el bote que me había de conducir á bordo del vapor, cuando sentí que una mano

muy pesada me tocaba al hombro; volvíme y ví á Caifás, Sr. D. Angel, con el semblante más angustiado que puede imaginarse.

—Ya, ya voy comprendiendo.

—Caifás se puso de rodillas delante de mí y me dijo: «Señor, en Ficóbriga aseguran que he robado, en Ficóbriga dicen que el dinero que tengo no es mío. El juez me amenaza, y todos piden que Caifás el feo, Caifás el malo, Caifás el idiota, vaya á la cárcel. Yo, quebrantando mi palabra, he dicho que usted me sacó de la miseria; pero nadie cree al humilde, y D. Juan Amarillo, soberbio entre los soberbios, clama contra mí...» En resumen, señor Obispo, he tenido que detener mi viaje para sacar á ese hombre de tan mal paso, pues si así no lo hiciera, la limosna que le dí y que nada vale en verdad, se trocaría en vilipendio suyo, sumergiéndole en mayor miseria.

—¡Buen pensamiento y excelente acción!— dijo el Prelado seriamente.—Ella es tal, que se le puede permitir á usted el paso de este puente, que de otro modo le estaría vedado. Adelante, pues, y no se me detenga usted en Ficóbriga.»

Despidióle bondadosamente, aunque con sequedad, y Morton siguió su camino hacia Ficóbriga, mientras D. Angel no paraba en el del

—Amigo D. Juan—manifestó Su Ilustrísima devolviendo el pocillo de chocolate,—Jesucristo dijo: «No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados...»

Y variando de tono y de asunto, añadió:

«Es una gloria esta huerta de D. Silvestre. Aquí todo prospera, y el trabajo y esmero del cultivo son frutos de bendición. ¡Ojalá sucediera lo mismo en toda nuestra España, y tras de cada siembra de sanos consejos y exhortaciones viniese una cosecha de buena conducta! ¡Qué manzanos, qué perales, qué melocotoneros!»

D. Silvestre vió llegado el momento de saborear uno de los más dulces placeres de su regalona vida: enseñar su huerta. Levantóse el Prelado, y Romero fué delante mostrando las hermosas castas de perales alineados en espaldera los unos, sustentados otros por alambres gordos, y todos ellos frondosísimos y cuajados de peras. Las había bergamotas, duquesas, amantecadas, pardas de invierno y de otros muchos linajes exóticos. El cura hacía fijar la atención en los ramilletes de frutas verdes aún, y las tomaba en la mano para mostrarlas, diciendo: «¿Pero ven ustedes qué peras? En toda la provincia no hay nada que se les pueda comparar.» Mientras esto sucedía, Don

Juan Amarillo había llevado aparte á Don **Juan de Lantigua** para hablarle de un negocio importante.

«No nos alejemos mucho—le dijo el literato y jurisconsulto,—porque me parece que va á llover esta tarde.»

Los juicios de Dios abismo grande.

Morton detuvo su caballo en la Cortiguera, y Sildo le dijo:

«Padre vendrá en seguida. Ha ido á rezar á la iglesia.»

No tardó en aparecer Caifás.

«Aquí me tienes —le dijo Morton.—Llévame á donde quieras; pero despacha pronto, porque he de volverme á X... antes de anoche- cer. ¿Dónde está ese juez que no cree que los hombres tengan dinero si no es robándolo?»

—Si vuecencia me quisiera acompañar á casa del escribano D. Gil Barrabás, hermano de D. Bartolomé Barrabás, y firmarme un papel diciendo que me hace donación de los diez y ocho mil reales...

—Anda delante y guía á casa de Barrabás.

—¡Oh, señor, cómo podré pagarle á vuecencia tantas bondades!...

—Que Sildo me tenga el caballo y lo cuide aquí mientras volvemos. Esto no durará mucho.»

Media hora después Morton volvió con Caifás á la Cortiguera; pero uno y otro miraron á todos lados. ¡Oh sorpresa de las sorpresas! Ni Sildo ni el caballo estaban allí.

Y sucedió que Sildo, al tener las riendas del generoso animal, sintió en su alma un vivísimo impulso de caballero, es decir, que deseó montarle. En los doce años de su edad, el pobre chico no había oprimido los lomos de ningún caballo.

«¡Si yo me montara en él—dijo,—y diera dos pasos de aquí á los Cinco Mandamientos, cómo se reirían mis hermanos!»

La vanidad se amparó de su alma. La serpiente dijo en su oído palabras tentadoras, y Sildo oyó claramente: «Sube en el caballo del bien y del mal, y montarás como el Sr. Morton, y como él serás gallardo y hermoso.»

Es difícil detenerse en la pendiente de los goces. Sildo fué de los Cinco Mandamientos á la ladera del Rebenque, y del Rebenque atravesó todo el prado de la Pesqueruela, y después un poco más allá y siempre más allá. Cuando quiso detener el caballo no pudo, y éste emprendió á correr, no pareciendo dispuesto á parar en media provincia. Celinina y Paco indicaron que Sildo había corrido hacia la Pesqueruela. Marcharon allá á toda prisa Morton

y Caifás; pero no vieron nada. Bajaron á la playa por el pinar; mas el jinete no parecia por ninguna parte, y las noticias que adquirían de los transeuntes eran contradictorias. Desesperado estaba Daniel por aquel accidente, y más desde que le pareció ver en el cielo síntomas de mal tiempo. Caifás se encomendaba á todos los Santos y rezaba Padrenuestros á San Antonio. Por último, discurrieron buscar cada uno por un lado y reunirse en la Cortiguera. Separáronse, pues, en el pinar.

Pero Morton, causado al fin de buscar en vano su caballo, decidió volverse á pie. Por no atravesar el centro de Ficóbriga, dió un gran rodeo, pasando por detrás de la Abadía. Al llegar al callejón que da entrada por Oriente al atrio de ella, sintió gemir los viejos goznes de la puerta. Miró y vió salir á la señorita de Lantigua. En presencia de una visión sobrenatural, Daniel no hubiera experimentado tan vivo sacudimiento en todo su sér. El primer impulso fué correr tras ella; pero se contuvo, y en uno de los huecos del carcomido muro se incrustó como estatua. Gloria tomaba el camino de su casa. Pasó como los pensamientos placenteros, que al modo de relámpagos cruzan la mente en horas de tristeza.

Morton la vió desaparecer en la revuelta de

una calle, é instintivamente salió de su escondite para correr tras ella.

«¡Que esté condenado á no verla más!...— pensó.— ¡Ni una vez siquiera!...»

La siguió á mucha distancia, deteniéndose cuando estaba demasiado cerca, adelantándose cuando se quedaba muy lejos. Por fin, cuando Gloria entró en el jardín de su casa, Morton dijo para sí:

«Todo acabó. Ahora me marcharé.»

Pero antes de decidirse á partir estuvo media hora sentado sobre una piedra en cierta calleja, que por un lado salía á la plazoleta y por otro á las pendientes que bajaban al mar.

Pesada y tibia gota de agua, cayendo sobre su mano, le sacó de su abstracción. Mirando al cielo, vió una nube amarilla con intensos cambiantes grises, y pudo observar el aire sofocante. Sopló formidable viento, que hizo remolinos de polvo, y empezaron á caer gruesas gotas que manchaban el suelo con redondeles negros, como si llovieran piezas de dos cuartos. Buscando donde guarecerse, salió Daniel de la calleja, penetró en otra, y al fin pudo hallar una gran teja vana, bajo la cual se abrigó perfectamente.

Entonces descargó una lluvia tremenda, es-

pantosa, diluvio que parecía inundar la tierra y desleir á Ficóbriga.

«Así llovía sobre el pobre *Plantagenet* el día del naufragio—pensó Morton.—¡Pobre de mí! Las tempestades me trajeron y las tempestades me llevan. ¿Quién puede penetrar los designios del Señor?»

Después, mirando al cielo, que se descuajaba en rayos y se vaciaba en chorros de agua, dijo así:

«Viéronte las aguas, ¡oh Dios! viéronte las aguas, y temieron y temblaron los abismos... Las nubes echaron inundaciones de agua, tronaron los cielos y discurrieron tus rayos... Anduvo en derredor el sonido de tus truenos, los relámpagos alumbraron el mundo, estremeciósse y tembló la tierra... En la mar fué tu camino, y tus sendas en las muchas aguas, y tus pisadas no fueron conocidas (*).»

La tempestad acabó de obscurecer la tarde, que ya tocaba á su fin. Morton miró á la casa de Lantigua, que frente á él estaba por el costado de Oeste, y vió luz en las habitaciones altas.

«Ya están ahí todos los de la casa—pensó.—Gloria, con sus encantos que la igualan á los

(*) Salmo LXXXI, 17, 18, 19, 20.

ángeles, alegre las horas de los dos ancianos...
¡Oh Dios mío, qué felices son!»

Pasó algún tiempo más. Las calles eran ríos. Los tejados vaciaban agua, cual si sobre ellos se rompiesen las compuertas de un estanque; la lluvia azotaba con sus mil látigos las paredes; corría la gente despavorida. Por fin, después de media hora de diluvio, pareció que se había concluido el agua de los cielos. Adelgazaron los chorros. La nube de verano pasaba, y la Naturaleza tendía á serenarse con la rapidéz del que se ha encolerizado por broma.

«Me parece que podré seguir—pensó Morton.—Pero ¡cómo habrán quedado esos caminos!... Está escrito que no naufrague yo una vez sola en Ficóbriga.»

Esto pensaba, cuando sintió gritos y voces en la plazoleta y también dentro del jardín de Lantigua. Mucha gente se reunía allí. Daniel acudió tranquilamente primero, y á toda prisa cuando sintió entre las distintas voces de alarma la voz de Gloria.

«¿Qué ocurre?—preguntó al primero que encontró en la plazoleta.

—Que con la mucha agua, el puente de Judas se ha roto, y la señorita Gloria está asustada porque el Sr. D. Juan y el señor Obispo no han vuelto todavía del Soto.»

otra vez aquí?... Daniel, por Dios, ¿qué es esto?»

Curiosidad muy viva se marcó en su semblante, juntamente con claras señales del amor que la dominaba y que no se había extinguido.

«Hazme el favor de darme la mano,» dijo el extranjero.

Los criados que estaban presentes se alejaron uno tras otro.

«Yo quiero saber por qué estás aquí y no en camino de Inglaterra. No pensé verte más... ¿Por qué has vuelto?... Pero no quiero saberlo... no quiero saber nada.

—Dios ha querido que te vea esta noche. Dame la mano.

—Tómala, y adiós.»

Morton le besó ardientemente la mano.

«Pero adiós de veras.

—De veras,—repitió Daniel.

—¿Dónde está tu caballo?—dijo Gloria.

—Lo he perdido...

—¡Perdidol! Entonces...

—Me voy á pie.

—¿Por dónde, si no hay puente?»

Morton pensó con profunda seriedad en aquella fatal ruptura del puente.

«Hay mucha distancia...—dijo la señorita sondeando con sus ojos el alma de su amigo.

—Me quedaré en la posada de Ficóbriga.

—Es verdad. Adiós.»

El hamburgués parecía clavado en el suelo.

«Adiós. ¿Pero te retiras ya? ¡Ay! ¡Esto es espantoso! ¡Esto es inicuo!»

Gloria estaba también clavada en el suelo.

«Sí, es preciso...—dijo con voz dolorida.—

Este encuentro inesperado parece una cosa infernal. Amigo, vete.

—¡Me expulsas!... Eso sí que es infernal y horrible. Maldígame Dios si te obedezco,—dijo Morton dando un paso hacia la casa.

—Pues yo te echo de mi casa, porque es preciso, porque Dios lo quiere así,—dijo Gloria tratando en vano de echar tierra sobre su pasión.

—¡Mentira! ¡mentira!—exclamó éste con febril ardor.—Tú no me amas, tú has hecho burla de mí, del pobre extranjero arrojado aquí por los mares y que quiere huir y no puede.

—Tú no eres ya juicioso y bueno como la última vez que nos vimos. Amigo, si me estimas, si me amas, vete. Te lo suplico.»

La pobre damisela casi se ahogaba.

«¡No verte más!... Si cuando huyo Dios me trae otra vez aquí. ¡No verte más!... ¡Me arrancaré los ojos antes que obedecerte!»

—Se ve mejor con el pensamiento que con

los ojos. Tú me aconsejaste que hiciéramos ambos un sacrificio; ¿por qué te opones ahora?

—Porque mi Dios me impulsa hacia tí, y me dice: «Anda y tómalala, que es tuya y lo será por los siglos de los siglos.»

—¿Quién es tu Dios?

—El tuyo. No hay más que uno.»

Gloria sintió que á borbotones manaba de su alma la sensibilidad. No pudo contenerla.

«Daniel, amigo de mi alma—dijo con pasión,—te suplico que te vayas. Vete, si quiere quedarte en mi corazón.

—¡No quiero, no quiero!»

Lo dijo con tanta fuerza, que causaba miedo.

Sintió Gloria circular en derredor de sus sienes un remolino ardiente que cegaba las claras facultades de su espíritu, como el vértice de caliginosos vapores que obscurecen la luz del sol.

«Amigo, si quieres que te quiera más que á mi vida—dijo medio trastornada,—vete, y déjame en paz... ¿No crees lo que te digo? Ausente, ausente es como te quiero más.

—¡Falsedad, falsedad, falsedad!

—¡Oh, qué pequeño eres!—exclamó la joven apelando desesperada á la razón.—Esto es indigno de tí. No eres como yo creía, Daniel.

—Soy... como soy—murmuró Morton,—yo no de otra manera.

—Te aborreceré.

—Aborreceme. Lo prefiero... Es mil veces preferible.

—Todos los lazos están rotos—agregó con viva agitación la señorita de Lantigua.—¿Por qué no huyes de mí?

—Huí ya... pero el destino, Dios, ó no sé quién, me ha traído otra vez á tu lado.

—¡Dios, Dios!—exclamó ella con desesperación.

—No creo en la casualidad.

—Yo creo en Satanás.»

Furioso viento se levantó entonces, como para secar la tierra inundada. Apenas se oyeron estas palabras del extranjero:

«¡Oh, por el Dios que hizo el Cielo y la tierra! Gloria, Gloria de mi vida, ven, huye conmigo, sígueme.

—¡Jesús!—gritó la de Lantigua horrorizada.

—Tú no entiendes las misteriosas voces del destino, de Dios. El Cielo y la tierra, todo me está diciendo: «es tuya...»

—Adiós, adiós—exclamó la señorita, llevándose las manos á la cabeza, y huyendo hacia la casa.

—Aguarda,—dijo Daniel, corriendo tras ella. »

Gloria entró y quiso cerrar la puerta; pero Morton, impidiendo con enérgica mano su movimiento, entró también.

XXXVI

¡Qué horrible tiempo!

«¡Qué horrible tiempo!—refunfuñó Francisca.—¡Si parece que se acaba el mundo... ¡Jesús! el viento ha apagado la luz de la escalera... ¡Cómo golpean las puertas! Roque, Roque.»

A la voz de la venerable criada, que avanzaba por el fondo del pasillo bajo, Roque apareció soñoliento.

«Hombre, muévete—dijo Francisca andando casi á tientas hacia la escalera.—Jesús, María y José... ¡qué miedo! Si me parece que he visto una sombra, un bulto escurriéndose por la escalera arriba...

—Usted ve visiones, señora Francisca.

—Con verte á tí tengo bastante, monstruo.

—Cierra la puerta del jardín. Puesto que los señores no vienen... ¡Qué horrible ventiscal Vaya, que Santiago se porta. Después de la tormenta, fuele. Si parece que los demonios levantan en peso la casa y se la llevan por los

aires... Dime, zopenco, ¿has visto subir á la señorita?

—Sí señora, hace rato.

—¡Qué has de ver tú, si dormías! ¿Estará en el comedor? No: todo á oscuras... Anda, cierra la puerta, enciende el farolillo y vamos á registrar la casa.

—¿A registrar?

—Sí; no estoy tranquila. Me pareció que ví... ¡San Antonio bendito!

—Algún alma del otro mundo.

—Ea, cierra, sube y calla.»

Callados subieron ambos después de cerrar.

«¡Ah!—dijo la dueña al llegar al pasillo alto,—la señorita está ya encerrada en su cuarto. Veo claridad por la ventanilla alta.»

Y acercándose á la puerta del cuarto de Gloria, gritó:

«Buenas noches, señorita.»

En seguida dieron un paseo por la casa, pero no hallaron á nadie. El viento seguía, daba vueltas alrededor de la casa, estrechándola en vorágine horrible, como si la arrancase de sus poderosos cimientos para llevársela en un vuelo. Creerfase que toda Ficóbriga, con su Abadía en medio y su torre como un mástil, corría llevada por el huracán, del mismo modo que corre un mísero barco sin timón. Los ár-

boles del jardín flotaban cual desmelenadas cabelleras, sacudiéndose, y las rachas de lluvia rasguñaban los cristales como uñas. Cuando el viento calmaba su furia loca, seguía llorando en el techo con lastimero y penetrante gemido, que se apagaba y avivaba, recorriendo toda la escala, cual un monólogo de aflicción, con imprecaciones y suspiros.

Después soplaba de nuevo con rabia; las ramas, en su rozar vertiginoso, se azotaban unas á otras, y parecía que entre aquel torbellino, difundido por la inmensidad de los cielos, se estaba oyendo el rumor de las rotas alas de un ángel que caía lanzado del Paraíso.

XXXVII

Al fin se supo.

Gloria sintió frío en el cuerpo y en el alma. Volvía lentamente á la normalidad de su espíritu. Cuando dirigió la primer mirada á su conciencia, se horrorizó. Todo era negro y espantoso. Cuando trajo á la memoria su familia, su nombre, creyóse abandonada de Dios y de los hombres.

«¡Daniel, Daniel! ¿Dónde estás?» preguntó cerrando los ojos y alargando la mano como si pidiera socorro.

Morton la estrechó entre sus brazos.

«Aquí—dijo,—á tu lado, del cual no me separaré jamás.

—¡Qué locuras piensas! Debes huir; pero por Dios, no me dejes ahora. Yo muero.

—Ahora—afirmó Daniel con energía,—nadie, nadie me arrancará de tu lado.

—Mi padre...—murmuró ella.

—No me importa.

—Mi religión...»

El extranjero calló, hundiendo la cabeza sobre el pecho.

«¡Daniel, Daniell—clamó la joven llena de congoja.—¿Qué tienes?»

Morton no contestaba. Gloria puso su mano en la barba de él, tratando de obligarle á alzar la cabeza.

«Has pronunciado la palabra terrible; ya no me acordaba de ella—murmuró el extranjero.—Has helado la sangre en mis venas, has hecho saltar mi corazón como si hubieras dado sobre él un latigazo.

—¿Por qué te espantas así?—dijo la de Lantigua espantándose también.—Daniel, amigo de mi alma, no aumentes el abismo que nos separa; al contrario, tratemos de llenarlo.

—¿Cómo?

—Hagamos un esfuerzo: reunamos nuestras creencias en una sola; reconciliemos nuestras conciencias. ¿No han concordado ya en el pecado? Pues hagámoslas una en el bien, en la verdad. Daniel, examinemos bien lo que nos separa, y se verá que la distancia entre los dos no puede ser grande.

—Ante el que hizo los cielos y la tierra, no; pero ante los hombres, es inmensa...

—¡Dios mío!—exclamó ella bañado el rostro en lágrimas.—¿No habrá para nosotros misericordia?

—Querido amor mío, esposa—dijo él abra-

—Volví—repuso Morton confuso como el criminal.—Es verdad; no sé quién me trajo. Todo se ordenó de modo que yo volviese. Me trajo una ola infernal, ó quizá hálito divino. El hombre es juguete de las fuerzas de Dios, que gobierna en el mundo.

—¡Dios! No tomes en tu boca ese nombre... Tú no eres tú; no puedo decir fijamente si te amo ó te aborrezco; y si cupiera esto en la mente humana, diría que al mismo tiempo te odio y te quiero.»

Ocultando el rostro entre las manos, rompió á llorar sin consuelo.

«¡Y todo por un nombre, por una palabra! ¡Oh, qué iniquidad!—murmuró Morton con angustia.—Las palabras gobiernan al mundo, no las ideas. Dime, ¿cuando me amaste, por qué me amaste?

—Te amé, porque me parecía que Dios te había puesto delante de mí; te amé por tu lenguaje, por tus acciones, por tu persona, por una dulce concordancia de tu alma con la mía... ¿qué sé yo por qué?... Pero no... tú me estás engañando ahora... tú no puedes ser lo que dijiste, Daniel, porque tú has practicado la caridad.

—Nuestra ley nos dice: «Bienaventurado el que piensa en el pobre. En el día malo lo librará Jehová.»

—Tú no puedes pertenecer á esa secta infamada—añadió Gloria, asiéndose á su incredulidad como á un clavo ardiendo.—Aunque mil veces me lo jures, mil veces me negaré á creerlo... Si lo eres, ¡qué horrible disimulo el tuyo!

—He disimulado, sí. Esta es nuestra costumbre cuando viajamos por un país intolerante como el tuyo. Pero á tí debí decirte la verdad, lo conozco, lo confieso; declaro ante tí mi culpa, esperando perdón.

—Esto no puede perdonarse, no, de ningún modo,—dijo Gloria con airada resolución.

—Tu Maestro—afirmó Morton,—te dice: «Perdona á tus enemigos, ama á tu prójimo como á tí mismo.» ¿Es posible que tú participes del tradicional encono contra nosotros, y de esa antipatía vulgar con que apacienta su rudeza y sus malas pasiones la plebe cristiana? Gloria, por el que hizo el cielo y la tierra, no puedo creer que degrades así tu preciosa inteligencia...

—Dentro de Jesús lo admito todo; fuera de El nada. No llares preocupación al horror que me inspiras.

—Horror que desaparece callando un nombre. ¿Por ventura esto no te dice nada? ¡Me amaste sin conocerme! Dí, ¿no parece esto una burla de tu misma fe? O yo estoy loco, ó esto

es la voz de la humanidad que á gritos reclama sus derechos.

—¡Ay! ¡Yo no sé lo que es esto!...—exclamó la infeliz mujer con arrebató. —¿Por qué, siendo lo que eres, todo en tí es amable? Sin duda tu alma es buena y se conserva pura en ese cielo donde has nacido. Un esfuerzo, amigo de mi alma, un esfuerzo, y sacudirás de tí esa podredumbre. Tu espíritu está preparado para la redención; basta un movimiento ligero, una mirada dentro de tí mismo. Daniel, Daniel—añadió abrazándole con pasión,—por el amor que me tienes, por el que yo te tengo y que ahora ó se extinguirá para siempre ó se aumentará, te pido que seas cristiano... Daniel, Daniel, abandona tu falsa creencia y entra conmigo en el seno amoroso de Nuestro Señor Jesucristo.»

Morton la estrechó contra su pecho. Después, rechazándola suavemente, dijo con voz létrica:

«¡Abandonar yo la religión de mis padres!... ¡Jamás, jamás!»

Saltando lejos de él, Gloria le miró con espanto, como se mira una visión del Infierno, más terrible cuanto más hermosa, más espantable cuanto más se viste de risueña forma.

«¿Qué has dicho?»

—Que yo también tengo familia, padres, nombre, fama, y aunque sin patria común, nos la formamos en nuestros hogares y en la santa ley en que nacemos y morimos. Desde mis remotos abuelos, que eran de Córdoba y fueron expulsados de España por una ley inicua, hasta el presente y en todas estas sucesivas generaciones de honrados israelitas que constituyen mi familia, ni uno solo ha abjurado la ley.

—¡Ni uno solo!—dijo Gloria con amargo desconsuelo.—¿Y crees que gozan de Dios?

—Los que fueron buenos, como lo es mi padre, gozará de El por los siglos de los siglos —afirmó Daniel con el acento de una convicción profunda.—No, no llenaréis con nosotros vuestro horrible Infierno cristiano.

—Siempre me he resistido á creer en el Infierno—dijo Gloria con el espanto pintado en sus ojos;—mas ahora se me figura que existe sólo para mí esa caverna llena de llamas. ¡Oh, qué horrible confusión en mis ideas! Si no hay Infierno, para nosotros dos, para tí y para mí solos crearé Dios uno, Daniel... Pero no: yo me salvaré y te salvaré. Merezco arder en el eterno fuego si no te salvo... Daniel, Daniel, abre tus ojos, ven á mí.

—Del modo que tú quieres que vaya, es

imposible,—afirmó el extranjero con sombría resolución.

—Entonces... dí, ¿qué palabras hay para vituperarte?... ¿Cuál es mi suerte ahora?... Veo que en tu religión no hay conciencia.

—Puedes leer en la mía como en un libro.

—No hay la admirable virtud del arrepentimiento.

—Si éste es el dolor y la vergüenza que causa el pecado, yo puedo decir: «Señor, estoy encorvado, estoy humillado en gran manera... mi dolor está delante de mí continuamente.»

—No hay abnegación, no hay la confesión de las culpas.

—Sí, porque yo digo: «Mis iniquidades han pasado mi cabeza: como carga pesada se han agraviado sobre mí. Por tanto, denunciaré mi maldad, congojaréme con mi pecado.»

—¿Dices que lea en tu conciencia?—repitió Gloria.—No, no puedo leer nada en ella. Todo lo veo obscuro como la noche, como en mi infamia, como estas tinieblas en que he caído para siempre. Arrodíllate delante de ese Cristo, y creeré cuanto me digas.

—No delante de ese profeta crucificado, en quien no creo, sino delante de tí, á quien adoro, me humillaré—dijo Morton arrodillándose

y besando las manos de Gloria.—¡Que mi padre me maldiga y me arroje de mi casa si no te muestro ahora mi conciencia toda, tal como es, y si te oculto mínima parte de la verdad! Yo te ví, y desde que te ví te amé. Creí desde luego que mi naufragio era providencial y que Dios te destinaba á ser mía. ¿Quién sabe sus designios? ¿Quién lee en su libro? Mi creencia en El es grande y fuerte; en todo le veo, y cuando falto á su ley, más terrible, pero más claro se me aparece... Hice para tí un misterio de mi religión y procedí con egoísmo, porque conociendo el horror que inspiramos á los católicos, no quería destruir con una palabra la felicidad de que inundabas mi alma. Sabía que no podías amarme conociendo mi religión, y callé... Cuando quise hablar, ya no era tiempo: te quería demasiado, estaba cogido en las redes de un insensato amor; mi vida toda dependía de tí en el alma y en el cuerpo, y descubrirme equivalía al suicidio... Entonces pensé en los medios para conseguir una unión perpetua contigo; pero el problema religioso me espantaba, me volvía loco, me aturdía más que los mil truenos del Sinaí y que todas las venganzas de Jehová... Al fin comprendí que no había solución. Nuestro amor era una contradicción horrible entre

ñaba eso, Dios poderoso, y lo soñaba creyéndolo posible! ¡Cómo había de sospechar este horrible conflicto! Dios me ha desamparado, Dios me abandona para siempre.

—Si el tuyo te deja—dijo Morton corriendo hacia ella,—el mío te recoge. «¡Tus juicios, oh Jehová, abismo grandel!»

—Déjame—gritó Gloria huyendo de él.—No me toques.»

Pero no pudo impedir que Morton la estrechara en sus brazos. Trémula y sobrecogida, la infeliz mujer se arrodilló, y abrazándole los pies, gritó con voz doliente:

«¡Daniel, Daniel, mírame de rodillas ante tí; mírame deshonorada, perdida para Dios y para el mundo! Por el amor que te tengo, por el honor que perdí, por el respeto á Dios y el instinto del bien que hay en tu alma, te suplico que me saques de este infierno. Hazte cristiano; lava tu alma, y con tu alma mi deshonra. Has hecho una ruína espantosa: repárala. Quizás esto sea un aviso del Cielo. Un gran pecado abre á muchos los ojos... Conviértete, si me amas; sé cristiano, adora esa cruz, y verás cómo sientes sublimado tu espíritu, verás que pronto se llena del verdadero Dios.

—Hagamos un pacto,—dijo Morton levantándola del suelo.

—¿Cual?

—Sígueme.

—¿Yo... á dónde?

—A mi casa...

—¡Oh, tú has perdido el juicio!

—Sígueme.

—Pues bien—dijo Gloria con entusiasmo.

—Recibe el agua del bautismo; crée en Jesucristo, y te sigo, te seguiré, abandonándolo todo, cualquiera que sea la voluntad de mi familia; te seguiré aceptando mi deshonra. ¿Puede darse mayor sacrificio? Pero ganar un alma para el reino de Jesucristo, bien lo merece.

—Mi pacto es distinto—prosiguió Morton con febril impaciencia.—Cada cual trata de convertir al otro á su religión. Si tú vences seré cristiano, si yo venzo serás hebrea.»

Gloria volvió el rostro con horror.

«Eso no puede ser—declaró:—la idea de no ser cristiana me espanta más que la de la condenación eterna.

—Y yo no puedo ser cristiano, no puedo.

—Daniel—murmuró ella desfalleciendo de dolor,—¿por qué no me matas? Busca un arma.

—Gloria, vida mía, ¿por qué no me matas tú á mí? Yo soy el que debe morir, tú no. El criminal he sido yo, no tú.

—Ha llegado la ocasión de morir. Dios nos abandona.

—No hay solución en la tierra,—dijo él sombríamente.

—Ni en el cielo,» añadió la joven con desesperación, dejando caer sus brazos sin aliento y cerrando los ojos, porque las fuerzas todas de su espíritu se habían agotado.

Cayó de rodillas, y apoyando la frente en el lecho, oró en silencio. Morton, sentado en un sillón, se oprimía la abrasada frente entre las manos. De improviso, los dos se estremecieron y se miraron, porque habían sentido pasos.

XXXVIII

Job.

Dejamos al bueno de D. Silvestre mostrando lleno de orgullo las peras de su huerta, mientras D. Juan Amarillo se apoderaba, cual ave de rapiña, del Sr. Lantigua, llevándole aparte para hablarle de un grave asunto.

Digamos algo de este hombre, cuyo apellido es de los que más admirablemente se conforman con la persona. Pasaba el tal Amarillo de los sesenta años, y era un hombre despacioso, metódico hasta lo sumo, muy casero, gran rezador de rosarios, blando en su conversación, atravesado en su mirar, de cabeza generalmente inclinada hacia un lado como breva madura, nariz de pico, cabeza calva, ojos negros sombreados de largas pestañas ásperas, barba fuerte, pero afeitada, y todo el rostro amarillísimo y reluciente como pergamino. Su ocupación era prestar con usura. Principal banquero de Ficóbriga, á todos sacaba de apuros, previo un interés que jamás

pasó de cuarenta por ciento. Como se ve, no debía de ser de los peores en el arte.

Con el dote que le llevó su esposa Teresita la Monja, y con su buen manejo y economía (pues fué económico en todo, hasta en tener hijos), en cuatro lustros se hizo muy rico. Tenía bastanté amistad con D. Juan de Lantigua, una de las pocas personas de Ficóbriga á quienes jamás prestó nada, como no fuera atención. Gozaba fama de ser hombre muy religioso, lo mismo que su mujer, gran atisbadora de vidas ajenas, y tan fuerte en la vida y milagros de todo el mundo, que solían llamarla *el confesonario de Ficóbriga*.

Amarillo tomó del brazo á D. Juan, y llevándole por bajo un emparrado en sitio muy solitario, le dijo:

«Hace días, mi querido D. Juan, que deseaba hablar á usted de un asunto, y no quiero dejar pasar más tiempo.

—¿Qué es ello?—preguntó Lantigua, alarmado por el tono misterioso que el otro Don Juan tomaba.

—Un asunto grave. ¿Qué opinión ha formado usted de mí como hombre veraz?

—Opinión muy favorable.

—¿Me cree usted capaz de mentir?

—No, señor, ni por pienso.

—¿De embrollar, de calumniar, de levantar catálogos?

—Nada de eso.

—Pues oiga usted la advertencia de un hombre honrado que le estima, que se interesa por la honra de su casa.

—¡Por la honra de mi casa! D. Juan—exclamó Lantigua con enojo,—¿qué quiere usted decir?

—Suelen ser ciegos los ojos de marido. Sonlo también los de los padres bondadosos y confiados.

—No comprendo...

—Pues acabaré de una vez. Debe usted vigilar mucho, pero mucho, á su hija.

—¡A Gloria!—exclamó D. Juan lanzando un grito.

—A la señorita Gloria—afirmó el judío cristiano.—Ella es buena, no lo dudo; pero está en la edad de las pasiones... No encuentro yo malo que las muchachas tengan novio: es muy natural; pero al menos que le escojan católico.

—D. Juan, ¿qué farsa es esa?—dijo Lantigua, poniéndose tan amarillo como su interlocutor.

—¿Me cree usted capaz de decir una cosa por otra, de faltar á la verdad y de mortificar inútilmente á un amigo? Cuando me atrevo á

acarreo de mineral ha puesto la carretera intransitable.»

Mucho costó persuadir á D. Juan á que se quedara; pero al fin lo consiguieron, y se mandó á su casa el recado de que ya se tiene noticia.

Y he aquí que, al volver Francisquín, dijo:

«La señorita Gloria esperaba muy alarmada; pero ya está tranquila.

—¿Quién estaba allí?—preguntó D. Juan con viva ansiedad.

—Roque, D. Amancio el de la botica, José el cartero, el maestro Rubio, Germán...

—¿Y nadie más?

—Y el Sr. D. Daniel.»

Por el abrasado pensamiento de D. Juan de Lantigua pasaron aquellas palabras del libro de Job: «Fuego de Dios cayó del cielo, que quemó las ovejas y los mozos y los consumió; solamente escapé yo solo para traerte las nuevas.»

«¿Qué es eso, D. Juan: le ha hecho á usted daño la comida?—preguntó D. Silvestre á su amigo.

—«Estás malo?» le dijo el Obispo observándole cariñosamente.

D. Juan se había puesto verde.

«A ver ese pulso,—indicó D. Silvestre, que también se las echaba de médico.

—Por fin—dijo uno de los compinches del

cura, que había venido de la capital de la provincia,—cierto amigo que encontré en Villamojada, y que acaba de llegar de Madrid, me ha informado de la religión de ese Sr. Morton á quien D. Juan ha nombrado. Es nada menos que judío.»

Una exclamación de sorpresa y espanto sonó en toda la sala.

«¿Es eso verdad?—preguntó Lantigua echando fuego por los ojos.

—¡Tan verdad...! Daniel Morton es hijo de un riquísimo israelita de Hamburgo, rabí de la secta, ó como si dijéramos, el sumo sacerdote ó el papa de los judíos.

—A pesar de eso no me pesa haberle salvado la vida—dijo con petulancia D. Silvestre,—porque está escrito: *Benedicid á los que os maldicen y haced bien á los que os aborrecen...* ¡Qué día aquél!

—Muy bien—afirmó el Prelado estrechando la mano del cura.—Así me gusta.»

Después se quedó tan pensativo, que parecía una estatua.

«Mi opinión—dijo D. Juan Amarillo gravemente,—es que no se debe consentir en Ficóbriga la presencia de ese hombre.

—No se debe consentir,» añadieron dos ó tres de los presentes.

Entonces Su Ilustrísima habló así:

«Mientras el impío exista, existirá la esperanza de traerle al buen camino. Dios no revela á nadie los caminos de su justicia. San Agustín, amigos míos, nos enseña que el impío está sobre la tierra *ut corrigatur, ut per illum bonum exerceatur*, es decir, *para que se corrija, para que el bien, por razón de él, sea hecho.*»

D. Juan de Lantigua se levantó, diciendo con firmeza:

«Yo me voy.»

Su tono indicaba una resolución tan firme, que nadie se atrevió á contradecirle. El Obispo, empezando á participar de la inquietud de su hermano, añadió:

«Pues yo me voy también.

—Iremos por Villamojada,—indicó D. Juan.

—¡Qué temeridad!—dijo D. Silvestre en voz baja al joven del Horro.—Cuando á este Don Juan se le mete una cosa en la cabeza... Y no está nada bueno. ¿No ve usted qué color se le ha puesto? Tiene calentura.»

XXXIX

El rayo.

Gloria y Daniel Morton sintieron pasos y temblaron. Ni uno ni otro se atrevían á moverse. Ninguno de los dos pudo articular una sílaba. Contentaban el aliento. Ambos deseaban ser aire impalpable para desvanecerse.

De repente la puerta abrióse y apareció Don Juan de Lantigua. Gloria lanzó un grito terrible. No se sentirá mayor espanto cuando se oigan las trompetas del Juicio, y aparezca entre inflamadas nubes el que ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. D. Juan avanzó hacia su hija con el brazo levantado; pero como si faltara la tierra á sus pies, cayó violentamente al suelo exhalando un gemido. Su venerable cabeza cana rebotó contra el suelo.

D. Angel, que venía detrás, Sedefio, Gloria y Morton se abalanzaron al cuerpo del infeliz padre. Le examinaron: parecía muerto.

Diéronse voces de socorro, y acudieron atropelladamente los criados. Cuando levantaban

ÍNDICE DE LA PRIMERA PARTE

	Páginas
I.—Arriba el telón.....	5
II.—Gloria y su papá.....	42
III.—Gloria no espera un novio, sino un obispo.....	46
IV.—El Sr. de Lantigua.—Sus ideas.....	23
V.—Cómo educó á su hija.....	28
VI.—Cómo se explicaba la niña.....	34
VII.—Los amores de Gloria.....	45
VIII.—Un pretendiente.....	50
IX.—Recepción, discurso, presentación..	56
X.—D. Angel de Lantigua, Obispo de ***.	63
XI.—Un asunto grave.....	69
XII.—El otro.....	77
XIII.—Llueve.....	84
XIV.—El otro está cerca.....	90
XV.—Va á llegar.....	95
XVI.—Ya llegó.....	107
XVII.—El vapor <i>Plantagenet</i>	113
XVIII.—El cura de Ficóbriga.....	121
XIX.—El naufrago.....	131
XX.—El santo proyecto de Su Ilustrísima.	135
XXI.—Sepulcro blanqueado.....	148
XXII.—La respuesta de Gloria.....	161

	Páginas.
XXIII.— Dos opiniones sobre el país más religioso del mundo.....	168
XXIV.— Una obra de caridad.....	185
XXV.— Otro.....	190
XXVI.— El ángel rebelde.....	202
XXVII.— Se va.....	211
XXVIII.— Vuelve.....	217
XXIX.— Se fué.....	231
XXX.— Pecadora y hereje.....	237
XXXI.— Pausa. El conflicto parece resolverse, y tan sólo se aplaza.....	247
XXXII.— Los cazadores de votos.....	252
XXXIII.— Agape.....	262
XXXIV.— En el puente de Judas.....	275
XXXV.— Los juicios de Dios abismo grande.	282
XXXVI.— ¡Qué horrible tiempo!.....	295
XXXVII.— Al fin se supo.....	298
XXXVIII.— Job.....	315
XXXIX.— El rayo.....	325





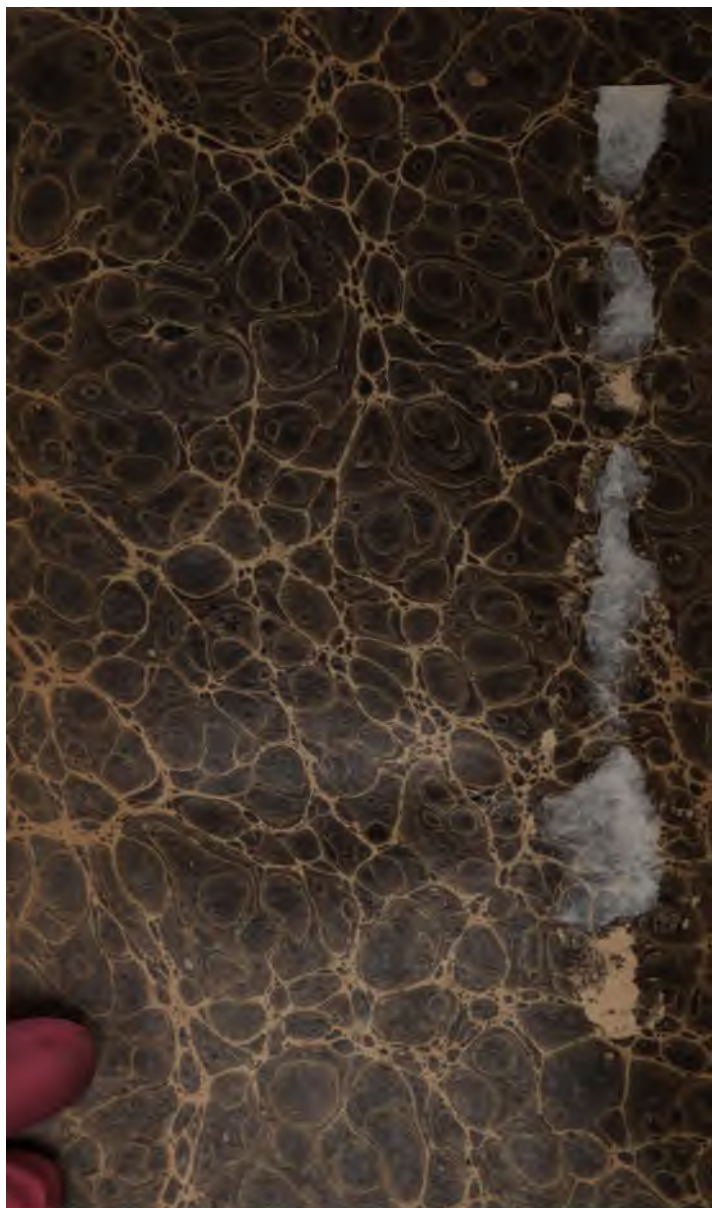
1

2









Stanford University Libraries



3 6105 013 486 167

JUL 7

JUL 31 '64

MAR 13 '67

864
P43gL
c. 2

Stanford University Library
Stanford, California

In order that others may use this book,
please return it as soon as possible, but
not later than the date due.



